BRUGUÉS MITJANS

LOS HEREDEROS DE LA CODICIA



Barcelona, 2022. La familia Torras-Miralles ha vivido generación tras generación en el privilegio, pero el equilibrio que sostiene su mundo empieza a resquebrajarse. Carles, el patriarca, enfermo y consciente de que su tiempo se agota, decide enfrentarse a los fantasmas del pasado. El amor que nunca olvidó será el detonante de una cadena de revelaciones que pondrá en jaque a toda la familia.

Mientras sus sobrinos se disputan una herencia que creen merecer, Carmen, una joven cuidadora ajena a ese universo, se ve arrastrada al centro de una historia que no es la suya, pero que acabará transformándola. Con la complicidad de la fiel Maite, que ha dedicado toda su vida a la familia Torras-Miralles, y guiadas por lo que fue y lo que aún puede ser, abrirán las puertas que otros llevan años intentando mantener cerradas. Porque hay familias que solo se entienden cuando se atreven a mirar atrás.

Brugués Mitjans Prunera

LOS HEREDEROS DE LA CODICIA

Título original: *Els hereus de la cobdícia*
Brugués Mitjans Prunera, 2026
Traducción: Borja Folch, 2026

Revisión: 1.0

28/07/2026

I

Carles estaba de vuelta de todo. Ya había vivido su vida y ahora solo le quedaba una vida incómoda, como las migajas sobre el mantel que se empeñan en recordarnos que, no hace tanto, estábamos disfrutando de una buena comida. Alguien pronto las recogería y él no sería más que un nombre grabado en un panteón del cementerio de Montjuïc. Se sentía frágil, y su cuerpo, enjuto como un palo seco, había perdido buena parte de las carnes musculadas que tiempo atrás lo hacían ver como un seductor infalible. Había traicionado a su corazón, había vivido en falso, y los recuerdos, testarudos, se empeñaban en que fuera consciente de que había sido un impostor.

El destino lo había perseguido desde muy joven y no había tenido ni una pizca de compasión con él. Había pagado un precio muy alto para conservar el prestigio y el patrimonio familiar de acuerdo con unas creencias que ahora, a los ochenta y nueve años, le parecían una trampa en la que había caído de lleno.

—Señor Torras, ¿necesita algo más?

No hubo respuesta. Carmen repitió la pregunta, procurando levantar más la voz, y un leve «sí» se dejó oír desde el fondo de la casa. Recorrió con desgana el angosto y largo pasillo hasta la habitación. En cuanto llegó, comprobó por enésima vez que el anciano no recordaba por qué la había llamado.

Había aceptado el turno de noche porque se había figurado que, una vez en la cama, el anciano le daría poco trabajo, pero esa teoría empezaba a hacer aguas. Carmen necesitaba el dinero para pagarse

la carrera de Medicina y era plenamente consciente de que, si trabajaba de enfermera en un hospital, no dispondría de tiempo para estudiar, y menos ahora, en un momento en que el covid había saturado el sistema. No quería ser desagradecida, pero necesitaba las horas de la noche para estudiar y echar un sueñecito, sobre todo por días como hoy, porque a la mañana siguiente tenía un examen práctico. Le hizo saber al señor Torras que cuando recordase lo que quería, la avisara, pero Carles no tenía la menor intención de quedarse solo. Aquella muchacha no solo le hacía compañía, sino que, con su viveza y juventud contagiosa, aportaba frescura a su vida. Le recordaba a María, aunque eso nunca se lo diría.

—Voy —respondió con resignación cuando el señor Torras volvió a reclamarla.

Había aceptado el empleo con cierto pesar, más aún cuando se enteró de la edad avanzada del hombre al que tendría que cuidar. El miedo a que sucediera lo que tenía que ocurrir durante su turno la había llevado a mimarlo, y solo salía de la habitación cuando Carles se había dormido. Al principio se dormía enseguida, pero no tardó en acostumbrarse a su cháchara juvenil y cada vez se acostaba más tarde, y ahora ella ya no sabía cómo reconducir la situación.

Carmen era uno de los pocos puentes que el anciano aún no había dinamitado y que lo conectaban con un mundo del que se sentía excluido. No había tenido hijos y había sobrevivido a toda su generación. La única familia que le quedaba eran los tres hijos y los dos nietos de su hermana Eulàlia que, aun siendo quince años más joven que él, hacía ocho que había muerto. Fue una pérdida muy sentida que lo sumió en un estado de depresión del que aún no había salido. Y quién sabe si alguna vez lo lograría. Sus padres habían muerto muy jóvenes en un accidente de avión durante uno de sus habituales viajes por trabajo a Londres, y Carles asumió el rol de padre y mentor de su hermana.

Tenía claro que sus sobrinos, excepto Enric, nunca habían estado a la altura de su madre. Jordi y Glòria eran unos tarambanas; Carles era muy consciente de que sus visitas esporádicas no tenían nada

que ver con un gesto desinteresado y amoroso para con su tío, sino más bien con pulsiones de autoconservación, como las habría definido Sigmund Freud, destinadas a asegurarse que la fortuna familiar acabase en sus bolsillos.

Y Manuel, el padre de los tres y viudo de Eulàlia, también era una buena pieza. Caprichoso y malgastador, se le había denegado el acceso a una parte importante de la fortuna familiar de su mujer que, pese a ser cuantiosa, era discreta si se comparaba con el ingente patrimonio que había heredado Carles. Corrían otros tiempos y al heredero se le reservaba el grueso del patrimonio, mientras que a las mujeres de la familia se les daba lo justo y necesario para que mantuvieran su estatus, aunque, eso sí, debe decirse que de manera holgada.

Por suerte, los biznietos eran harina de otro costal. Josep, el hijo de Enric, era un chico voluntarioso que venía a verlo a menudo. Jordina, la hija de Jordi, no se parecía en nada a su padre y, si no estuviera haciendo la tesis en la otra punta del mundo, seguro que también lo visitaría. Glòria no había tenido hijos y posiblemente era mejor así.

—Carmen, si tienes trabajo, no hace falta que vengas. Solo quería que arreglaras un poco las almohadas —dijo para disimular y no dejar traslucir que lo que quería, en el fondo, era su compañía. No se le había pasado por alto la expresión de desencanto de la muchacha, pero tampoco quería asustarla confesándole la verdad—. ¡Vamos, cuéntame! ¿Cómo van los estudios?

Con gesto agotado, Carmen se sentó en una butaca descalzadora de terciopelo rojo deslucido que había en la habitación. Mientras recorría las baldosas desgastadas del suelo con la mirada, pensó que habían conocido tiempos mejores.

—Estoy bastante angustiada. La carrera me parece más compleja de lo que imaginaba. Este segundo curso, por mucho que digan que el primero es el más difícil de superar, me parece muy complicado. El primer año tenía muchas asignaturas de biología y bioquímica, y me gustaba más, pero ahora, con tantas estructuras del sistema

digestivo, respiratorio, renal, endocrino, de la sangre, inmune y de no sé cuántas cosas más… —soltó un prolongado suspiro—, no sé qué decir, la verdad.

—Vamos, vamos, si eres una chica muy espabilada y puedes con todo. No te desanimes, que esto es una carrera de fondo que solo requiere que aprendas a dosificar las fuerzas.

No hacía ni un mes que Carmen trabajaba de enfermera para Carles y este le acababa de decir muchas más palabras de ánimo que las que sus propios padres le habían dicho jamás. Aunque le habría gustado sentirse más apoyada, no se lo reprochaba, porque sabía de sobras que tenían otros quebraderos de cabeza. Para sus padres, sobrevivir económicamente se había convertido en el único objetivo vital. Pese a ello, la crisis que había traído aparejada la pandemia les había puesto el listón de esa meta tan poco ambiciosa en un nivel muy alto; podría decirse que casi inalcanzable. Su padre, Mario, que trabajaba en la cocina de un restaurante de Barcelona, aún seguía en ERTE. Su madre, Francisca, que trabajaba haciendo tareas domésticas y de cocinera a tiempo parcial en dos casas de la zona alta de Barcelona —en una de ellas sin estar asegurada—, se pasaba el día entre fogones y productos tóxicos, y cuando llegaba a casa tenía que hacer más de lo mismo. Hacía poco que la habían despedido sin contemplaciones de una tercera casa y, por tanto, no podía perder los trabajos que le quedaban bajo ningún concepto.

—¿Sabías que mi padre era médico? Cirujano, de hecho —le dijo a Carmen con la pretensión de captar su interés. Sin embargo, enseguida se interrumpió porque le pareció que la muchacha quería decir algo más—. Por la cara que pones, algo te trae de cabeza, pero no sé qué pueda ser.

Carles tenía una manera curiosa de expresarse, entre ramplona y astuta, que Carmen no sabía si atribuir a la edad, a su posición privilegiada o al carácter travieso de su interlocutor. Lo que la muchacha no sabía era que siempre había hecho gala de un humor inglés, tan sutil que poca gente lo entendía, que era resultado de los años que había estudiado en la London School of Economics and

Political Science. En su círculo de amistades se le conocía como «el rarito» porque su ironía, a menudo cargada de mala leche disimulada, tendía a ser incomprendida o a incomodar.

—Sus palabras me han hecho pensar en mis padres y…

A Carmen se le quebró la voz y no supo cómo proseguir.

—Tus padres tienen otras preocupaciones y eso te impide compartir tus inquietudes con ellos.

—Exacto —murmuró, esquiva, mientras dejaba escapar un esbozo de sonrisa.

Ahí Carles encontró la grieta que le permitió conectar con la muchacha y sumergirse en una vida muy distinta de la suya. Estaba dispuesto a dejar atrás los meses más oscuros de la pandemia, en los que el único contacto que tenía con un ser humano era Maite, del servicio.

—Mis padres me dicen que me he complicado la vida con todo esto de estudiar medicina, que si trabajara de enfermera en un hospital ganaría más dinero, gracias a las horas extra, y que así podría ayudar en casa. No solo no puedo compartir nada con ellos, sino que me recriminan que haya seguido estudiando. Mi padre dice que no me entiende, que me ve como una adolescente que, con tal de no trabajar, hace lo que sea.

Carmen tenía los ojos húmedos, pero daba la impresión de haberse quitado un peso de encima. Los momentos en que podía desahogarse eran prácticamente inexistentes. Si algo no tenía, aparte de dinero, era tiempo libre que pasar con amigos con quienes compartir las penas y alegrías. Los que había tenido, poco a poco, defraudados por su falta de atención, habían ido desapareciendo; unos, metafóricamente, y otros en un sentido más literal. En el barrio de la Marina de Port, donde vivía Carmen, la adicción a las drogas era un problema demasiado habitual. Se había convertido en uno de los puntos más activos de venta de la ciudad y los Mossos d'Esquadra ya se referían a la Zona Franca como el gran supermercado de la droga de Barcelona.

—Caramba, caramba. No pensaba que hubiera para tanto. He

puesto el dedo en la llaga y no era mi intención —dijo Carles, girando la cabeza a fin de establecer contacto visual—. Ya sé que dar consejo sin que te lo pidan es, cuando menos, una impertinencia, pero yo nací impertinente, y a estas alturas no pienso redimirme. Si quieres hacerme caso (y te recomiendo que me lo hagas, porque a pesar de la edad aún acierto más que yerro), aíslate de la familia, de sus comentarios, del qué dirán y persigue tu objetivo de ser médica. Te lo digo con toda la franqueza de un viejo que no tiene tiempo para hacer reverencias: tienes madera.

—¿De veras cree todo lo que me está diciendo?

Carmen no acababa de creerse la proximidad y el cariño que desprendían las palabras de Carles.

—Reina, debes saber que nunca he tenido pelos en la lengua. Siempre he hablado claro y sin tapujos. He tenido la gran suerte de no haber tenido que alquilar el culo. Siempre he sido amo de mí mismo y no…

El señor Torras se detuvo de pronto y ambos dirigieron la mirada hacia la puerta de la habitación, como si tuviera que hacer acto de presencia una visita inesperada. Les había parecido que alguien había abierto la puerta del piso.

—¿Usted también lo ha oído? —preguntó Carmen con voz temblorosa—. No es la primera vez desde que trabajo aquí. Hace ya un mes que me parece que alguien se cuela en su casa. ¿Cuánta gente tiene la llave?

—Las personas que trabajáis aquí, mis sobrinos, claro, y el personal que envía la empresa de limpieza —respondió Carles, pensativo.

Él también había tenido la misma sensación que la muchacha, pero no quiso decírselo para no atemorizarla. Lo último que querría sería que dejara de venir a su casa. Las enfermeras siempre eran necesarias y, por tanto, sabía que nunca le faltaría trabajo.

—Estoy cansado, intentaré dormir. —No encontró mejor manera de poner punto final a la conversación que él mismo había iniciado —. Si quieres, deja abierta la puerta y aprovecha para estudiar en la

biblioteca. Así, si necesito algo, no tendré que gritar como un loco.

—Gracias, señor Torras. Le agradezco que me lo ponga fácil para que pueda seguir estudiando. Haré lo que me dice. Y, sobre todo, no dude en avisarme si necesita cualquier cosa —respondió con una sonrisa agradecida.

Carmen se sintió mal por haberle hecho reproches. Al fin y al cabo, era un buen hombre y se preocupaba por ella. Dejó la puerta abierta y, como punto de luz, la lámpara de escritorio de bronce verde que había en la mesita auxiliar, al lado de la cama. Si a medianoche Carles la quería apagar, solo tendría que tirar de la cadena que hacía las veces de interruptor.

El estado del resto de la casa distaba mucho del esplendor que había conocido antaño. Se intuía en la cocina de mármoles gastados, en el deterioro de las baldosas hidráulicas con flores y figuras geométricas, en los muebles de madera barnizada, en los ornamentos tallados a mano y la orfebrería de plata dispersa por todas partes sin el menor criterio decorativo. Los candelabros renegridos que presidían el aparador del comedor contribuían a reforzar la idea de que no se habían dedicado muchos esfuerzos a detener el efecto demoledor del paso del tiempo.

En cambio, la biblioteca, que en casa de Carles también hacía las veces de sala de estar, sí que estaba a la altura de la fortuna que había amasado la familia Torras, generación tras generación. Las bibliotecas de la burguesía catalana de principios del XVIII eran auténticos museos y salones de maravillas en los que las familias lucían, sin pudor, su buen gusto, su poder y su buena fortuna. El mobiliario de estilo Bull con marquetería de bronce y carey, y con el fondo de madera de ébano, que llenaba estas estancias era la suma del carácter confortable y las modas del momento. Y, en esto, la biblioteca del señor Torras era un buen ejemplar, pues cumplía con todos esos requisitos y estándares de la época a la que pertenecía.

Así fue como Carmen se encontró ante una biblioteca de madera

noble con puertas de cristal, rematada con cariátides, escudos y molduras de bronce, que contenía desde libros muy antiguos —al menos eso le pareció a ella por sus ajadas tapas de piel de cordero — hasta libros contemporáneos. Las bibliotecas eran su debilidad, había visitado casi todas las públicas de Barcelona. Pero, claro, aquello era otra cosa. Quizá le gustaran tanto porque en su casa no tenían; de hecho, por no haber, ni siquiera había una estantería con libros. Sus lecturas estaban amontonadas formando una pila en un equilibrio imposible al lado de la mesita de noche y, aparte de ella, nadie más de su familia leía. Aunque ya llevaba algún tiempo en casa del señor Torras, no acababa de acostumbrarse a aquel lujo. Formaba parte del tipo de cosas que Carmen sabía que existían y que había visto desde cierta distancia, como en las películas y los vídeos de los famosos, pero que nunca imaginó que un día podría ver en directo y tan de cerca. De todos modos, toda aquella «parafernalia», como decía su madre, no la incomodaba, más bien la divertía. Cada objeto era un descubrimiento, una puerta a otro mundo; uno que venía de antiguo. No supo refrenarse y abrió una de las puertas de cristal para coger un libro. La nota escrita a mano que el propietario original, o vete tú a saber quién, quizá uno de sus eventuales lectores, había dejado, le llamó la atención.

Se sentó en una de las sillas de formas sinuosas, con un acabado de madera con dibujos de pámpanos de vid. Carles le había explicado que los Torras habían sido comerciantes de vino y aguardiente, y de ahí los motivos vinícolas de la decoración. En la actualidad, no obstante, su fortuna se encontraba lejos de los viñedos, en un medio mucho más urbano: en las propiedades que tenían esparcidas por toda la ciudad y sus cercanías.

Volvió a centrar la vista en la nota manuscrita: «*Ad amicum meum Franciscum sacerdotem*». ¿Qué posición habría ocupado aquella persona en el árbol genealógico de la familia? ¿Cuál sería su legado? Se dejó llevar por la curiosidad y se preguntó cómo habría sido su vida, si habría sido feliz y de qué habría muerto. Fueron muchos los pensamientos que cruzaron la mente de Carmen. Su

prolífica imaginación se activó y, con el libro en las manos, comenzó a bosquejar a una persona de carne y hueso que adquiría una forma holográfica delante de sus ojos. Justo en el momento en que le venía el sueño, o al menos eso le pareció, otro ruido hizo que olvidara al sacerdote misterioso. Percibió de nuevo el peligro que se cernía sobre la casa. Le pareció oír que la puerta de la entrada cedía con facilidad y dejaba paso a alguien que, esta vez, entraba con más decisión, tal como permitían intuir los pasos que se adentraban por el pasillo, haciendo crujir el parqué. Pero igual que la primera vez que los había oído aquella noche, quienquiera que hubiese entrado en el piso no pretendía ser visto y reculó poniendo cuidado en cerrar la puerta de entrada con el mismo sigilo con el que la había abierto.

Un escalofrío le recorrió la espalda, se levantó de un salto y se asomó a la habitación de Carles. Necesitaba saber si estaba bien; esa era la idea fija que la perseguía desde que había entrado en aquella casa. Tras asegurarse de que dormía plácidamente, cambió de silla y ocupó una más cercana, justo al lado de la estatua romana, seguramente de un general, que presidía la zona central de la biblioteca.

No tenía ningún control sobre quien tuviera las llaves de la casa, pero sí que sabía —se lo había dicho Maite, la señora que la relevaba por las mañanas— que Lluïsa, la exmujer de Carles, vivía en el mismo rellano que él. Resulta que cuando Carles se divorció, perdió muchas plumas, y una de estas fue la parte del piso en el que se había instalado su familia a principios del siglo XX. Se trataba, ni más ni menos, de un principal de un emblemático edificio modernista. El enorme piso se había dividido en dos, y en una parte vivía la exmujer y, en la otra, Carles.

El piso de Lluïsa no tenía nada que ver con el de su exmarido. Estaba totalmente reformado y actualizado por un estudio de interiorismo de lujo, y era muy frecuentado por personas de todo tipo, que asistían a las innumerables fiestas que celebraba la anfitriona, atraídas por la diversión que se ofrecía a todos los niveles. De todas formas, como Carmen tenía claro que tampoco

quería preocupar a Carles con sus inquietudes, decidió no darle más vueltas al asunto. Era consciente de que aquella indagación superaba en demasía las obligaciones que contractualmente había asumido como enfermera, y lo último que deseaba era meterse en un lío.

Trató de olvidar los libros de la biblioteca y los mundos que contenían, y se sumergió en la teoría del examen práctico que tenía al día siguiente. En algún momento de la noche debió vencerla el sueño, pues por la mañana se despertó bien envuelta en una manta suave y mullida, prueba incontestable de que el cuidado había pasado a asumir el papel de cuidador, al menos por un instante.

Las voces que se oían al fondo avisaban de la llegada de Maite, la cuidadora de la mañana. Era una mujer mayor, de andares resueltos y con un aire de no estar para zarandajas, que había estado con la familia Torras desde que era una niña. Con solo siete años, había empezado a servir a los padres y, cuando estos faltaron, le tocó cuidar de su hijo Carles y, más adelante, también de Eulàlia. Ahora, con la frente surcada de arrugas y con los huesos que le crujían cada vez más, si tuviera que cuidar de alguien debería ser solo de sí misma. Aunque no tenía ningún título de enfermería y había perdido agilidad, para Carles era una pieza vital, el nexo que lo unía a una época que añoraba. Si con Maite podía refugiarse en un pasado que nunca regresaría, con Carmen tenía una privilegiada ventana abierta a un futuro que ya no le pertenecía.

Cuando Carmen estuvo en el rellano de la escalera, antes de emprender la bajada se volvió hacia Maite, que ya estaba cerrando la puerta a sus espaldas, y no pudo evitar preguntarle quién tenía las llaves de la casa.

—Pues quién las va a tener, ¿habrase visto? —le espetó. Como era de esperar, la pregunta enojó a Maite y su respuesta no solo fue imprecisa y confusa, sino que también vino acompañada de un bufido. En definitiva, no dio ninguna importancia a quién tenía o dejaba de tener las llaves, y menos cuando tal requerimiento procedía de quien a sus ojos no era más que una mocosa.

Maite aún no había tenido tiempo suficiente para conocer a Carmen, para saber de su integridad y, sobre todo, de su sincera y honesta preocupación por el hombre de la familia por el que ella había sacrificado su vida. Y más que eso, pues había jurado guardar los secretos más ignominiosos para que los Torras se mantuvieran en el podio de las familias más antiguas y nobles de la burguesía de la Ciudad Condal. En concreto, en una de las épocas más luminosas y glamurosas que había vivido Barcelona, antes de que fuera engullida por los desbarajustes, los alborotos, la insensatez y las atrocidades que condujeron al estallido de la Guerra Civil y sus funestas consecuencias.

Carmen era consciente de que aún no se había ganado la confianza de Maite, y llegó con prontitud a la conclusión de que, aquel día, por más que alargara la conversación que había iniciado, no le sonsacaría más información. Aunque no se dio por vencida en su cometido de averiguar quién tenía las llaves del piso, se dispuso a abandonar la casa, no fuese a ser que con tanta indagación acabase llegando tarde al examen. Cuando ya estaba en el umbral de la puerta, percibió el rumor de una música lejana que salía del piso de al lado y que constataba que no solo era ella quien aquella noche no se había acostado. No era la primera vez que la oía, formaba parte de los ruidos habituales que habría preferido no escuchar, como los pasos vacilantes a medianoche o el tintineo de copas en las fiestas de Lluïsa.

Aunque la muchacha ya lo intuía, no sabía hasta qué punto el piso de la exmujer de Carles era un universo paralelo o, más bien, un universo lejano con una biodiversidad de fauna humana que no compartía ni un segmento de parecido con las personas que frecuentaban la casa de Carles. Mientras que un piso lo habitaban personas mayores, cuidadores y los escasos familiares que venían de visita, en el otro abundaban los chicos y las chicas jóvenes atraídos por el consumo de diversas drogas y estimulantes que les abrían las puertas a mundos oníricos en los que se apagaba o embellecía la cruda realidad de sus vidas cotidianas. Haciendo «trampas»

alcanzaban una artificiosa sensación de felicidad que les ahorraba el trabajo sucio de desbrozar los caminos por los que transcurría su vida. Y la verdad es que eso resultaba muy goloso, pues la droga les permitía alcanzar la cima sin haber invertido ni el esfuerzo ni el empuje necesarios para alcanzarla.

Eran las siete y pico de un martes de mediados de noviembre y la oscuridad se resistía a dar paso a la luminosidad que aquel día se vislumbraba en la ciudad. Aun así, Carmen no quería renunciar a ir caminando hasta el Campus Clínic. Como no tenía tiempo para ir al gimnasio, encontraba en aquellas largas caminatas la oportunidad de hacer deporte y, al mismo tiempo, pensar relajadamente y sin interrupciones en los nuevos retos que se había propuesto alcanzar durante los próximos años.

Las caminatas también tenían el aliciente de poder detenerse en una cafetería de la calle Casanovas en la que había encontrado sus tres «B» particulares: buen wifi, buena luz y buen ambiente. Nunca estaba muy llena y era acogedora gracias al mobiliario de madera clara, las telas naturales y los tonos blancos con los que la habían decorado, siguiendo el estilo nórdico que, con tozudez y voluntad de permanencia, se había ido haciendo un hueco en la ciudad. Pese a saber que le suponía un gasto que podría ahorrarse, Carmen no quería renunciar a los ratos que pasaba tomando un café bien cargado mientras estudiaba o, como el caso de aquel día, repasaba el material del examen. Formaba parte de su particular ritual, era una de las pocas indulgencias que se permitía.

No hacía muchos meses que aquella cafetería había abierto. Su propietario, Sergi, un muchacho que rondaba la treintena, había invertido todos sus ahorros, pero acabó necesitando un socio capitalista para sacar el negocio adelante, especialmente a raíz de las dificultades que vinieron con la pandemia. Por suerte, un antiguo compañero del colegio —ahora inversor en el mundo de la restauración— le ofreció entrar con una inyección de capital que

salvó el negocio.

Cuando Sergi vio entrar a Carmen, sonrió. Le caía bien, aunque no fuese la mejor clienta para sus intereses, pues ocupaba mucho tiempo una mesa y su gasto era poco más que el de un café con leche. Pero había algo en aquella chica que le recordaba a sí mismo y que lo enternecía. De ahí que no pudiera negarle la estancia, por más larga y antieconómica que fuera desde el punto de vista empresarial.

—¿Has podido dormir un poco esta noche? La verdad es que no sé cómo aguantas este ritmo que llevas —dijo Sergi con un punto de admiración en sus palabras.

Había tenido ocasión de hablar con la chica más de una vez y sabía perfectamente que, cuando llegaba a su local, venía de hacer el turno de noche en una casa en la que cuidaba de un anciano. Y también sabía que había cogido ese turno no solo porque cobraba más, sino porque eso le permitía perseguir su vocación de ser médica, aunque fuera a costa de perder horas de sueño.

—Uy, sí. Esta noche he dormido unas cuatro horitas. Y con el examen que tengo ahora, ¡estoy bien despierta! Cuando llegue a casa, después de comer, todavía tendré tiempo de dormir un par de horas más antes de volver al trabajo.

Al terminar de hablar, Carmen vio que entraba el chico con quien, desde hacía unas semanas, coincidía casi todos los días. Como siempre, vio cómo se ponía a hablar con el propietario de una forma distendida, pero antes le lanzó a la chica una mirada como pidiendo perdón, consciente de que había interrumpido la conversación de forma brusca.

No sabía qué le veía, pero tenía algo que le llamaba la atención. Sin conocerlo de nada, le dio la impresión de que tenía pinta de ser buena persona, de que era un buenazo. Si a esto se sumaba que era guapo y que vestía de una manera elegante, pero sin pasarse, era natural que le costara quitarle los ojos de encima. Bueno, tal vez sí sabía qué le veía.

Enseguida, no obstante, volvió a la cruda realidad, donde su

agenda desbordada no admitía distracciones. Además, tampoco se fiaba demasiado del género masculino… Un escalofrío le recorrió la espalda y decidió obviarlo sumergiéndose de lleno en el estudio. Su regreso al punto de partida, del que pensaba que no debería haberse desviado, no le permitió ver cómo el muchacho la contemplaba con ojos chispeantes.

II

Cuando Lluïsa se despertó y vio a su lado a Manuel, su excuñado y ahora su pareja, tuvo náuseas. No sabía por qué, pero cada vez le resultaba más insoportable tenerlo cerca. Cerró los ojos y la mente le hizo el instante más llevadero al sobreponer la imagen de su amante a la de quien compartía cama con ella. Fue intercambiando, pieza tras pieza, una barbilla caída y de piel arrugada por un rostro escultórico, y unas carnes flácidas por otras tonificadas y atléticas. Rápidamente, la sensación de asco que se había instaurado en su estómago fue sustituida por el deseo ardiente de que la rodearan los brazos fuertes y bien musculados de su joven amante.

Había llegado a un punto de la vida en que se había hartado de los halagos y de la compañía de hombres mucho mayores que ella. Había comenzado muy joven, con solo diecinueve años, a trabajar como *escort* de lujo en una agencia de chicas de compañía. Ella no respondía al típico perfil de esas agencias, en las que la mayoría de las chicas carecían de estudios. Lluïsa compaginaba el trabajo con la carrera de Ciencias Económicas y Empresariales en la Universidad de Barcelona. La ubicación de la facultad en el exclusivo barrio de Pedralbes le facilitaba el acceso a una parte importante de su clientela, mientras que sus conocimientos sobre temas de economía, y también de política, la convertían en una mujer culta y, por tanto, en la compañía perfecta para llevarla a cenas e incluso a viajes de negocios o a actos públicos. Su educación y su manera de vestir, elegante y a la vez sensual e insinuante sin caer en la vulgaridad,

gustaba a los hombres porque, al verla, no era tan obvio que en realidad no era la novia. No era casualidad, Lluïsa tenía muy presente lo que había dicho la icónica Coco Chanel: «Viste vulgar y solo verán el vestido, viste elegante y verán a la mujer. La sencillez es la clave de la verdadera elegancia». Se había grabado esas palabras en la cabeza como si fuesen un mantra y sabía que eran la clave de su éxito.

Su gusto refinado marcaba la diferencia respecto al de la mayoría de las chicas de la agencia, que iban maquilladas en exceso y llevaban unos modelitos estridentes que, por caros que fueran, no engañaban a los ojos de los ricos de rancio abolengo. Se las veía venir de lejos, por más esfuerzos que hicieran los hombres que las habían contratado por disimular que no habían sido lo bastante hábiles para seducir a una mujer y que lo estaban remediando pagando un servicio de compañía. En cambio, Lluïsa los ayudaba a disimular esa vergüenza, y por eso se había convertido en una de las chicas más solicitadas de la agencia, junto con su amiga Marta, a quien conoció en la facultad y la introdujo en aquel mundo tan sórdido como rentable.

Cuando comenzó se prometió que solo ejercería unos años, los justos, hasta que alcanzara un puesto directivo en una empresa. Pero es muy fácil jurar y perjurar cuando no tienes nada, y muy difícil renunciar cuando tienes tanto que perder. Como era una chica tan solicitada, Lluïsa se acostumbró desde muy jovencita a ingresar importantes cantidades de dinero, la mayoría en metálico, y a llevar un ritmo de vida insostenible para la mayoría de los mortales. Si bien terminó los estudios, nunca trabajó en algo que tuviera la más remota relación con su licenciatura. Las pocas ofertas que veía prometían unos salarios irrisorios comparados con sus ingresos, y se decía a sí misma que tenía que aprovechar «ahora que aún era joven» para llenarse más los bolsillos. Faltó a su palabra y, poco a poco, fue olvidando que antaño había tenido otras ambiciones. Dejó de cuestionarse el trabajo, que al principio le parecía de lo más desagradable y que, con el tiempo, la fue convenciendo. Vendía su

cuerpo, sí, pero se sentía compensada con creces gracias a la entrada constante de dinero, lujos y viajes con que la gratificaban los hombres.

Cuando llegó a la treintena, y pese al flujo constante de chicas de poco más de dieciocho años que engrosaban el plantel de la agencia, Lluïsa nunca fue relegada del podio que, año tras año, revalidaba. No era la más joven ni la más guapa, pero sí que era la que mejor entendía cómo funcionaba ese mundo. Fue por eso por lo que cuando, con treinta años y pico, Carles la encontró en el catálogo de la agencia, fue consciente de la oportunidad que se le presentaba. Aunque era una privilegiada en un oficio en el que nadie se andaba con chiquitas, sabía que el tiempo también pasaba para ella y que ni la elegancia ni el saber estar ni la conversación agradable podrían contrarrestar las arrugas que tarde o temprano le surcarían la frente. Mejor sería que, cuando la piel se le apagara y las carnes cedieran, tuviera un plan B. Carles podría haber sido su padre, pero se conservaba muy bien para la edad que tenía y a ella no le costó nada quedar deslumbrada, claro que a eso también contribuyó su inmensa fortuna. Con todo, más allá de la evidente atracción física inicial por ambas partes, nunca hubo amor. Carles solo la quería tener como un trofeo, era su manera de demostrar a amigos y conocidos que él también podía casarse, poner fin a las bromitas sobre que nunca sentaría cabeza. Y, además, lo haría mejor que ellos: con una chica despampanante de quien nunca tendría que aguantar malas caras porque la naturaleza de su relación lo impedía. Lluïsa sería esa pieza de caza que nutre el ego del cazador y acaba adornando la pared de su casa.

Nunca la amó. Ese era un verbo que conjugaba en pasado. No era un tema personal, sino la incapacidad de amar a quien no fuese su amor de juventud. Por su parte, lo único que pretendía Lluïsa era garantizarse de por vida los lujos que había tenido desde joven. Con todo, no fue totalmente franca consigo misma, y no sentirse amada acabó pesándole mucho más de lo que había previsto. Por más que le costara reconocerlo, había abrigado la esperanza de que, con el

tiempo y la cotidianeidad compartida, naciera algo parecido al amor.

Ambos fracasaron en la consecución de sus objetivos. Carles, porque la diferencia de edad de casi cuarenta años que mediaba entre ellos lo convirtió en el hazmerreír de sus amigos y conocidos, sobre todo cuando se destapó la cornamenta que llevaba. Lluïsa, porque las capitulaciones matrimoniales que tuvo que firmar antes de casarse le vetaron el acceso a una parte más que notable del patrimonio de su marido. Estuvo a un tris de que su proyecto vital de boda se fuera al garete cuando osó negarse a firmar las capitulaciones. Carles no se planteó en ningún momento ceder a su chantaje, de modo que la decisión final sobre el casamiento recayó por completo en ella. Llegados a ese punto, influyó más el deseo de asegurarse una vida de lujos que el hecho de tener un acceso directo al dinero. A fin de cuentas, la manera en que se garantizara ese nivel de vida tampoco le pareció tan relevante.

Manuel intentó levantarse de la cama sin conseguirlo. No le pasó desapercibido a Lluïsa, pero tampoco hizo gesto alguno para ayudarlo. Había llegado al punto en el que aquel hombre le era completamente indiferente y, si toleraba su presencia en casa, era porque aún confiaba en apropiarse del dinero de la herencia de su mujer. Dinero que tantas y tantas veces había prometido compartir con ella, pero que nunca parecía que acababa de llegar.

—La cabeza me va a estallar —dijo Lluïsa mientras miraba de reojo, con las cejas juntas y los labios apretados, cómo Manuel finalmente se levantaba y se sostenía con dificultad. La intensa luz que entraba por el ventanal de la sala de estar no les dejaba terminar de abrir los ojos. La cocaína los había dejado para el arrastre.

—Si la droga no llega a tiempo, nuestros invitados se pondrán nerviosos —dijo Manuel, con los ojos todavía medio cerrados.

Lluïsa estaba rendida y, en un susurro, dio a entender que era un tema que no le preocupaba en absoluto. Pese a su dependencia de

la droga, ni pretendida ni querida, ya no tenía ningún interés en la mercancía, sino en el mercader. Aunque sabía que una cosa y otra iban de la mano. Tenía muy claro el mundo en el que vivía; de hecho, siempre había sabido qué suelo pisaba.

—Seguro que Pedro llega a tiempo para la fiesta de esta noche. Y, si no, tampoco debemos preocuparnos tanto porque tenemos una maría de coña —añadió Manuel, autoconvenciéndose.

Lluïsa lo miró y no pudo evitar fijarse, por enésima vez, en el tatuaje que llevaba en la espalda, a la altura del hombro derecho. Era un garabato que no estaba para nada en sintonía con la edad avanzada de su portador y le parecía hortera a más no poder. Se trataba de una «G», muy grande, de estilo gótico. Deducía que se lo había hecho por su hija; sin embargo, nunca se lo había preguntado porque le daba mucha pereza que le contara una historia épica y sentida. Manuel era de ese tipo de personas que se gustan cuando se escuchan, pero Lluïsa ya estaba harta de fingir interés. Estaba tan harta de tener que aguantarlo que empezaba a pensar que el cometido de sacarle el dinero de la herencia de su mujer ya no compensaba el hecho de tener que soportar el hedor de su aliento y el escozor que le producía la barba mal cuidada.

El timbre de la puerta la sacó de la cama de un salto. No tenía ninguna duda de quién llamaba con tanta insistencia y anhelaba comprobarlo. Aunque estaba agotada, ese sonido la vigorizó y le hizo olvidar el pesar con que empezaba a asumir la presencia de Manuel en su casa. Se arregló como pudo y se abalanzó sobre la puerta.

—¡Eh! ¿Acaso no me oíais? —le espetó Pedro, totalmente ajeno al sentimiento tan reconfortante que su presencia había causado en Lluïsa.

Ella se echó a sus brazos y el balanceo del chico fue tal que perdió por completo su posición de equilibrio.

—No me vengas con gilipolleces. ¿Está Manuel?

—¿Por qué lo preguntas? Ahora está en la ducha —respondió seductoramente Lluïsa, mientras lo empujaba para que entrara en el

piso, le acariciaba las mejillas y lo besuqueaba.

—¡Eh, que no soy tonto! ¿Qué pasa? ¿Te crees que si te sigo el rollo me olvidaré de que todavía me debéis los dos últimos pedidos? Venga, que ya sé de qué palo vas y a qué te dedicabas.

Estas últimas palabras le dolieron a Lluïsa. En su anterior profesión, estaba acostumbrada a que los hombres le faltaran el respeto. Era un derecho adquirido por el precio que pagaban. Pero de un tiempo a esta parte, que le recordaran ese pasado le resultaba exasperante. Se había ganado el premio de estar con un hombre mucho más joven que ella. Habían sido tantas las ocasiones en las que se había encontrado al otro lado, que ahora le ofendía el mero hecho de pensar que a Pedro se le pudiera pasar esa idea por la cabeza. Para Lluïsa era profundamente injusto que alguien pudiera quejarse de una diferencia de edad a la que ella nunca había opuesto ningún reparo.

—Con lo que te traigo hoy, coca de la buena y marihuana de primera, todo sube ya a más de cinco mil euros. Así que me pagáis ahora o me lo vuelvo a llevar todo —sentenció Pedro.

—No, no, espera a que Manuel salga del baño y seguro que te pagará toda la deuda.

—Mira, Lluïsa, no sé cómo decírtelo. Puedo parecer idiota, pero no lo soy. No sé en qué cojones de mundo vivís, pero si no me pagáis hoy todo lo que me debéis, os envío a mi proveedor, el Chino, y ya veréis que ese no está para hostias.

Por su experiencia, Lluïsa sabía muy bien que lo que decía Pedro no eran palabras vacías, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a pagar ella la deuda. Estaba cansada de sacarle las castañas del fuego a Manuel después de oírle contar grandezas sobre los aviones y los yates que alquilaba en los viajes que hacía con sus amigos y de todo el dinero que derrochaba en caprichos.

—Mientras viene, te quería preguntar si tienes acceso a algún otro tipo de material, ya me entiendes —dijo Lluïsa, bajando la voz como si tuviera miedo de que alguien la oyera.

—¿A qué te refieres?

—Que si tienes acceso a otras sustancias… Ya me entiendes, otra clase de mierda.

—¿Te refieres a heroína o pastillas?

—No, no. Más bien pensaba en ese tipo de droga que anula la voluntad, que no sé cómo se llama.

—¿Qué te traes entre manos?

—No me corre prisa y tampoco quisiera una gran cantidad, solo una o dos dosis.

—¿Cómo la querrías, en líquido o en polvo?

—Mejor en líquido, pero si está en polvo también me sirve.

—Me va a costar un poco encontrarla, pero te la puedo conseguir. Tienes claro que no puedes mezclarla con alcohol, ¿no? Hay gente que, por hacer el tonto, se ha quedado en coma o la ha palmado… Espero que sepas lo que estás haciendo.

—No sufras. No soy una suicida —respondió Lluïsa, a quien le habían quedado del todo claros los efectos mortíferos que podría causar una eventual mezcla con alcohol.

Sin embargo, aquella advertencia no la detuvo en su voluntad de adquirir la droga, porque eran otros los efectos que le interesaban, los sedativos, los destinados a anular una concreta voluntad que se le resistía y que no podía doblegar, a pesar de sus continuados —y más que merecidos— esfuerzos para adueñarse de ella.

—¡Vaya, los dioses están con nosotros! —exclamó Pedro al ver cómo Manuel, repeinado y de veintiún botones, salía de la habitación que tantas veces él había frecuentado—. Tío, me debes, en concreto, cinco mil seiscientos euros. O me pagas ahora o me llevo la mandanga a otro sitio. Tú mismo.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Qué prisa tienes? No tengo tanto efectivo encima. Si quieres, mañana te doy el dinero.

—¡Me cago en todo! O ahora o se ha acabado todo.

—Vale, vale. Acompáñame a la oficina bancaria y te pago. No hay problema. Por dinero no será.

—A los ricos les cuesta mucho pagar. A partir de ahora, o me adelantáis el dinero o no habrá más mierda. Estoy cansado de tener

que adelantar el dinero cada vez y luego tener que ir detrás de vosotros para cobrar. Mi jefe no está para hostias y empiezo a estar cansado de teneros que hacer de banco. Y tú —dijo mirando a Lluïsa —, si todavía quieres lo que me has pedido, ya puedes adelantarme el dinero.

—Calma, calma. Si quieres te hago el pago por bizum de quinientos en quinientos, que es lo máximo que se permite, y liquidamos la deuda —respondió Manuel sin haber captado nada de la alusión que acababa de hacer el chico al pedido especial de Lluïsa.

—O aún mejor: ¿por qué no haces una transferencia bancaria a mi nombre y como concepto pones «Pago de droga»? ¿Qué te parece? Alucino con vosotros. Todo esto es increíble. Igual tanta droga os está licuando el cerebro. Tendríais que aflojar un poco. Venga, vamos al banco y no me hagáis perder más el tiempo. Si todos los clientes fueran como vosotros, ya estaría en la ruina. O aún peor, estaría muerto.

—Vamos, vamos —dijo Manuel, con el convencimiento de que la conversación que él había empezado había agotado, irremediablemente, la paciencia del chico, y que nada bueno podía esperar de la situación que se había creado si no iniciaba de inmediato los trámites bancarios destinados a pagar la deuda contraída. De hecho, la agresividad que había mostrado durante la discusión dejaba traslucir el riesgo que corría si alguna vez llegaban a las manos. Tenía todas las de perder.

Lluïsa se enfureció cuando vio que los dos hombres se alejaban con determinación escaleras abajo en dirección a la calle. Aparte de la droga, ella tenía otros intereses con Pedro, así que cuando sus ilusiones se desvanecieron, la frustración no tardó en aparecer. Le había quedado claro que la impaciencia del joven, causada por la indecisión de Manuel, había truncado un deseo que ella ya daba por hecho. Sin embargo, en el momento justo en que le pasó por delante, aprovechó la proximidad para decirle al oído: «Vuelve a casa cuando hayas cobrado. Ya sabes por qué te lo digo».

Pedro fue plenamente consciente de sus palabras, pero hizo ver

que no las había oído para no tener que dar ninguna explicación más adelante. Lluïsa se había puesto una venda en los ojos y todavía no se había dado cuenta de que el interés del joven en ella empezaba a amortiguarse. Se veía con otra, una modelo que había conocido hacía poco en un desfile de moda al que había ido a entregar un pedido. La juventud de la chica y la novedad la habían desplazado, al menos por el momento.

Pedro era un chico de barrio, sin oficio ni beneficio, y Lluïsa era una mujer lista, de conversación fácil y entretenida, que conectaba al joven con un mundo de élite al que solo accedía por su condición de camello. Sabía que, sin la mercancía, le cerrarían las puertas de las mansiones y los pisos francos en las narices. Solo lo querían por lo que podían obtener de él, pero no era uno de ellos ni nunca llegaría a serlo. Pero Lluïsa era la excepción. Su relación no se ceñía al ámbito comercial, incluso parecía que quisiera integrarlo en su vida y en sus fiestas. No se avergonzaba de él, no lo escondía ante sus amistades, y eso la singularizaba respecto al resto de su clientela.

El motivo de aquel trato diferencial lo atribuía al aburrimiento de Lluïsa, «excentricidades de ricos», se decía, y ni se le pasaba por la cabeza que aquella mujer, con quien de vez en cuando se acostaba, se hubiera podido enamorar de él. Para Pedro, los sentimientos eran una debilidad, un abrigo que molesta y que te impide moverte con agilidad, un escollo que debes esquivar si quieres conseguir tus objetivos. ¿De qué les había servido a sus padres tener buenos sentimientos? Para malvivir ahogados y encima tener que dar las gracias cuando tenían trabajo. Él no caería en esa trampa; era más listo. Había dejado los escrúpulos a un lado y había asumido muchos riesgos para «poder sacar un poco la cabeza», tal y como se le oía decir últimamente, lo que implicaba eliminar el amor y el cariño de la ecuación.

III

Hacía más de una hora que Enric y Jordi esperaban a Glòria, su hermana. No era habitual que se vieran fuera de las celebraciones familiares y las citas obligadas, pero la situación era grave y así lo requería. Enric había ofrecido su casa como lugar de encuentro, y ahora él y Jordi estaban sentados en el sofá de la sala de estar en un silencio incómodo, porque, aparte de la sangre y la misión compartida que los había llevado hasta allí, no les unía casi nada más. Los dos hermanos no dudaban de que llegarían a un acuerdo que pusiera punto final a la vida desenfrenada que su padre había emprendido, no solo desde la muerte de su madre, sino incluso antes, cuando la fragilidad de ella le sirvió de cortina de humo para gastar sin control ni oposición. Pero también eran conocedores de que su hermana no se lo pondría nada fácil. Glòria siempre había defendido a su padre a capa y espada, en detrimento del papel de sostén y, sobre todo, de persona sensata que la madre había ejercido en el núcleo familiar. En todas las casas suele haber alguien que evita que las ovejas se descarríen, y en la suya, esa persona había sido Eulàlia. Su muerte evidenció las debilidades latentes en cada uno de ellos y, al mismo tiempo, las liberó, con consecuencias imprevistas y no siempre deseadas.

Los hermanos Miralles tenían muy presente que, cuando su madre enfermó y entró en una fase agonizante de la enfermedad, las largas y prolongadas ausencias de Manuel empezaron a hacerse cada vez más frecuentes y tan explícitas que comprometieron aún

más la salud de Eulàlia y complicaron su tensa relación. Incluso a Glòria, que siempre le había reído las gracias a su padre, se le hacía cuesta arriba encontrar una excusa para justificarlo. Por tanto, aunque se vislumbraba una situación aún más tensa, quizá el recuerdo de la actitud vergonzosa de Manuel ayudaría a que su hermana se aliara con ellos. Eso y la gravedad de los hechos, ya que habían llegado a un punto en el que la administración de la herencia de su madre empezaba a hacer aguas, por mucho que ellos o alguno de sus hijos pusieran sensatez y buena voluntad. En medio del lío en el que se encontraban, iniciar un proceso de incapacitación podría contribuir a poner en orden sus deterioradas economías, al menos hasta que llegara la herencia de su tío, la herencia por antonomasia. Aunque, al paso que iban, aún podían pasar muchos años hasta que recibieran su parte. Carles Torras tenía una salud de hierro, lo cual impacientaba a más de uno de los Miralles.

—Te dijo que vendría, ¿verdad? —preguntó Jordi a su hermano.

—Ya la conoces. Siempre pasa de todo. De ella te puedes esperar cualquier cosa.

—¿Pero te confirmó que venía o no? —insistió Jordi, ansioso por la falta de precisión de la respuesta y por una espera que se le estaba haciendo larguísima.

Antes de que Enric tuviera tiempo de contestar, se escuchó el timbre del interfono acompañado de los pasos decididos de Francisca.

—*Habemus papam* —anunció Enric con voz de alivio—. Ya pensaba que no vendría. Y eso que no quise adelantarle de qué hablaríamos, y mira que me insistió una y otra vez para que se lo dijera.

—¡Bien hecho! A ver cómo se lo toma. No tengo ninguna confianza en nuestra hermana —dijo Jordi, con una efusión que a Enric le pareció excesiva.

—Si no lo logramos hoy, mi hijo me ha dicho que tendrá que echar para atrás muchas de las inversiones que ha proyectado por falta de capital. En concreto, de la liquidez de la sociedad

patrimonial, y eso significa que mientras no cobremos el resto de la herencia que aún tiene que llegarnos (es decir, la del tío), tendremos que apretarnos el cinturón. Bueno, es una manera de decirlo —quiso puntualizar Enric, consciente de que ya querrían muchos estar en su situación económica, aunque eso supusiese «apretarse el cinturón».

—Por cierto, ¿sabes si papá todavía va con esa fulana? —preguntó Jordi con un tono despectivo.

No le dio tiempo de responder a su hermano porque Glòria hizo acto de presencia en la sala de estar, pisando fuerte el parqué con sus *stiletto*.

—¡Eh, chicos! ¿A qué vienen tantas prisas por hablar? Seguro que algo os ronda la cabeza, que os conozco. ¡Venga, decídmelo!

Glòria acababa de hacer una entrada triunfal con la clara intención de imponer el estilo propio de una diva. No solo se había hecho notar con el retraso, sino que había procurado acaparar toda la atención de sus hermanos. Pero, por mucho que lo deseara, nunca conseguía contrarrestar la imagen caótica que proyectaba no solo ante Enric y Jordi, sino, sobre todo, ante los ojos de quien más le dolía: su padre. Se podía esforzar cuanto quisiera, pero quien la conocía sabía que los bolsos de diseño y los tacones altos solo eran el cartón piedra de una fachada que hacía mucho que se caía a pedazos. Glòria no se daba cuenta, pero las notas avainilladas del perfume caro se mezclaban con el hedor del *whisky* que se había tomado antes de salir de casa.

Ninguno de los dos hermanos hizo comentario alguno al respecto. Se limitaron a levantarse del sofá para saludarla y morderse la lengua para no reprocharle su impuntualidad. No querían empezar con mal pie. En la terraza, el viento hacía revolear las hojas secas en círculos, sin fuerza suficiente para despegarlas del suelo. Era la misma falta de impulso que los paralizaba a ellos y no les permitía abordar el tema.

Desde la cocina llegaba el aroma de una sopa de garbanzos con caldo de verdura que Francisca había preparado. El aroma se esparcía hasta la sala de estar, contribuyendo a acelerar la sensación

de vacío en el estómago propia de quien llega a las tres de la tarde sin haber comido.

—Venga, sentémonos a la mesa, que se hace tarde —dijo con determinación Jordi, que era el más vital de todos. Aunque no era el anfitrión, Enric y Glòria lo siguieron con paso decidido hasta el comedor, donde les esperaba una mesa bien puesta.

Francisca era la cocinera de Enric y, a la vez, la mujer de la limpieza de Manuel desde poco después de la muerte de Eulàlia. Su predecesora había sido Maite, que se despidió al día siguiente del entierro de su señora. No dio muchas explicaciones y se limitó a decir que ya había visto demasiadas cosas en esa familia y que no estaba dispuesta a aguantar más gilipolleces. Los dejó a todos con la palabra en la boca y desapareció de sus vidas. No obstante, no se marchó de la de Carles, para quien seguía trabajando.

Esta relación laboral no convencía para nada a Manuel, que temía que su cuñado se acabara enterando de cosas que no le beneficiarían en absoluto, y mucho menos si tenía la intención de pillar un buen pico del patrimonio de los Torras. Todas las inversiones que había iniciado *motu proprio*, bien fueran en hoteles, en empresas de energías renovables o en huertos fotovoltaicos, se habían ido al garete. Por tanto, nunca había conseguido ese prestigio que haría olvidar sus orígenes humildes de comerciante de mercería o de cintas e hilos, como le decían sus hijos. Quizá por ese motivo siempre se había sentido excluido y menospreciado por su propia familia, sobre todo por su cuñado, Carles, e incluso por sus hijos, a excepción de Glòria. Si para amasar la fortuna de su mujer, que creía que le pertenecía, debía pasar por encima de todos ellos, no le importaba. Escrúpulos tenía muy pocos.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó Glòria cuando vio que había una silla vacía con el servicio de mesa preparado delante.

—Tiene que venir Josep con las cuentas de la patrimonial. Está bastante preocupado por el ritmo de gasto que todos nosotros llevamos —Enric quiso utilizar el plural mayestático para evitar señalar demasiado directamente al principal causante del

desbarajuste—, y cree que debemos prestar atención al asunto y ponerle remedio.

—¿Estamos arruinados? —preguntó Glòria, medio burlona e incrédula.

—Si papá sigue viviendo como si no hubiera mañana…

A Jordi no se le daba muy bien tener que morderse la lengua. Si Glòria iba de diva, él iba de milhombres.

—¿Nuestro padre? ¿Me estás diciendo que papá es el causante? —preguntó Glòria con un tono provocativo y sin dejar que su hermano terminara la frase—. ¿No será que nuestro sobrino es un cero a la izquierda y está gestionando mal la patrimonial?

—No te pases, Glòria, y relájate. Precisamente tú eres la menos indicada para decir eso, porque nunca has tenido que preocuparte por nada y te lo han ido dando todo en bandeja. Dale las vueltas que quieras, pero papá tiene un gran agujero en los bolsillos. Lo ha tenido siempre. Otra cosa es que tú hayas preferido mirar hacia otro lado.

Jordi, que desde que había llegado chorreaba sudor, salió en defensa de su hermano. No tanto por lealtad, sino porque necesitaba aliviar la tensión que llevaba dentro.

—Glòria, lo que acabas de decir de mi hijo pasa de castaño oscuro. Abre los ojos y te darás cuenta de que a papá le falta un tornillo. Además, te recuerdo que el administrador es él, no mi hijo. Otra cosa es que le pidamos ayuda en la gestión financiera y que nos eche una mano. Por cierto, ¿sabes cuál es la última que acaba de hacer papá?

—¿Cuál? —preguntó con desgana Glòria, convencida de que no sería para tanto.

—Pues acaba de comprarse un yate de más de cinco millones de euros —afirmó Enric, concentrándose en decir la cifra muy despacio.

—No puede ser.

—Por supuesto que puede ser. ¡Y así es! —dijo con aplomo Josep, que justo en ese momento se añadía a la mesa sin que nadie se hubiera dado cuenta de su presencia—. En concreto, estamos

hablando de cinco millones quinientos mil euros. El yate mide veinticuatro metros de eslora, tiene capacidad para alojar a doce personas y cuenta con cinco habitaciones completas, cuatro en *suite*. ¿Qué os parece?

—No jodas… —Glòria se quedó sin saber qué decir—. ¿Pero de dónde ha sacado tanto dinero? No lo entiendo.

La intervención de Josep, su sobrino, y la revelación de la verdad que ella tantas veces se había negado a aceptar la habían desactivado por completo.

—Como puedes ver, hermanita, si no hacemos algo nos daremos una santa hostia —intervino Jordi.

—¿Dónde estará atracado? ¿En el Puerto Olímpico o en el Real Club Náutico de Barcelona? —preguntó Glòria, como si en función de cuál fuera la respuesta de la futura ubicación del yate se pudiera prever el alcance de la tragedia que se cernía sobre la herencia de la estirpe Miralles.

—De momento, gracias a Dios, todavía no se lo han entregado y tenemos opciones de bloquear la compraventa. Entre otras cosas porque, creedme, hemos tenido muchísima suerte —afirmó Josep, que, para no llegar a los treinta años, hablaba con gran convicción —. Pero ya no podemos tentar más la suerte. Con el abuelo hemos perdido muchos millones de euros y, llegados a este punto, debemos ponernos manos a la obra. ¿No creéis?

Era una pregunta retórica porque, por la cara que ponían todos los comensales, le había quedado muy claro que compartían criterio.

—¿Por qué dices que hemos tenido mucha suerte? —murmuró Glòria, aliviada, por un lado, porque parecía que la situación podía revertirse y, por otro, todavía impresionada por los detalles de los que acababa de enterarse. La pequeña de los Miralles tenía nula conciencia del patrimonio del que disponían, ni de cuál era el alcance de su fortuna. No era, ni mucho menos, por discreción o falta de interés. Era más bien porque nunca había querido ocuparse de ello. En su mundo libre de quebraderos de cabeza, había llegado a la conclusión de que la gracia de tener dinero era no tener que

preocuparse, y ni se le pasaba por la cabeza que en algún momento le cerraran el grifo. Por tanto, no tenía conocimiento del volumen que suponían los más de cinco millones de euros si se ponían en contraposición con el valor de los inmuebles y los demás activos que tenía la patrimonial. Sus hermanos y su sobrino la miraron con estupor, sorprendidos por su repentino interés.

—El abuelo hubiera podido firmar cualquier documento y, en cambio, lo que ha firmado son unas arras de desistimiento y no una paga y señal —respondió Josep de la manera más didáctica de la que fue capaz y haciendo caso omiso a la sonrisa de mofa que se le escapaba a Jordi.

—¿Y qué? —Le pisó Glòria, que quería demostrarles que estaba igual de capacitada que ellos para entender de temas de dinero.

—Pues que este tipo de arras no completan la compraventa, por lo que ni la empresa náutica ha vendido nada ni el interesado ha comprado nada tampoco. Es decir, permiten a las partes implicadas desistir libremente de su cumplimiento, sin necesidad de probar daños o vicios ocultos, tales como defectos preexistentes a la venta, por ejemplo. Si el abuelo hubiera firmado una paga y señal, como yo inicialmente me temía, la compraventa se habría perfeccionado, aunque solo se hubiera entregado en ese acto una parte del precio. Por tanto, si estuviéramos en este último supuesto, el vendedor podría exigirnos la entrega de la totalidad del precio, en las condiciones pactadas —dijo, mirando a su padre y a su tío.

—Ah, pues qué bien, ¿no? Así no se ha perdido nada que podamos lamentar —exclamó Glòria, como si la gravedad de los hechos hasta entonces expuestos se hubiera desvanecido por completo y no fuera preciso seguir hablando del asunto.

—Sí, Glòria, tienes razón y no debemos lamentar males mayores, pero hemos perdido el importe de la reserva, es decir, medio millón de euros. Y, en este caso, no podremos recuperarlos porque son arras penitenciales. A esto debemos sumar…

Al llegar a este punto de la exposición, Josep hizo una pausa y sacó el portátil para enseñar a sus atentos oyentes un cuadro de

Excel en el que estaban las diferentes inversiones que Manuel había ido haciendo por su cuenta a lo largo de los años. En una columna se veían muchas cantidades parciales y, al final de todo, había una suma total en color rojo que hacía estremecer.

—Los dieciocho millones cuatrocientos cincuenta mil euros que os señalo son pérdidas provenientes de inversiones nefastas, tal y como se puede ver. Esto significa que estamos hablando de una cifra que sube hacia los diecinueve millones de pérdidas.

El realismo y la desnudez de las cifras expuestas por Josep los dejaron mudos.

—Los números hablan muy claro y no engañan —continuó—. Son los que son y, si no le ponemos remedio, llegaremos pronto a un callejón sin salida del que solo podremos salir si Carles nos ayuda. Pero tener que recurrir a él lo encuentro muy injusto porque, si todos nos hubiéramos administrado mejor, las cosas serían muy distintas.

—Bueno, ya sería hora de que el viejo nos dejara paso de una vez por todas —dijo Jordi. Y, como quien no quiere la cosa, añadió —: Por cierto, ¿has llegado a hablar con mi hija de todo esto?

—No. Lo cierto es que no. La última vez que hablé con Jordina estaba muy estresada con la tesis doctoral y me pareció mejor no comentarle nada de la situación del abuelo.

—Mejor —respondió Jordi, aliviado de que su hija no fuera conocedora de nada.

—Sí, claro, pero tarde o temprano tendrá que saberlo —sentenció Glòria, mientras forzaba una pausa dramática, como si la conclusión a la que había llegado tuviera una importancia primordial que trascendía el entendimiento de todos—. ¿Pero cómo es posible que papá pueda hacer este tipo de compraventas? ¿Tanto poder tiene dentro de la sociedad?

—Glòria, cuando la abuela cayó enferma, nombró al abuelo administrador de la sociedad. Hasta entonces lo había sido ella y, por lo que me consta, la había llevado con mucha diligencia y muy bien asesorada por Carles. Era consciente de que su deber, ante todo, era

proteger el patrimonio que había heredado de sus padres. Digamos que el abuelo ha sido bastante más inconsciente en ese sentido…

—Pero si el yate que quería comprar valía más de cinco millones de euros, ¿cómo pretendía pagarlo? ¿Cómo habría justificado ese pago por parte de la sociedad? —quiso aclarar Glòria.

—Tenemos pruebas de que ha ido desviando cantidades de dinero hacia sus cuentas, utilizando una sociedad interpuesta. Creemos, bueno, estamos seguros —al decirlo miró a sus tíos buscando su corroboración— que estos, aproximadamente, diecinueve millones de euros de pérdidas no son solo atribuibles a malas inversiones, sino que una parte muy importante es dinero desviado. Si no fuera así, no podría mantener el alto nivel de vida que lleva. Pensad, ¿cómo puede ser que nuestra sociedad patrimonial, destinada en gran parte al alquiler de inmuebles, tenga pérdidas? Las obras de reparación y reforma de los pisos no las justifican en modo alguno, ya os lo adelanto.

«Seguro que a estas alturas ya tenemos el aliento de los inspectores de la Agencia Tributaria en la nuca», pensó Josep, con un escalofrío que le recorrió la espalda. Hacía poco que había sabido, por un amigo suyo, que los inspectores de Hacienda cobran la productividad en función de lo que liquidan, por lo que motivación para inspeccionarlos no les faltaría. Si decidían realizar una inspección en la sociedad interpuesta del amigo del abuelo, les serviría en bandeja de plata la sociedad patrimonial. Sin embargo, eso quiso guardárselo para él. No formaba parte de su talante añadir más leña al fuego que la estrictamente necesaria.

—¿Alto nivel de vida, dices? ¡Pero si es un hombre de setenta y tres años a punto de cumplir los setenta y cuatro! ¿Qué necesidades puede tener a esa edad? No lo entiendo.

—Más que «necesidades», yo diría «vicios» —puntualizó Enric.

—Venga, no jodamos, Enric. Ya sabemos que le gusta la alegría, ¿cuál es el problema? Tú llevas una vida de monje y no lo entiendes, pero quien más quien menos todo el mundo se da un homenaje de vez en cuando —le espetó Glòria mientras se servía una copa de

vino.

Llegados a este punto, Jordi interrumpió el recital de Glòria. No le interesaba tanto indagar en el porqué del comportamiento desmedido de Manuel, sino en la estrategia que debían seguir para interrumpir la capacidad de actuar de su padre. Y, por encima de todo, detener la compra del barco.

—Bien, pues a partir de ahora debemos tomar decisiones sobre lo que queremos hacer. Habíamos hablado de iniciar un proceso de incapacitación judicial, ¿no?

—A ver, tío, motivos para iniciarlo tenemos, aunque sean débiles. Podemos alegar que no tiene ningún tipo de conciencia sobre el trastorno de control de impulsos que sufre. Incluso podríamos mencionar que consume drogas, no es ningún secreto, o que tiene nula capacidad de frustración. Pero todo esto deberíamos probarlo, y es ahí donde radica la complejidad del procedimiento. Deberíamos ser capaces de demostrar que su forma de actuar no solo está deteriorando su patrimonio, sino que también supone un peligro para sí mismo. Y todo esto, por supuesto, requiere realizar una inversión de tiempo importante para recopilar todas las pruebas. Aparte de la vista que deberíamos hacer con un juez y la correspondiente valoración forense, por supuesto. E, insisto, el tiempo se nos echa encima y, por ahora, si no evitamos la compraventa del barco, estamos acabados. Eso sí, podemos utilizar este recurso jurídico, la amenaza de la incapacitación, para presionarlo y forzarlo a reconsiderar su conducta y devolver las cantidades que ha desviado.

Después de su alegato, Josep repasó con la mirada a su público, uno por uno, como si fuera un jurado al que tuviera que convencer de la culpabilidad de la parte denunciada.

—¿Qué opináis? —preguntó, ladeando un poco la cabeza—. Bueno, hay que decir que, antes de llegar a las amenazas, también dispondríamos de otro elemento de presión que quizá sería más eficaz. Podríamos convocar una Junta General Extraordinaria y, con las acciones que cada uno de vosotros tiene, que representan el

treinta y tres por ciento de la sociedad, cesarlo como administrador.

Los hermanos se miraron unos a otros. No se sentían cómodos conspirando, pero tampoco estaban dispuestos a quedarse de brazos cruzados. Habían creído que el tema de la incapacidad total sería coser y cantar, y ahora Josep le había dado la vuelta a la tortilla y no sabían qué decir. El primero en responder fue su padre, con un «de acuerdo» bien seco, a saber a qué. Los demás se limitaron a realizar movimientos de asentimiento con la cabeza, con poco convencimiento.

Solo fueron capaces de fijar un día: la inminente fiesta de cumpleaños de Manuel, perfecta para no levantar sospechas y pillarlo desprevenido. Ni Glòria, históricamente su gran aliada, puso objeción alguna, ningún sentimiento de empatía por haber escogido una fecha tan señalada. La organización de todo ello y el enfoque que le darían quedó para otro día, cuando hubieran digerido toda la información. Acabaron hablando de cuestiones menores y de intendencias que debían resolver entre todos, como la inminente jubilación de Juan, el chófer de la familia. Había que encontrar uno nuevo pronto, alguien dispuesto a trabajar tanto para los Miralles como para Carles Torras, cosa que no sería complicada teniendo en cuenta que la pandemia había dejado a muchos conductores sin trabajo. Lo difícil sería dar con alguien de confianza que no fuera divulgando intimidades por ahí.

En medio de tanta palabrería, nadie se dio cuenta de que Francisca acababa de marcharse. El tono intimidante que habían empleado en algunos momentos hizo que prefiriera no despedirse. Sin ruido, abandonó aquel piso grandioso de la calle de Ganduxer con el peso de los remordimientos por lo que acababa de oír y que hubiera preferido no escuchar. Al fin y al cabo, el señor Manuel, como ella lo llamaba, era su jefe. No era un santo, pero a su juicio esto no justificaba que sus propios hijos conspiraran contra él con semejante desprecio. La sensación desagradable se mezclaba con otra muy distinta, la esperanza: quizá acababa de encontrar un trabajo para su marido. No sabía cómo se lo tomaría cuando se lo

comentara porque hacía tiempo que estaba irritable. No se lo podía reprochar, el covid lo había abocado a una precariedad laboral que nunca antes había experimentado. Pero quizá era justamente eso lo que necesitaba: un nuevo trabajo que rompiera el círculo vicioso de ingesta de alcohol y paro en el que había entrado. A Francisca nada podría hacerla más feliz que recuperar al hombre del que se enamoró de joven, a quien el uniforme de chófer le quedaba como un guante. La juventud ya no la recobraría, pero si conseguía recobrar el ánimo y salía del pozo de desidia en el que hacía tiempo que se había instalado, para ella ya sería suficiente.

IV

Eran las postrimerías del mes de noviembre, y diciembre se anunciaba con un calendario trepidante para Carmen. Las tardes se habían acortado y las luces de las farolas emergían por encima de la oscuridad abrumadora de la ciudad. A menudo volvía a casa en metro porque, pese a tener que hacer el transbordo en la Torrassa, era el medio más rápido para llegar al barrio de la Marina de Port, donde vivía con sus padres y su hermano. Aquel día, sin embargo, prefirió tomar el autobús de la línea 37. Quería hacer tiempo, perder la mirada en el infinito, descansar, dejar vagar los pensamientos y tomar decisiones sobre su futuro. Y para eso disponía de una gran aliada: la mascarilla. No tenía que preocuparse por si se encontraba con vecinas del barrio en el autobús, porque con el trozo de tela en la cara no la reconocerían. Aunque la situación de pandemia no gustaba a nadie, admitía que se encontraba a gusto pudiendo gozar de más intimidad en los espacios públicos.

Carmen se acercaba al final del primer trimestre del segundo curso de medicina y los resultados que iba obteniendo en las diferentes evaluaciones apuntaban al mejor de los pronósticos. El trabajo en casa de Carles había dejado de ser pesado y cada vez se había ido volviendo más gratificante. Y ahora tenía una propuesta, una oferta que podía sacarla del barrizal familiar en el que se encontraba. Todo parecía ir sobre ruedas. Pero le preocupaba su madre, su asidero, que le permitía sobrevivir en un ambiente familiar cada vez más salvaje y hostil. Le dolía dejarla sola con su padre y su

hermano tantas horas. Sabía que sus padres no atravesaban un buen momento como pareja. Su padre no había llevado muy bien la pérdida del trabajo de camarero y la pandemia, como a tantos otros, había sobrepasado su capacidad de resiliencia. Con quince años de diferencia entre ellos, al parecer de Carmen aquella distancia generacional había contribuido a apagar a su madre. Ya no se ilusionaba por nada, ya no hacía planes. Y Pedro, su hermano, a pesar de ser un adulto de pleno derecho, seguía comportándose como un adolescente desganado, desconectado de todo.

No se libraba del sentimiento persistente, extraño e incómodo, de no acabar de pertenecer a su familia. No era fácil de explicar, ni siquiera a sí misma. Había momentos, como cuando se quedaban en silencio después de comer, en que se sentía como una invitada inesperada; amada, sí, pero con una distancia invisible que la incomodaba. De pequeña, su hermano, ocho años mayor, para hacerla enfadar le decía que era adoptada. Y ella se lo tomaba tan a pecho que acababa llorando de rabia. A esa edad idolatraba a Pedro y, precisamente por eso, aquellas bromas le dolían mucho más de lo que nunca admitió.

Con los años, y con las vidas tan distintas que habían acabado llevando, esas palabras empezaron a resonar con eco en su cabeza. Un eco incómodo. No porque no amase a sus padres, sino porque la distancia que sentía hacia su hermano no disminuía, y eso la desconcertaba. Habían crecido bajo el mismo techo, compartiendo comidas sencillas y escuchando las mismas canciones, pero realmente se parecían muy poco. ¿Y si, por más absurdo que pareciera, Pedro tenía razón?

Sentía una especie de rechazo interior, difícil de confesar, que no nacía del orgullo, sino del miedo. El miedo a quedar atrapada, a no tener escapatoria. Y por eso, en un gesto que ni ella misma sabía si era impulso o necesidad, decidió regalarles en Navidad un kit de prueba de ADN. A primera vista parecía inocente: una excusa para conocer las raíces familiares, para explorar los orígenes y la historia de sus antepasados. Pero, para ella, ese gesto significaba poner

nombre a un desajuste que arrastraba desde hacía tiempo.

Cuando entregó los kits envueltos con cuidado, intentando disfrazar de curiosidad científica lo que en realidad era una necesidad íntima, la reacción no fue la que había imaginado. Pedro casi se lo tiró a la cabeza y se rio con una ironía que la golpeó como una bofetada. Sus padres, descolocados, tardaron mucho en entender a qué venía todo aquello, qué pretendía exactamente con ese regalo tan poco convencional. Ella sonreía por fuera, pero por dentro se le desgarraba un poco más el corazón. Con su hermano, la distancia que antes solo era latente se había vuelto palpable. Si de niña lo había admirado, ahora solo podía sentir una especie de compasión amarga. Y él lo notaba. Sospechaba que su hermana lo miraba con lástima y quizá por eso la rechazaba con mayor dureza, como si quisiera hacerle pagar la condescendencia que intuía. Quedaban muy lejos las Navidades en las que competían por ver quién desenvolvía los regalos más rápido. Ahora la tensión podía cortarse con un cuchillo. Ella respiraba hondo para no gritar, pero Pedro no hacía ningún esfuerzo por disimular. Era brusco, desagradable y no parecía importarle en absoluto que sus padres estuvieran presentes, presenciándolo todo en silencio.

El caso es que aquella fue la primera Navidad de la pandemia y las pruebas de ADN quedaron olvidadas en un cajón. El desconcierto del covid lo borró todo, también esa especie de inicio de diálogo sobre la identidad y el pasado familiar. Venían del confinamiento, en el que sus padres y su hermano se vieron atrapados por la precariedad, la angustia y la incertidumbre. Ella lo vivió desde la distancia, con una mezcla de preocupación e impotencia, pero también con una suerte de revelación incómoda. No era exactamente que no quisiera vivir como ellos; era más bien que no podía. No podía asumir ese peso, ese modelo de vida en el que la escasez y la falta de expectativas acababan marcando el camino. Y esto la hacía sentir profundamente culpable. ¿Quién se creía que era? ¿Acaso pensaba que era mejor que ellos, que ella sí podría conseguir un futuro mejor? Si hubiera pensado que era especial,

habría esperado a que la vida le regalara algo, pero su corta existencia le había enseñado que las cosas no funcionaban así. Nadie le regalaría nada y las oportunidades no caían del cielo. No a ella, no a su familia.

No fue hasta casi un año después, cuando el regalo ya estaba a punto de caducar, que Carmen les volvió a insistir para que se hicieran las pruebas. Ella se las había hecho unas semanas antes y estaba esperando los resultados.

Absorta en su mundo particular, le faltó poco para pasarse de parada. Bajó del autobús a toda prisa y enfiló el camino hacia su casa, cogiendo el atajo que cruzaba la plaza rodeada por edificios de obra vista que habían resistido con mucha dignidad el paso del tiempo. Aquellos bloques de pisos tenían la peculiaridad de que las plantas bajas daban directamente a la calle. Era una tipología de vivienda poco frecuente en la ciudad, pero la Marina de Port había preservado el espíritu de los barrios antiguos, donde la calle era una extensión natural de la casa.

Lo que muchos todavía llaman la Zona Franca es, en realidad, un territorio dividido en dos barrios: la Marina de Port —donde se concentra la mayor parte de la población— y la Marina del Prat Vermell. Ambos están formados por pequeñas barriadas muy distintas entre sí y con un carácter muy marcado. Ahora bien, existe una imagen que los une: la ropa tendida en los balcones, que se despliega como una bandera cotidiana e impregna la silueta urbana de ambos barrios.

La familia de Carmen no siempre había vivido en esta parte de la Marina de Port. Ella y su hermano nacieron y crecieron en la barriada del Plus Ultra, un conjunto de calles que ha sabido preservar mejor su aire de pueblo. Aún recordaba la tranquilidad que se respiraba y cómo le gustaba que, con la llegada del buen tiempo, por las noches de verano los vecinos sacaran las sillas a la puerta de casa para tomar el fresco y charlar.

Absorbida por sus pensamientos, Carmen soltó un grito que resonó por toda la plaza cuando notó que alguien le ponía la mano

sobre la espalda. Se giró, agobiada, y vio que era su amigo Dani, que solo quería saludarla. El chico quería desaparecer, sintió mucho haberla asustado porque enseguida entendió que aquel era el peor lugar para darle un susto. Él tenía el triste privilegio de ser la única persona del entorno de Carmen que sabía lo que había pasado años atrás, era de los pocos amigos que conservaba en el barrio.

Aunque cuando era pequeño le había confesado a Carmen que algún día se marcharía de allí, cuando acabó los estudios decidió quedarse. Por tanto, seguían siendo vecinos y, además, él era el coordinador de una de las entidades culturales más dinámicas de la zona. Se había propuesto erradicar la droga del distrito, pero con el puerto tan cerca no lo tenía fácil. A su juicio, el mejor antídoto para que la droga desapareciera eran la educación y la cultura, es decir, mantener la cabeza ocupada en otras cosas, cultivar intereses, aprender nuevas habilidades. Todo esto era lo que intentaba desde la entidad donde trabajaba, pero, cuando se paseaba por esa plaza y veía el panorama, tenía la impresión de que se estaba dando contra un muro. En ese compromiso con la vida, tenía mucho que ver su amiga. Lo que le había ocurrido fue la chispa para que quisiera reparar como fuera el daño que la delincuencia, que no distinguía entre buenos y malos, causaba en el barrio. Había visto demasiados casos de chavales prometedores que caían en trapicheos, deslumbrados por el dinero fácil, pero eso no le hacía desistir, al contrario, entendía que su tarea era más necesaria que nunca.

—¡Ostras, perdóname, Carmen! No quería asustarte —pensó—, y menos en esta plaza.

—Tranquilo, Dani. Me has pillado absorta en mis pensamientos. ¿Cómo se encuentra Lola? Hace días que no la veo cuando salgo a trabajar por la tarde.

—Está reventada, la verdad. El ginecólogo le ha dado la baja. Ya está de ocho meses y, como hace el turno de noche en el hospital, el médico le ha dicho que mejor se quede en casa y descanse.

—Tiene toda la razón ese médico. Tal y como vuelven a ir las cosas con el covid y el trabajo que tiene Lola… No es el mejor

panorama para una embarazada.

Dani, Lola y Carmen habían ido juntos al colegio, se podría decir que habían crecido juntos. Siempre habían destacado en los estudios, y Lola y Carmen volvieron a coincidir cuando cursaron el grado de enfermería en la Universidad de Barcelona. Dani también estudiaba allí, pero trabajo social.

—Me preocupa tu hermano —dijo Dani señalando a lo lejos. Pedro alargaba el brazo entre los barrotes blancos de la galería que daba a pie de calle, y le entregaba algo a una figura difusa, medio escondida entre las sombras que proyectaban las farolas.

—Pues ya somos dos —replicó ella, seca—. El otro día le dije que iba por mal camino y me soltó que ya estaba harto de, cito textualmente, «pasarlas putas», y que él no pensaba dejarse la piel como yo. Literalmente, me dijo que no pensaba «limpiar culos de viejos» para ganarse la vida, y que él sí encontraría la forma de salir del agujero.

—Lo que recibirá será una hostia importante como siga así. Si supiera lo que te hicieron a ti…

—No lo sabe ni debe saberlo nunca —lo cortó Carmen—. No me fío de que acabe explicándoselo a mis padres y a estas alturas no tiene ningún sentido preocuparlos. Ahora —dio un largo suspiro— tampoco cambiaría nada. Además, quienes me lo hicieron seguramente ya están muertos. Nadie sobrevive mucho tiempo a la heroína, y quién sabe cuántas mierdas más debían llevar encima.

Esa plaza había sido el escenario de un dolor que a Carmen le costaba expresar con palabras. Era el lugar donde le habían robado una parte de sí misma que nunca acabaría de recuperar del todo. Durante muchos años, nada más oír el nombre de la plaza, se le helaba la sangre. Con el tiempo, volver fue un acto de resistencia, de voluntad feroz. No porque el espacio hubiera dejado de hacer daño, sino porque había una fuerza en su interior que se negaba a seguir cediendo terreno. Andaba con los ojos abiertos y el corazón en tensión, pisando fuerte, como quien desafía a un fantasma antiguo.

Había aprendido a convivir con el recuerdo, pero no a perdonar. Aún no. Había intentado poner distancia de por medio, disfrazar la experiencia de pasado, pero el resentimiento permanecía como una raíz que nunca se arranca del todo. Lo que más lamentaba no era lo que le habían hecho, sino no haberlo denunciado. No haber tenido el coraje de hacerlo público, anunciándolo a los cuatro vientos. Demasiado joven, demasiado tierna, demasiado sola. Y lo suficientemente inteligente, por desgracia, para entender que una denuncia podría haberla destrozado. Aún hoy, a pesar de saber que la culpa no era suya, se descubría pensando en cómo iba vestida ese día, en si había parecido accesible. Es la trampa más cruel que sufren las mujeres: la de volver la agresión contra sí mismas, transformándose en juezas de su propio dolor.

Carmen había callado para proteger a su padre. Sabía que, si hubiese reconocido a esos dos hombres, los habría matado. Y habría perdido a un padre que amaba, que a estas alturas se estaría pudriendo en prisión. De ahí que escogiera no hacer nada. No por miedo a los demás, sino por miedo a causar aún más destrucción.

Lo que no le daba tregua era la idea de que por no hablar, por no actuar, quizá ellos lo habían vuelto a hacer. A otra chica. A otras muchas. Cuando ese pensamiento le atravesaba la conciencia, lo combatía como podía: recordando su decadencia física, la mirada vacía que habían dejado atrás. Se convenció de que la mala vida y la droga se encargarían de acabar con ellos, aunque nunca tuvo la certeza de que había sido así.

Dani intuyó los pensamientos a los que se estaba enfrentando Carmen y se maldijo por haber sacado el tema. La miraba con ojos afligidos. Habían pasado muchos años, pero él tampoco había podido acabar de digerirlo. Recordaba con una claridad insoportable cómo la había encontrado: casi inconsciente, con la ropa rasgada y manchada de sangre, arrinconada en uno de los portales de la plaza.

Sin decir nada, le puso la mano sobre el hombro y apretó con suavidad, intentando transmitir calor. Esa noche, él también había cambiado para siempre. Allí fue donde decidió combatir las drogas,

la miseria, la indiferencia. Pero viendo a Pedro vislumbraba que, si bien había ganado pequeñas batallas, la guerra sería muy larga. Aunque no era dado a la violencia, solo de imaginar que la hija que estaba en camino pudiera vivir algo parecido, sentía una rabia primitiva que lo embargaba por dentro. Entendía en carne propia ese impulso atávico que Carmen temía en su padre.

Sin decirse nada, decidieron esperar a que la figura en la penumbra de la galería se marchara antes de entrar en casa. Ambos vivían en el mismo bloque de pisos, Carmen a pie de calle y Dani en el ático. Las últimas palabras de Carmen fueron:

—Trata de hablar tú con él. A mí ya no me escucha. Y me preocupa mucho, pero por quien más pena siento es por mi madre. Mi padre, creo, quizá me equivoco, vive bastante al margen de todo. No está pasando por una buena época, que digamos.

Cuando entró en casa encontró a su madre preparándole la cena. Aún era pronto, pero se había tomado muy en serio que Carmen no cenara cada día un bocadillo, por lo que se esforzaba en prepararle comida saludable. Más ahora, con la llegada del invierno y el aumento de los casos de covid.

—Mamá, ¿está papá en casa?

—No. Solo estamos tu hermano y yo, que sorprendentemente me está tendiendo la ropa en la galería. ¿Por qué lo preguntas?

Carmen dudó en si decirle lo que estaba haciendo su hermano, aparte de tender, pero no quería que el tema monopolizara la conversación. Ya tendrían tiempo para hablar de ello.

—Tengo novedades. Me han hecho una propuesta de mejora en el trabajo. La verdad es que me iría muy bien aceptarla, tanto económicamente —porque podré ayudaros más— como a nivel logístico, porque no tendría que ir tanto de un lado para otro.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata esa mejora? Yo también tengo una propuesta de trabajo que hacerle a tu padre. A ver qué dice —dijo toda orgullosa Francisca.

—Pero mamá, papá se jubilará pronto. Le quedan pocos años para cumplir los sesenta y cinco. No lo enredes ahora con más

trabajo.

—Lo sé. Pero si no se espabila, le quedará una pensión de jubilación de subsistencia, y ya sabes que yo llevo cotizados muy pocos años. Carmen, bonita, no quiero que tú tengas que cargar con nosotros el resto de tu vida.

—¿De qué trabajo se trata? —Obvió el último comentario.

—De chófer. La familia para la que trabajo, los Miralles, tienen un chófer que se jubilará en breve y hoy he oído que decían que empezarían a buscar candidatos. Yo todavía no les he dicho nada porque quiero hablarlo primero con tu padre.

—Pero papá no tiene experiencia de chófer.

—¡Por supuesto que la tiene! Antes de nacer vosotros, cuando vivíamos en Granada, tu padre fue el chófer de una familia de terratenientes que se arruinó por las deudas de juego del dueño. Pero lo querían mucho a tu padre, hasta el punto de que le hicieron cartas de recomendación que yo tengo bien guardadas, por si alguna vez las necesitaba. Mira por dónde, ahora las podré utilizar.

—¿De verdad? —Carmen fingió que estaba ilusionada, pero le parecía imposible que alguien quisiera contratar a un chófer que llevaba más de cuarenta años sin dedicarse al oficio, y lo de las cartas de recomendación se le antojaba de otra época. Pero veía a su madre ilusionada, y no sería ella quien le desinflara el globo.

—¡Sí, por supuesto! Cuando perdió el trabajo, tu padre decidió venirse a Barcelona, donde había muchas más oportunidades. Quería conseguir algo mejor, y lo encontró en la restauración. Lo que no vimos venir fueron estos casi dos años de pandemia. Pero qué le vamos a hacer. Ahora quizá tengamos la oportunidad de arreglar las cosas.

—Y esos Miralles, ¿quiénes son? ¿Son gente de fiar? —preguntó Carmen, desconfiando de la inesperada suerte que les caía del cielo.

—Son gente muy distinta a nosotros. Son de otro mundo. Pero a mí me pagan bastante bien, y el hijo, Enric, me tiene dada de alta. De hecho, es la única casa en la que estoy dada de alta, porque el señor Manuel, su padre, no… pero, vamos, al menos me da trabajo.

Y últimamente también voy de vez en cuando a cocinarle a su nieto, el hijo de Enric, que se ve que un día probó una sopa de verduras que había hecho y le gustó tanto que mira, ahora, de vez en cuando, le cocino también. En fin, eso, que tampoco debemos juzgarlos. Cada uno lleva la vida que quiere. Pero dinero te digo yo que tienen. Por las conversaciones que he oído, no hablan de otra cosa. Por cierto, ¿tú de qué tenías que hablarme?

—Pues resulta que el señor mayor para el que trabajo, el señor Torras, me ha hablado de la posibilidad de que, de lunes a viernes, me quede en su casa. Se ve que la enfermera que va por las tardes está embarazada y le ha preguntado si podía reducir su jornada de trabajo. Ella entra a las tres de la tarde y termina a las once de la noche, que es cuando yo entro a trabajar. La cuestión es que le ha pedido permiso para salir a las siete de la tarde y trabajar media jornada. Yo entraría a las ocho (me ha dicho que antes no hace falta) y cubriría las horas que ella dejaría de hacer, y me las pagaría como horas extraordinarias hasta un total de ochenta horas al año, que parece ser el número máximo de horas que se pueden hacer, y el resto sería en negro. Mi idea —dijo Carmen, desviando la mirada — es daros ese dinero de más. Así conseguiría continuar estudiando y, a la vez, ayudaros a vosotros. Papá siempre me ha reprochado que no ayudo lo suficiente a la familia.

—Hija, ese hombre es de toda confianza, ¿verdad?

A Francisca le hubiera gustado rebatir a su hija, decirle que no escuchara a su padre y que no hacía falta que los ayudara, pero la realidad era que sí necesitaban el dinero y que, en cierta medida, ese cambio les haría respirar más tranquilos. En su lugar, quiso indagar más sobre Carles Torras. No sería ni la primera ni la última vez que un rico hacía promesas porque tenía un plan secreto. Con esa gente, nunca se sabía.

—Lo es, madre. Y, además, ten presente que tiene ochenta y nueve años. Quiero decir que es del todo inofensivo, si eso es lo que te preocupa.

—Pues si es así… Lo cierto es que la propuesta que te han hecho

es muy buena. Además, te ahorrarás realizar todos los días estos desplazamientos tan largos desde la universidad a casa y de casa al trabajo. Ahorrarás tiempo, tiempo que podrás dedicar a los estudios.

—Eso mismo me ha dicho el señor Torras cuando me lo ha propuesto. Claro que yo también he pensado en el dinero que iba a ganar de más —dijo Carmen, sorprendida por la facilidad con la que su madre había encajado la noticia.

Aunque la propuesta le permitiría compartir tiempo con su familia los fines de semana, había una inquietud que no la dejaba tranquila: su ausencia durante los días laborables podía desencadenar una escalada aún más preocupante en la conducta de su hermano. Sabía que no podía hacerlo entrar en razón, pero también había comprobado que su presencia en casa lo coaccionaba y, en cierta manera, lo frenaba un poco. Su mayor temor era que, si finalmente se trasladaba al piso que había alquilado en el Born, acabara convirtiendo la casa de los padres en el lugar ideal para traficar. En definitiva, en el principal centro logístico de su negocio.

Eran las diez pasadas cuando se dieron cuenta de que el tiempo había pasado volando. Madre e hija habían compartido mesa y la conversación las había atrapado, a pesar de la ausencia de los dos hombres de la casa. El talante alegre de Francisca acabó contagiando a Carmen, que, entre risas y confidencias, se dejó convencer para acompañarla el sábado siguiente a comprar ropa en el centro de la ciudad. Sería una pequeña celebración anticipada, a cuenta de unas ganancias futuras que pronto insuflarían aire a la ahogada economía familiar.

Con tanta charla, no captaron la otra realidad con la que convivían. Una hilera más que considerable de potenciales vendedores se había ido alineando ante la galería, mientras Pedro, como si fuera un director de orquesta, les iba haciendo entrega de la mercancía y dirigiéndolos a un lado y a otro de la ciudad, en busca de posibles compradores. Eso sí, la ropa ya la había tendido.

Otros ojos sí habían sido testigos de aquella escena, los de Dani, que, sabiendo lo que ocurría una noche tras otra en su misma finca, lo vivía cada vez con más preocupación, y no tanto por el hecho en sí, sino porque su protagonista era el hermano de su amiga, y él le tenía mucho cariño a aquella familia. Si no fuera por ese pequeño detalle, pero de gran importancia, ya lo habría denunciado a la policía.

Ahora no le quedaba otro remedio que hacerle ver que la vía que había tomado era del todo equivocada y que había otras formas de salir adelante, como invertir en su educación. No encontraría un mejor ascensor social que sus estudios. Se le daban bien los chicos del barrio; había tenido éxito en más de un caso y sabía encontrar las palabras justas para hacer que se replantearan las cosas. Pero Pedro era otra historia. El principal obstáculo, tal vez, era que él no consumía. Entendía la venta de droga como un negocio como cualquier otro. No era bobo y sabía que era peligroso, pero el dinero que ganaba superaba con creces los riesgos que comportaba. Y esa frialdad, esa manera calculadora de entenderlo todo, era el escollo donde Dani podía encallar.

Por si fuera poco, Carmen le había explicado que Pedro estaba a punto de irse de casa para ir a vivir solo, en un piso de alquiler en el Born. Aquella decisión podía suponer el paso definitivo hacia una vida más peligrosa y sin el más mínimo control familiar. Si quería intentar ayudarlo, el momento era ahora. No habría otra oportunidad. Carmen tenía su apoyo incondicional y, después de todo lo que le había pasado, no podía mirar hacia otro lado. Se lo debía.

V

Aquel viernes por la noche, con el encendido oficial de las luces de Navidad, la ciudad había dado el pistoletazo de salida a la época más cargada de simbolismos y contradicciones del año. Esa Navidad no se vislumbraba como la que todos habrían deseado. Las avenidas brillaban con adornos luminosos, pero tras la apariencia de alegría se volvía a respirar la angustia. Por segundo año consecutivo, el covid volvía a hacer de las suyas y las previsiones sobre su evolución eran mucho menos halagüeñas que las que se habían pregonado. Se había vendido la piel del oso antes de cazarlo. Ya volvían las cancelaciones de las cenas de empresa y las dudas sobre si reunirse o no con la gente mayor para pasar las fiestas. El sentido de la responsabilidad y los sentimientos de cariño y compañía se veían enfrentados, por enésima vez, en un escenario complicado de resolver. Bien sabido es que el tiempo es huidizo y se nos escapa a pesar de que queramos retenerlo, y la pregunta que flotaba en el aire era cuántas más fiestas de Navidad podríamos compartir con los seres queridos.

Con todo, la Navidad no despertaba grandes ilusiones en Carmen, lo cual no suponía romper esquemas en su ámbito. Nunca había sido una época especialmente feliz. Sin embargo, contra todo pronóstico, haber iniciado un nuevo período laboral en casa de Carles la había animado y, sobre todo, espoleado con los estudios de medicina. Avanzaba por la Gran Via de les Corts Catalanes y, contrariamente a lo que solía hacer siempre —caminar con la cabeza

gacha—, ahora levantaba los ojos para contemplar las luces que habían instalado, aunque tampoco le parecieran nada del otro mundo. Le esperaba su primera tarde del domingo en casa de Carles y quería llegar con tiempo suficiente para ordenar las cosas que había cogido de casa y que llevaba en una maleta con ruedas que se había comprado expresamente para la ocasión. Aquel fin de semana ella y su madre se habían dado un capricho. Ambas habían querido invertir en ropa de fondo de armario, sobre todo Carmen, que necesitaba prendas cómodas, pero con estilo, pensadas para andar por casa y pasar las noches con algo más de confort. Y si podía descabezar un sueñecito, tanto mejor.

Las perspectivas eran ilusionantes, pero le preocupaba Maite. Hasta ahora solo se cruzaban por la mañana, cuando ella salía ajetreada para ir a la universidad y Maite empezaba la jornada. Ahora, sin embargo, coincidirían unas horas en la casa. Su presencia la intimidaba un poco. Esa forma de mirarla por encima del hombro la cohibía. Tal como lo veía, la única manera de ganársela era que Carles le allanara el camino. Ya se había dado cuenta de que tenían una complicidad más propia de amigos que estrictamente profesional.

Muchos pequeños comercios del centro todavía estaban abiertos al público y, con sus engalanados escaparates y las luces encendidas, contribuían a hacerle más llevadero el camino. Le pareció ver al chico que solía frecuentar el bar cerca del Clínic, donde tomaba el café, pero no estaba segura porque con la mascarilla le costaba distinguir las fisonomías. Se entretuvo pensando en ello, recordando aquellos ojos verdes y aquellos rizos, y se dijo que debía volver pronto a la cafetería. Absorta en sus pensamientos, no se había dado cuenta y ya estaba en casa de Carles.

Contemplaba, por enésima vez, la elegante puerta de madera que presidía la entrada y sobre la que parecía querer desplomarse la tribuna que coronaba el piso principal de la finca, el de Carles. Su casa también contaba con una buena terraza soleada en el patio

interior de la manzana, que se había visto obligado a partirse con Lluïsa, la exmujer. No le había quedado otro remedio.

La finca pertenecía en su totalidad a los Torras. Construida a finales del siglo XIX, desde sus inicios el piso había sido ocupado por la familia, que había tenido el negocio original de aguardientes instalado en el sótano y los bajos, ahora ocupados por una chocolatería y un restaurante.

La puerta de entrada, de madera ennegrecida por la acción del sol y la lluvia, estaba flanqueada por columnas que simbolizaban los troncos de unas cepas. En cada una de las hojas había un original picaporte de hierro antiguo en forma de pámpano que, al manejarlo, golpeaba un relieve que recordaba a unos granos de uva. Todo parecía querer transmitir, a quien supiera leer el lenguaje simbólico, que cruzar aquella puerta era participar, aunque fuera por un instante huidizo, de la fiesta de la vendimia.

Cuando Carmen iba a llamar por el interfono, vio que la puerta se abrió de inmediato, dando paso a un vestíbulo que nunca se cansaba de admirar. Dos patios de luces realzaban las formas vegetales que no solo llenaban el techo, sino también las baldosas hidráulicas del suelo, como si quisiera transmitir a quien pasaba la sensación de andar entre viñedos. Aunque había ascensor, le gustaba subir por la escalinata, la hacía sentir como una princesa que enfilaba las escaleras de su castillo. Sin embargo, en esta ocasión la maleta la hizo desistir de la subida principesca.

—Buenas tardes, niña. ¿No vienes muy pronto? —preguntó Maite con cierto tono inquisitivo, mientras miraba el reloj e intentaba averiguar qué hora era en verdad.

En realidad, a Maite le caía muy bien Carmen. Lo que la chica todavía no sabía era que ese tono seco, e incluso áspero, formaba parte de su carácter. Vamos, que venía de fábrica. Podríamos decir que era su actitud natural y, si no, que le preguntaran a Manuel. Para su desgracia, él sí había comprobado la diferencia entre el estado natural de Maite y su estado enojado. La escena en la que había puesto fin a su relación profesional lo perseguiría de por vida.

Pocas personas le habían cantado las cuarenta echándole en cara todas las verdades, acostumbrado a estar rodeado de aduladores que no pretendían más que aprovecharse de su privilegiada posición económica.

—Carles ha recibido la visita de su sobrino. No te esperábamos tan pronto. Pero ya veo que vienes cargada y supongo que debes querer instalarte. Tengo que decirte una cosa, y es que Carles todavía no ha cenado, pero no le he preparado nada porque Josep, que así se llama su sobrino, le ha traído comida. Seguramente querrá ducharse antes, pero no sufras, es totalmente autónomo y, estando él aquí, seguro que se quedará para ayudarle. Es el mejor de toda esta panda de vagos. Bueno, Jordina, la otra sobrina, también es muy maja. Así que no te preocupes y aprovecha este rato para organizar tus cosas. Pero antes ven un momento conmigo.

—¿Maite?

De repente la había perdido de vista.

—Te acabo de decir que vengas conmigo, mujer —respondió desde el final del pasillo con un punto de orgullo en la voz. A pesar de la edad, todavía tenía la fuerza y la agilidad suficientes como para haber desaparecido de la presencia de la chica sin que ella se hubiera percatado.

A ella y a Carles solo los separaban algo más de cinco años, pero parecían muchos más. El señor Torras tenía una movilidad muy mermada, y desde hacía ya un buen puñado de años. Maite llevó a Carmen hasta la biblioteca, donde las voces se oían cada vez más cerca. No distinguía las palabras, pero era una conversación distendida y tranquila, e incluso oyó algún pequeño estallido de risa del sobrino. La joven se quedó boquiabierta cuando vio que el icónico e incómodo banco modernista había sido sustituido por un sofá de piel moderno que parecía de lo más confortable. También se había desmontado una parte de una librería y, en su lugar, se había puesto un armario nuevo que, eso sí, encajaba tan bien con el entorno que parecía hecho a medida.

—Todo esto, ¿cuándo se ha hecho? —preguntó Carmen, sin

apartar la mirada de los muebles nuevos—. Si cuando me fui ayer, a primera hora del sábado, no había nada.

—Carles ya hacía días que había hecho venir a un decorador, creo que es el mismo que reformó el piso de Lluïsa, y ayer estuvieron trabajando todo el día. Aún falta pintar el piso y hacer otros retoques. Pero eso, por lo que sé, creo que lo dejarán para el próximo fin de semana.

Carmen escuchaba, todavía incrédula.

—¿La verdad? Nunca había visto a Carles tan espabilado. Ya te lo contará él mismo, porque mientras pinten y hagan lo que tengan que hacer, creo que querrá trasladarse a casa de su sobrino… que también es su casa, vamos. No sufras, que vive aquí al lado.

Maite hizo una pausa breve, observando la cara de sorpresa de la chica.

—En fin, hay que aprovechar cuando soplan buenos vientos —concluyó. Luego cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta—. Bueno, yo me voy a casa. Nos vemos mañana. Hala, adiós.

Carmen siguió ordenando sus cosas hasta que le pareció que la conversación que tenían Carles y su sobrino estaba llegando a su fin. Se arregló el pelo y se quitó el abrigo que, con las prisas, todavía llevaba puesto. Entonces vio que la puerta de la sala de estar cedía. Sin tener tiempo de ponerse bien la blusa dentro del pantalón, de pronto tenía ante sí una cara que le resultaba familiar. No era posible. Le seguía a corta distancia Carles, que se ayudaba de un andador.

—Josep, te presento a Carmen. Es la chica que está estudiando medicina, de la que ya te he hablado. Carmen, te presento a mi sobrino Josep.

Ambos se quedaron mirándose, paralizados y sin decir nada. A pesar de llevar mascarillas, los ojos abiertos de par en par hablaban por sí solos.

—¿Qué pasa, se os ha comido la lengua el gato? Ponéis cara de

pasmarotes. ¡No me digáis que ya os conocíais!

—No… Bueno, sí… Más o menos —respondió Josep, todavía desconcertado por encontrarse con la chica de la cafetería allí mismo.

—A ver, es muy sencillo: ¿os conocéis sí o no? —insistió Carles con sorna—. Ahora bien, si resulta que la cosa viene de esa aplicación de citas… ¿cómo se llama? No importa, no hace falta que me lo expliquéis. Pero esta sí que sería buena.

Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

—¡No, no, no! —quiso dejar claro Carmen, hecha un manojo de nervios—. No nos conocemos de ninguna aplicación de citas. Nos conocemos de vista porque nos hemos visto alguna vez en un bar cerca del Clínic donde tomo el café con leche cuando salgo de aquí y aprovecho para estudiar antes de entrar en clase.

—Ajá, muy interesante —dijo Carles, levantando una ceja—. El mundo es un pañuelo, ya se sabe.

—Vamos, tío —replicó Josep, que casi nunca lo llamaba «tío abuelo» porque le parecía excesivo—, ahora no te pongas enigmático. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada —respondió, con aquella sonrisa picara que no se le borraba de la cara—. En fin, ya que estamos todos los que tenemos que estar, ¿qué os parece si ponéis la mesa y cenamos?

—Por supuesto, señor Torras. Perdone, aquí yo no soy una invitada. Voy enseguida.

Carmen ya había empezado a caminar hacia la cocina.

—No corras tanto, ni hablar. En mi casa mando yo —intervino él, muy serio—. Y ya he dicho que pongáis la mesa los dos —añadió, mirando a su sobrino, que seguía como un pasmarote, sin saber dónde meterse.

—Acompáñame —dijo finalmente Josep, dirigiéndose a Carmen mientras esbozaba una sonrisa.

La chica todavía estaba alelada por su aparición en escena. Era como si lo hubiera invocado mientras caminaba por la calle. Bueno, quizá él era el chico que le había parecido ver. Pero, en cualquier

caso, aquel era el último lugar donde habría imaginado volver a encontrarlo. Se había agobiado con su presencia, notaba que su corazón se aceleraba y trabajaba más de lo habitual, y eso todavía la agobiaba más. Poco se imaginaba que Josep también compartía sus sensaciones físicas, incluso magnificadas, y que eso le hacía sumamente difícil iniciar una conversación como Dios manda. Aunque aún tenían que decírselo todo, no se dijeron casi nada más. Carmen se encargó de poner la mesa y Josep se quedó en la cocina, calentando los platos que él mismo había traído. Carles, que aguardaba en el comedor y aún tenía un buen oído, lo aguzaba para no perderse detalle, pero no oyó nada aparte del tintineo de los cubiertos y el trajín de los platos en la cocina. «Caramba, menudo par de dos», se dijo para sus adentros.

Cuando ya estaban los tres en la mesa, no perdió la oportunidad de aprovechar su posición privilegiada para forzar alguna reacción más. Acostumbrado a ver siempre las mismas interacciones entre las mismas personas, aquello lo divertía enormemente.

—Aún no os habéis quitado la mascarilla. ¡Venga, a qué esperáis! —exclamó Carles mientras los observaba desde la cabecera de la mesa.

Ninguno de los dos tenía prisa y, en su fuero interno, maldijeron las exigencias de Carles. Quitársela era poner al descubierto demasiadas cosas que aún no habían tenido tiempo de digerir. Pero el tono decidido de Carles no admitía réplicas y, por tanto, tuvieron que desnudarse, aunque parcialmente, cruzando los dedos para que nada delatase el nudo en el estómago que ambos sentían. Se miraron de reojo, sin demostrar ningún interés, pero con el tiempo suficiente para memorizar la forma de los labios del otro, ambos muy carnosos. Carmen fue la primera en hablar, curiosa por la reforma.

—Vaya, señor Torras, no me había dicho nada de las reformas que quería hacer. Y por lo que me ha adelantado Maite, no se trata solo de pintar.

—Quería que fuera una sorpresa, reina. Ahora que vas a pasar

más horas en esta casa, decidí que era un buen momento para darle un buen lavado de cara. Para mueble antiguo ya me tienes a mí, no hacía falta que también tuvieras que aguantar el olor a naftalina. Al principio solo quería hacer algunos cambios: una buena pintada, cambiar alguna lámpara, poco más. Pero he contratado a un decorador y es de esos que hablan más que un cura en misa, y también de esos a los que les gusta engrosar la factura, así que, chica, ha ido añadiendo cambios y más cambios y, como todos me han parecido bien, le he dicho que sí a todo. Resultado: me ha convencido de reformar medio piso y las obras se alargarán más de lo que inicialmente se había previsto.

Carmen palideció de repente porque le parecía que todo aquello retrasaba su traslado. Carles, a quien nada se le escapaba, detectó su angustia al instante y la quiso tranquilizar.

—No te preocupes, Carmen. Que los albañiles se entretengan tanto como quieran. Tú, mañana mismo, irás a casa de mi sobrino, y allí no te faltará cama. Ya lo hemos hablado. Te daremos un juego de llaves y listos. Y como mañana por la tarde yo también me traslado, cuando vuelvas de la universidad ya me encontrarás allí. ¿Ves cómo todo tiene solución?

—Vaya, ¿y dónde vives tú? —preguntó Carmen, dirigiéndose a Josep. Tenía los ojos clavados en su plato, pero la voz le salió más firme de lo que esperaba.

—En paseo de Gràcia esquina con Rosselló. En el ático —respondió él, sin apenas pensar. Fue decirlo y acto seguido arrepentirse. Se maldijo por dentro: «Bravo, chaval, te pones fanfarrón a la primera de cambio». Intentó enderezar el asunto—. Quiero decir, en el número noventa y nueve del paseo. Pero vaya, no te preocupes, si me das tu número de teléfono, te envío la ubicación exacta. Y así, de paso, ya te guardas mi contacto para cualquier cosa que puedas necesitar.

Carmen lo miró directamente a los ojos y, durante un segundo, dudó. Le había sonado un pelo demasiado estudiado. ¿Era un subterfugio o realmente solo quería facilitarle las cosas?

—¿Mañana por la mañana nos veremos en el bar? —preguntó él.

—No tenía pensado pasarme, pero lo haré y así podremos terminar de organizar los detalles del traslado.

—Carmen, no te agobies. Lo tenemos bien organizado y apenas perderás tiempo con el cambio de casa. Además, ya te digo yo que, una vez que veas la casa de Josep, no querrás volver a la mía. Verás cómo tengo razón —dijo Carles en un tono confiado y, a la vez, enigmático.

—Vale, vale. No hablemos más de ello. Por cierto, debo deciros que este pescado al horno está buenísimo. Me recuerda al que hacemos en mi casa —comentó Carmen, en un intento de recuperar el eje doméstico de la conversación.

—¿Me acompañas al baño, Josep? Me ducho en un momento. Puedo hacerlo solo, pero si te quedas cerca, mejor que mejor. Como Maite se entere de que lo hago después de cenar, ya la oiréis… No se os ocurra decirle nada y que quede entre nosotros. Te lo tomo prestado solo un rato, enseguida te lo devuelvo —le dijo a Carmen, que no supo cómo tomárselo.

—Por supuesto, tío, ahora mismo —dijo Josep, levantándose con una súbita energía. Antes de marcharse, miró a Carmen casi como si la quisiera traspasar y se dio cuenta de que ella tampoco le quitaba los ojos de encima.

Aunque fuera temporal, el traslado a casa de Josep la había dejado noqueada. La casa de Carles ya la conocía al dedillo. Sabía dónde dejar la taza, qué ruido hacía la puerta del baño e, incluso, diferenciaba el olor de la biblioteca y el del pasillo. Todo eso le daba una sensación de sitio seguro. En casa de Josep era como empezar de nuevo y, con las fiestas de Navidad de por medio y los exámenes a la vuelta de la esquina, no podía evitar que tanto trajín la angustiase un poco. Pero no era solo eso. Era él. Desde el primer segundo en que lo había visto, su presencia la había descolocado. Quería convencerse de que todo era por el cambio de planes, pero había otros elementos que la agobiaban y que no tenían nada que ver ni con el trabajo ni con los estudios. Después de cenar, mientras

recogía los platos de la mesa, Josep se adelantó e insistió en hacerlo todo él, negándose a cualquier discusión. Ella lo aceptó, quizá por agotamiento, quizá por ver cómo se movía por la cocina.

Cuando terminó, se detuvo en la puerta, incómodo, y dijo:

—¿Nos veremos mañana por la mañana en el bar? —preguntó él.

La frase le salió plana, anodina, como una despedida de ascensor. Y se maldijo a sí mismo otra vez. Tenía mil formas de ser más afable, más ingenioso, más él. Pero no había podido. La presión y la sensación de que cada palabra sería juzgada lo habían superado.

—Sí, sí, nos vemos mañana —dijo ella, más rápido de la cuenta, como si quisiera acabar con la situación antes de que se volviera más rara.

Y mientras lo decía, se puso de nuevo la mascarilla. Le servía para esconder un gesto que sabía que había dejado demasiado al descubierto: la forma en que lo había mirado. Carmen era consciente de que, a veces, su rostro le jugaba malas pasadas. Era demasiado viva, demasiado transparente, y se arrepentía a menudo de haber sido tan expresiva.

Josep, por reflejo, también se puso la mascarilla, y mientras lo hacía pensó que había quedado como un pardillo. Esperaba más de sí mismo. Siempre había sido hábil con las palabras, capaz de darle la vuelta a una conversación con un comentario espontáneo o una broma acertada. Pero con Carmen nada salía como había previsto. Abandonó la casa con un nudo en el estómago y la mente empeñada en que, en vez de seducirla, la había aburrido.

Carmen, también turbada por la manera en que se habían despedido, volvió a la biblioteca y colocó de nuevo en la maleta las pocas cosas que había sacado. De repente, un crujido, como un paso que hubiera dado alguien, la sacó de inmediato al pasillo, donde esperaba encontrar a Josep, que debía de haberse dejado algo. Sin embargo, vio una sombra que retrocedía nerviosa ante su presencia y que se apresuró a cerrar la puerta de la vivienda a sus espaldas. Esta vez no tuvo tanto cuidado, sabedora de que había

sido descubierta y que, hiciera lo que hiciera, ya estaba marcada. Un escalofrío recorrió la espalda de Carmen, que pensó que lo mejor que podían hacer era marcharse de aquella casa, aunque solo fuese por unos días. Quienquiera que fuera el que intentaba entrar en el piso de Carles con tanta tozudez y, fuera cual fuese su pretensión, al menos descansarían de él una temporada…

Como siempre que la sensación de peligro se cernía sobre la casa, quiso asegurarse de que Carles estaba bien. Se asomó a su habitación y lo encontró durmiendo, ajeno a lo que había sucedido. Aún alterada, regresó a la biblioteca y se acomodó en la *chaise longue* del sofá nuevo, dispuesta a empezar a estudiar. Abrió el libro y un sobre le cayó en el regazo; eran los resultados de la prueba de ADN, que había encontrado en el buzón antes de irse de casa y había metido detrás de la cubierta. Lo abrió y la lectura de los resultados de las primeras coincidencias de primos de segundo y tercer grado con una familia catalana le extrañó. Según le habían explicado, en el árbol genealógico de su familia no había ningún antepasado catalán. Había uno de los apellidos que le resultaba familiar, aunque no sabía muy bien por qué. También se fijó en la presencia de un porcentaje alto —un sesenta por ciento— de linaje árabe. No le sorprendió, conociendo las raíces andaluzas de sus padres y la historia de la región. Pero era verdad que, de entrada, parecía una contradicción. De todas formas, no quiso sacar conclusiones precipitadas. Esperaría a recibir los resultados de sus padres y de su hermano.

Al día siguiente, al abrir los ojos, Carmen se encontró con la mirada escrutadora de Maite, que la seguía de arriba abajo, sin dar crédito a lo que veía. Una voz masculina de fondo le advertía que no fuera brusca con la chica, pero ella ya había saltado del sofá, disparada, al darse cuenta de que se había dormido y que solo llegaría a clase si salía a toda leche. Y así lo hizo, dejando atrás los reproches de Maite, que refunfuñaba:

—Qué se puede esperar de estos jóvenes blandengues que,

como todo el mundo sabe, están criados entre algodones.

Fue decirlo y ver un sobre en el suelo. Lo recogió y, al leer que estaba dirigido a Carmen, se lo guardó en el bolsillo de su bata de cuadros azules y blancos, con la intención de dárselo en cuanto la volviera a ver. El olvido de Carmen no hizo más que avivar la poca confianza que tenía en los jóvenes que, en su opinión, tenían la cabeza llena de pájaros. Josep la vio pasar apresurada por delante del bar, sin hacer el más mínimo gesto de entrar. Miró su reloj: las ocho. Al darse cuenta de que Carmen llegaba tarde, salió corriendo para darle el juego de llaves de su casa que le había prometido la noche anterior. La alcanzó justo cuando cruzaba la entrada de la universidad, escoltada por las columnas de la gran escalera. La agarró del brazo para detenerla y ella se giró como a cámara lenta, sorprendida y enfadada, sin entender cómo alguien se atrevía a impedirle llegar a clase. Al ver su rostro, la asaltó el recuerdo de la noche anterior. La prisa por llegar a tiempo a sus clases de la mañana le había hecho olvidar por completo que había quedado con Josep.

—¡Mierda, Josep! Lo siento mucho —se apresuró a decir, con la cara todavía roja por haber estado corriendo—. Me he quedado dormida, ¡lo siento! No duermo todo lo que quisiera, pero no es excusa. Te prometo que no volverá a pasar y que no tendrás que ocuparte de tu tío abuelo. No te dará trabajo, lo haré todo yo.

La forma en que lo había dicho dejaba claro que tenía cargo de conciencia por no haber actuado con la profesionalidad que le hubiera gustado. Se imaginaba que había quedado fatal ante Josep, que pensaría que cuidar a Carles le venía grande. Pese a las prisas, un soplo de viento le hizo llegar el aroma de la colonia de su interlocutor. No entendía de perfumes, pero percibió que era una fragancia fresca con un toque de flor de lavanda, y pensó que los ojos verdosos de Josep y el olor dulce de la lavanda eran como un prado en primavera.

—No digas tonterías —respondió él, con ese tono tranquilo que le hacía parecer impermeable a los nervios de los demás—. Ya sé que,

entre la uni y el trabajo, vas de culo. En serio, ningún problema. Cuando me lo contó Sergi, ya sabes, mi amigo el propietario de la cafetería, pensé que eras una valiente.

Aquellas últimas palabras provocaron que las mejillas de Carmen se encendieran bajo la protección de la mascarilla.

—No te apures, ya nos vemos esta tarde en mi casa. No quiero que llegues tarde por mi culpa. —Y antes de dar la vuelta le guiñó el ojo.

Carmen ladeó un poco la cabeza y se le formaron pequeñas arrugas alrededor de los ojos, que probaban que estaba sonriendo. Aquel gesto acababa de abrir un resquicio por donde la seducción intentaría colarse. Su lenguaje corporal había hablado por ella y Josep pensaría mucho en esa mirada risueña…

La noche anterior se había quedado como un pasmarote, pero ahora se sentía mucho más satisfecho. Conocía bien su papel, era consciente de que tenía su lado conquistador y, sin duda, intentaría que le funcionara con aquella chica tan peculiar. Lo que más le gustaba de ella era que, aunque intentaba mostrarse calmada, la espontaneidad la desbordaba, era como si le resultara imposible no mostrarse transparente, no ser tal como le salía. No había nada de postureo en ella, era pura honestidad, y eso eran características que escaseaban en su mundo. Bastaba con fijarse en sus tíos y en su abuelo.

Con lo que Josep no contaba era con que Carmen venía de un mundo lleno de carencias, pérdidas y renuncias. La educación recibida le había inculcado la creencia de que las personas como ella no podían tenerlo todo en la vida. De hecho, la vida ya se había encargado de demostrarle que eso era cierto. Por tanto, tenía absolutamente interiorizado que, si quería un futuro digno, debería hacer importantes concesiones a nivel personal. Es decir, no dejaría de lado los estudios por tener citas o por divertirse. El tiempo era oro y la carrera de Medicina se había convertido en su objetivo vital. Nada ni nadie la detendría, y aún menos un hombre.

VI

Hacía ya días que Lluïsa había puesto su atención en la casa de al lado más que en la suya propia. Había un alboroto que le parecía del todo impropio; el piso de Carles siempre le había parecido tedioso y demasiado silencioso, como falto de vida. Pero aquel lunes, de repente, parecía haber recobrado el espíritu… Bueno, quizá incluso demasiado, porque el ruido empezaba a ser insoportable. Había tanto trasiego de industriales que empezó a sospechar que quizá Carles se mudaba. Y eso, claro, le picaba mucho la curiosidad.

Desde el divorcio había dejado de lado a su exmarido. Se sentía traicionada y hastiada por haberle entregado los mejores años de su vida, sin haber podido sacar de ello ningún rédito, más allá de la mitad de la casa que habían compartido. Por eso lo había echado de su vida sin miramientos. La cuestión era que su reciente interés en lo que pasaba o dejaba de pasar, a pesar de que ella no quisiera admitirlo, evidenciaba que quizá Carles le había herido el corazón más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Y aunque las comparaciones son odiosas, a pesar del buen puñado de años que separaban a Manuel de Carles, era imposible evitar la conclusión a la que se llegaba, podríamos decir que incluso dolía. Carles era un hombre discreto e ingenioso, caro de ver y que no tenía que demostrar nada, patriarca como era de una estirpe. Un hombre de buena planta, con un cuerpo envejecido que todavía rezumaba la masculinidad que le había caracterizado. Culto y buen conversador, sus maneras amables y educadas habían hechizado a

muchas mujeres de la burguesía catalana, pero, sin que nadie supiera por qué, no había permitido que ninguna se acercara demasiado.

En cambio, Manuel se había caracterizado por un carácter prepotente y abusivo que, a su vez, le había llevado a elegir una vida de autocomplacencia, desenfreno y excesos. Una existencia que no solo había mermado las finanzas familiares, sino que también había llenado de ruido su alma. Había intentado que esa vida de desenfreno y diversión a todo trapo desdibujara sus orígenes humildes y lo acercara a la alta sociedad que, pese a su entusiasmo y esfuerzo, nunca lo había considerado como uno de los suyos. Es más, siempre fue el marido de la señora Torras. Nunca había llegado a tener entidad propia más allá de la familia Torras, con la que se había entroncado por matrimonio. Incluso lamentaba ver que la sociedad tenía mucho más en cuenta a sus propios hijos y nietos por el simple hecho de que por sus venas corría sangre de la estirpe Torras, como si la de los Miralles no fuera lo bastante buena.

A estas alturas, Manuel, que no era tonto, empezaba a intuir que sus esfuerzos se habían vuelto estériles y que seguramente el pasado lo perseguiría siempre, por más que la compra de voluntades se hubiera convertido en su *modus vivendi*. A pesar del último intento de hacerse con la mujer de Carles —hombre al que admiraba (aunque nunca lo admitiría) y, a la vez, envidiaba profundamente (eso tampoco lo reconocería)—, se olía que en ese empeño también estaba fracasando.

Nunca llegó a amar a Eulàlia, la madre de sus hijos. Hay que señalar que tampoco ellos supieron cómo amarlo a él, aunque con Lluïsa, muy a su manera, se esforzaba más. Para Manuel, Eulàlia solo fue un salvoconducto que le permitía circular con libertad por un universo paralelo, donde las tierras eran fértiles y ricas. Mucho mejores que las tierras angostadas e incultas que conformaban el universo del pequeño pueblo de Castelló donde había nacido y crecido.

Unas voces risueñas que se oían en el rellano de la escalera

sacaron a Lluïsa de su estado pensativo. Hacía rato que Manuel se había despedido de ella con la excusa de que tenía que ir a su casa a prepararse para no sé qué reunión familiar que tenía. Se sentía aliviada porque cada vez se le hacía más cuesta arriba escucharle hablar a todas horas del barco que se iba a comprar, dárselas de hombre importante y no hacer nada de provecho, además de refunfuñar —siempre refunfuñaba— sobre el supuesto comportamiento irrespetuoso que decía que sus hijos tenían para con él.

A Lluïsa no le interesaban lo más mínimo sus asuntos. De hecho, nunca le habían importado, salvo los relacionados con su segundo asalto a la fortuna de los Torras. No sabía cómo conseguir deshacerse de él y ganar tiempo, pero a aquellas alturas solo tenía claro que necesitaba descansar de sus tonterías. En definitiva, descansar de él. Lo único que todavía valoraba —si es que podía llamarse así— era que Manuel, sorprendentemente, era de los pocos hombres de su entorno que ignoraba cuál había sido su antiguo oficio, y eso, en cierto modo, la hacía sentir más relajada. Sin embargo, la verdad era que ese desconocimiento, más que un mérito, evidenciaba una dejadez: la falta total de interés por mirar más allá del personaje. Porque solo hubiera tenido que rascar un poco… Las altas esferas son tan chismosas como las bajas y, de haber aguzado el oído, lo habría sabido todo tras cuatro conversaciones.

Manuel tenía suficiente con haberle arrebatado a Carles la mujer que había sido suya. Pero Lluïsa sentía que la ventaja de que no le reprochara el pasado empezaba a no ser ya un aliciente suficiente para seguir teniéndolo en su vida. Con el tiempo, su presencia le estorbaba cada vez más. En parte porque le atribuía la culpa de las visitas cada vez más escasas de Pedro.

Miró por la mirilla de la puerta y comprobó que había reconocido las voces. Una era la de Juan, el chófer de la familia Torras, y la otra, inconfundible, la de Carles. Hablaban animadamente, pero no entendía lo que decían. Por primera vez desde el divorcio, Lluïsa

tenía curiosidad por lo que ocurría en casa de su exmarido y, decidida como era, no dejó pasar la ocasión que le ofrecía la presencia de los dos hombres.

Se detuvo ante el espejo de cuerpo entero del vestíbulo, la última atalaya de vigía antes de someterse al escrutinio del mundo, y se examinó con mirada crítica. El espejo le devolvía la imagen de una figura esbelta, con la piel bastante bronceada para la época del año, un cuello alto negro ajustado que contrastaba con un abrigo camel largo y elegante, y una media melena rubia, cuidada, que le daba un aire entre clásico y decididamente actual. No hizo ningún gesto para retocarse; ya había aprendido que el primer impacto era el que contaba, y lo tenía controlado. Cogió el bolso que le servía de coartada y abrió la puerta con decisión.

—Ay… ¡Hola! ¡Buenas tardes! Qué casualidad encontrarnos, ¿no?

—Buenas tardes —respondió lacónico Carles, sin disimular que la presencia de su exmujer le había estropeado el momento. Muy distinta fue la reacción de Juan.

—¡Señora Lluïsa! ¡Cuánto tiempo sin verla! No se figura la ilusión que me hace encontrarla. Mi mujer siempre me pregunta por usted, le tiene mucho cariño.

Carles los observaba con una mirada desganada, como si la conversación no fuera con él. Le molestaba perder el tiempo con alguien a quien ya había borrado de su vida. Su mente dio un giro brusco hacia María. Incluso ahora, después de tantos años, se sorprendía de cuánto llegaba a sentir su ausencia. Le fue muy fácil quitarse a Lluïsa de encima porque ninguna mujer había podido competir con la sombra fantasmagórica de María, su primer amor, que se había proyectado inexorablemente y sin piedad sobre todas las mujeres con las que se había topado.

No entendía por qué había salido tan repentinamente de su vida y sin dar ninguna explicación. Por qué se había desvanecido si su amor había sido tan intenso y real. Aunque apenas recordaba su rostro, nunca había olvidado cómo lo había hecho sentir. Ese amor no había sido ni banal ni pasajero. La calidez de sus besos, de sus

caricias, vivía en su pensamiento con tanta fuerza que todavía resonaban en su cuerpo. María había sido como un interruptor vital. Cuando ella se fue, todo se apagó, como un jaque mate a su existencia y a su proyecto de vida. Él, más que nadie, sabía cuánto pesaba vivir sin ganas. Solo su hermana Eulàlia había logrado que el día a día fuese más tolerable. Sí, puede que fuese verdad que el universo, con su extraño sentido de la justicia, le había privado de un amor, pero le había concedido otro, más silencioso, que le había permitido afrontar la vida con un dolor menos punzante.

En ese momento le vino a la cabeza una frase que Maite le había soltado hacía muchos años, de la que nunca se había podido deshacer: «Usted, señor Torras, lo tiene todo, pero no sabe vivir». Cuánta verdad. Y cuánta mentira. Por un lado, era cierto que no había sabido vivir; pero, por otro, no lo tenía todo: le faltaba lo más importante, su María. Siempre se había preguntado, y nunca lo sabría, qué habría pasado si hubiera podido retener a María a su lado.

—Juan, tenemos que irnos. Ya tendrá tiempo durante el día de hoy para hablar —remachó, sin haber mantenido en ningún momento contacto visual con Lluïsa.

—¿Cómo que tendremos tiempo de hablar? —preguntó Lluïsa, ignorando expresamente el tono seco de su exmarido.

Tenía al chófer delante y no quería iniciar una pelea sin motivo aparente, así que Carles, a regañadientes, la informó de que empezaba obras en casa y que quizá durante unas semanas la molestarían los ruidos y los olores de la pintura y los barnices. Le dijo que lo sentía mucho, pero las obras eran así y no podían hacerse de otra forma. Asintió, desconcertada por la vitalidad y el dinamismo del patriarca de los Torras que, aunque carecía de pelo y caminaba lentamente, todavía guardaba un punto de atracción, ese aire irónico y decidido que había tenido cuando se conocieron.

Lluïsa lo veía diferente, incluso rejuvenecido. Fue entonces cuando el miedo a que hubiera conocido a otra mujer que pudiera echar a perder su plan empezó a arraigar con fuerza. El cuento de la

lechera que había ideado en su marco mental empezaba a correr el riesgo de tener el mismo final infeliz que el de su ilusionada protagonista. Si entre Carles y los Miralles se interponía una mujer, ya podía decir adiós a atrapar algo de la herencia.

La mirada socarrona que Carles le dirigió cuando se despidió no hizo otra cosa que alimentar sus peores temores. Solo le faltó que Juan dijera «vamos, que Carmen nos está esperando». Aquello le permitió poner nombre a quien ya consideraba una contrincante que, en su mundo imaginario, entraba en el terreno de juego dispuesta a apropiarse de un botín del que se había erigido en dueña desde el principio.

Se le erizó la piel y le vinieron a la cabeza mil y una imágenes, momentos de su vida en los que, para no caer en el abismo de la nada, había cerrado los ojos y se había abstraído de la dureza de ser magreada por hombres anónimos. Todo en aras de la consecución de un bien que ella consideraba superior, el de la propia abundancia económica. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que se había quedado sola, plantada en medio del rellano, mientras Carles y Juan habían cogido el ascensor. Justo cuando hacía el gesto para volver a entrar en su casa, sintió que alguien subía resoplando por las escaleras. Se volvió y, para su sorpresa, se topó con quien consideró que debía ser Carmen. Acababa de ponerle rostro a quien ya consideraba su rival.

La escaneó con la mirada. Era joven, ni alta ni baja, con el pelo oscuro y ondulado que le caía, pesado, hasta media espalda. Llevaba ropa sencilla, de la que no llama la atención: vaqueros anchos, una camiseta clara y un anorak práctico. No iba exactamente mal vestida, pero tampoco había nada que hiciera pensar que hacía un esfuerzo por destacar. Un estilo que, pensó Lluïsa, muchos hombres encontraban encantador: la gracia de parecer que no te lo trabajas en absoluto. Reparó en su cuerpo, con curvas discretas pero bien puestas, que no hacen pensar que te matas en el gimnasio, pero que le dan al conjunto una gracia natural.

—¡Buenas tardes! —le dijo Carmen.

—Carles ya se ha ido. De modo que si lo estás buscando no vas a encontrarlo.

—Ah, gracias. Ya sé que a estas horas estará en casa de su sobrino. Vengo porque nos hemos…

—Qué me importa a mí lo que se haya dejado… Me da igual. —Lluïsa la cortó de golpe, haciendo tintinear las pulseras doradas que llevaba a conjunto con los pendientes.

Carmen la miró desconcertada, pero no replicó. Por la versión que Carles le había dado, sabía que no era precisamente un ejemplo de equilibrio. Pero ellas dos nunca habían tenido ningún encontronazo, y motivos había tenido más que suficientes: fiestas hasta altas horas, noches ruidosas que no la dejaban dormir, voces hablando demasiado alto… Lo dejó correr y entró en casa de Carles tan rápido como se lo permitieron la puerta entreabierta y el trajín de los operarios que empezaban a sacar muebles.

Venía a buscar la medicación que Carles se había dejado y las prisas urgían porque pronto sería la hora de cenar. Cuando lo tuvo todo, salió corriendo a buscar el taxi que le habían mandado en dirección a casa de Josep y respiró aliviada al ver que Lluïsa ya no estaba. El taxista la dejó justo delante de la finca, en paseo de Gracia con Rosselló, y notó el aire frío de la calle. Era el primer frío intenso que hacía acto de presencia en la ciudad; diciembre, testarudo, ya llamaba a la puerta del calendario para hacerse notar.

—¡Mírala! Ya está aquí —dijo Carles cuando la puerta de la entrada cedió ante el paso enérgico de Carmen.

Cruzó el umbral y se paró en seco en el recibidor, boquiabierta por la amplitud. A través del gran espacio central se veía una imponente sala de estar, de estilo masculino y comedido. Los colores neutros, la disposición mesurada de los muebles, la sensación de equilibrio, todo ello la impactó, acostumbrada a los colores primarios con los que su madre había querido dar vida a su casa, aunque la vida transcurría en blanco y negro.

—¡Guau! ¡Qué pasada, es impresionante!

Carles y Josep intercambiaron una mirada divertida. El contraste

era evidente. Carmen, dándose cuenta de su propia reacción, miró a su alrededor buscando algo que le permitiera recuperar el tono. Sus ojos se posaron en un nicho arqueado de diseño clásico, vacío pero iluminado, que decoraba con solemnidad el paso hacia la sala de estar.

—¿Este es el sitio que habéis reservado para que me siente? —dijo de pronto, con una sonrisa espontánea, sin apenas pensar, mientras se quitaba la mascarilla.

Acto seguido se mordió el labio, alarmada por haber hecho esa broma tan fuera de lugar. Carles era su jefe. «Quizá me he pasado de lista», pensó. Pero, por suerte, vio que ambos se reían.

—Aún no hemos colocado a nadie, pero no descartamos ninguna opción —respondió Carles.

La entrada en la inmensa y minimalista sala de estar no la decepcionó. Recorrió con los ojos todos y cada uno de los rincones de la estancia, mientras dejaba que sus manos acariciaran el cuero del sofá y las líneas ovaladas del tapizado en piel de las sillas del comedor.

—Todo está tan… limpio. No sé imaginarme viviendo aquí sin estropearlo —dijo, más para sí misma que para los demás.

Josep la escuchaba, discreto. Le impactaba esa manera de mirar: genuina, sin pretensiones. Observaba con una especie de respeto humilde, como si sintiera que ese espacio no le correspondía, pero quisiera comprenderlo igualmente. «No está fingiendo nada. No juega a agradar». Y justo por eso le gustaba más.

—Ven, que te muestro el resto del apartamento.

Carles, desde atrás, consultó la hora de forma exagerada.

—Solo os pido que recordéis que hay humanos aquí que tienen la tonta manía de cenar antes de medianoche.

—Prometo que no la entretendré demasiado —rebatió Josep.

La casa de Josep no tenía ni de lejos la atmósfera melancólica e incluso deprimente de la de Carles. Su tío abuelo había optado por un Pantone de colores lánguidos, con tonalidades azules, grises y negras que emanaban de los cuadros de paisajes, marinas e iglesias,

y que habían contribuido a anclar la casa en un tiempo remoto. En cambio, los colores del ático de Josep se encontraban en el extremo opuesto. Era como si en cada elección —cada cortina, cada lámpara, cada textura— hubiera una apuesta por la vida. Carmen llegó a la conclusión de que Josep era un entusiasta nato; eso, o lo disimulaba muy bien.

Cuando llegó a su habitación, el espacio, muy minimalista, la sorprendió. La cama, que no era otra cosa que un colchón sobre un podio, se encontraba en el centro. A ambos lados, había dos mesitas de madera forradas de metal que se sostenían en la pared. Del techo colgaba una elegante lámpara industrial. Lo que más le llamó la atención fueron las almohadas de seda adornadas con puntillas, que desentonaban mucho del resto, pero eran delicadas. «Esto no lo ha elegido él», pensó ella, sonriendo para sus adentros. «O quizá sí. Quizá este tío tiene más capas de lo que parece».

—Guau —soltó, incapaz de contenerse—. Esto es muy fuerte. Estoy flipando, en serio.

A Josep le hizo gracia ver que no podía evitar verbalizar lo que sentía, olvidándose de las formalidades. No era una expresión voluntaria, era una reacción. Genuina, como todo en ella. Y le gustaba.

Pero todavía le quedaba una sorpresa más. Cuando le abrió la puerta del vestidor, ordenado con una precisión casi quirúrgica, Carmen soltó una pequeña carcajada de asombro.

—¿Va en serio? ¿Esto es tuyo? —dijo, medio incrédula, mientras repasaba con la mirada aquellas camisas perfectamente alineadas, los zapatos colocados como piezas de museo, todo de marca, todo en tonos neutros y sobrios.

Él hizo como que no la había oído, y no supo cómo interpretarlo. Quizá se había pasado enseñándole el vestidor y ahora Carmen pensaría que era un pijo presumido.

—Esta será tu habitación —dijo entonces, cambiando de tema mientras abría la siguiente puerta. El estilo era completamente distinto, mucho más delicado, pero no por eso dejaba de estar a la

altura de lo que acababa de ver. El espacio era más claro, con paredes de un blanco limpio y detalles en tonos verdes suaves. Telas ligeras, texturas naturales, luz cálida… Habían logrado una atmósfera fresca, relajante y acogedora. Fue justo en ese instante, mientras se volvía en dirección al pasillo, cuando se dio cuenta de que la habitación de Josep quedaba exactamente frente a la suya. Puerta con puerta.

Entonces, Carmen, que se había sonrojado, preguntó por la habitación de Carles. Al fin y al cabo, él era la razón de que estuviera en esa casa, aunque parecía que todos lo hubieran olvidado.

—Es esta, junto a la mía. ¿Quieres verla?

Carmen no pudo dejar de entrar y constatar que el decorador no se había afanado mucho en el diseño, ya que era clónica de la de Josep. Salvo el vestidor, que había sido sustituido por un armario sin puertas lacado de color gris perla, empotrado en la pared. La muchacha echó un vistazo y asintió, como dando por concluido el *tour*.

La voz lejana de Carles, que había perdido la paciencia, los devolvió al momento presente.

—Bueno, si no cenamos pronto, tendré que recurrir a medidas desesperadas: tocar el timbre de los vecinos y pedir auxilio.

—Vamos a cenar que mi tío comienza a ponerse nervioso. Por cierto, ahora está oscuro, pero te falta ver la terraza con la piscina de agua climatizada.

—¿Piscina?

—Sí. Piscina de uso exclusivo para los que vivimos en este apartamento —quiso aclarar el muchacho.

Josep, provocador como era por naturaleza, no terminaba de cansarse de las reacciones sin filtro de la chica que, con ojos de niña, miraba una casa que él ya hacía tiempo que había dejado de ver.

—Podrás bañarte cuando quieras.

—¿En serio?

—Claro.

Al unísono levantaron los ojos y se toparon con la mirada larga y escrutadora que les estaba dirigiendo Carles. Sentado a la mesa, había llegado al extremo de su paciencia, que —como todo el mundo sabía— era de corto recorrido. Más aún cuando se trataba de las comidas, que siempre hacía a horas fijas. Maite se ocupaba de todo, pero empezaba a tener claro que cada vez que los dos jóvenes coincidieran con él, su riguroso horario —hasta ahora digno de un reloj suizo— se iría a hacer puñetas.

—¿Cenamos?

—¡Cenemos! —dijo Carmen, a quien le brillaban los ojos ante la fuente de canelones que Josep había traído de la cocina. Aunque no eran el plato más ligero para una cena, le gustaban muchísimo, sobre todo los que hacía su madre. Y, con el pleno convencimiento de que no los habían cocinado ninguno de los presentes, preguntó:

—¿Dónde los habéis comprado?

—Son de la cocinera de mi padre. Bien, podríamos decir que ya es la cocinera de la familia. Cocina muy bien, la verdad. También ha estado haciendo trabajos de limpieza en casa de mi abuelo, pero a partir de ahora buscaré a otra persona que la sustituya porque queremos que solo se dedique a cocinar. ¡Es una lástima tenerla haciendo otras cosas! —dijo Josep con vehemencia.

—Pues sí que son buenos. Son buenísimos, tanto como los que hace mi madre.

Los dos hombres se miraron y se echaron a reír. Carmen, sorprendida y algo molesta, los cortó en seco:

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Quizá no eres consciente de ello, pero desde que has entrado en mi casa todo te sorprende y te emociona. No termino de creérmelo, pero debo decirte que me gusta. Mi casa nunca había causado una sensación así en nadie.

Pero Carmen ya no lo escuchaba del todo. Había visto la chimenea.

—¡Y encima tienes chimenea! ¿Funciona?

—Claro que funciona. ¿Quieres que la encienda? ¿Tienes frío?

—No, no. No hace falta —le respondió sin apartar los ojos de la imponente pieza de mármol negro que, situada frente al sofá chéster de color blanco, competía por ser el punto central de la sala.

—Oye, Carmen —quiso aclarar Carles—, no vayas a pensar que nos hemos reído de ti. Yo ya sabía que la casa de Josep te gustaría, pero no contaba con esa reacción tan… —dudó con el adjetivo que iba a emplear— espontánea, podríamos decir. Parece que hayas descubierto otro planeta. Y eso, déjame decirlo, no ocurre cada día. De hecho, últimamente incluso los retiran y, si no, que se lo pregunten a Plutón.

—Por más que quiera convencerme de que no es así, soy consciente de que os he hecho reír, qué le vamos a hacer. Es que vuestro mundo y el mío apenas tienen nada que ver. Para que te hagas una idea, mi madre tiene, en la entrada de casa, una rana inmensa, de un verde fluorescente, que le tocó en una feria de la fiesta mayor de su pueblo. Y la tiene puesta como una escultura de verdad. Quiero decir, con toda la intención. Con eso ya está todo dicho.

Después de esa revelación tan sincera, siguió un breve silencio. No se hizo ningún comentario más, quizá porque ninguno habría mejorado esa imagen.

Como era habitual, antes de irse a dormir, Carmen se aseguró de que Carles estuviera bien instalado en su habitación y de que tuviera a su alcance todo lo que necesitaba. Le pareció que Josep se había quedado en la sala de estar, desde donde le llegaban una tenue luz y la melodía de una canción ligera y de pocos contrastes sonoros, que ayudaban a crear un ambiente de recogimiento, tan necesario a esas horas.

Pese a la cordialidad que le había mostrado en todo momento, lo veía cambiado respecto al día anterior. Le daba la impresión de que estaba distraído. Durante la cena no parecía tener muchas ganas de charlar, por lo que Carles había asumido todo el protagonismo. Era un hombre cultivado y con un gran bagaje vital, lleno de anécdotas y de ocurrencias que Carmen nunca se cansaba de escuchar. Además,

se notaba que le gustaba tener un auditorio atento.

Una vez en la cama, a Carmen le costó dormir. Dejó la puerta entreabierta por si el señor Torras necesitaba algo. Aún podía notar el impacto que había causado la casa en su ánimo, y el reciente descubrimiento de que desde su habitación se podía ver la Pedrera no contribuyó precisamente a rebajar su estado de excitación. Lejos quedaba su casa, muy lejos, no solo en un sentido literal, sino también emocional. El pensamiento, que no había estado a la altura que la situación requería, empezó a roerle la mente, que estaba un poco desorientada por haberle abierto una ventana a un mundo impensable hasta hacía escasas horas.

Aunque por cuestiones muy diferentes, Josep también tenía los ojos bien abiertos y todos los sentidos bien despiertos. No hacía ni cuarenta y ocho horas que había encontrado sobre la mesa de su abuelo, con quien compartía el despacho profesional, el correo electrónico impreso que le había enviado la entidad bancaria de Barcelona depositaria de las cuentas de la patrimonial. De hecho, gracias a la preferencia por lo analógico de la generación a la que pertenecía Manuel, había podido tener conocimiento del intento de compra del lujoso barco antes de que el proceso se consumara.

Aquel correo acababa de poner la guinda al pastel del dudoso y enredado comportamiento financiero que su abuelo estaba teniendo con la herencia de la abuela. Sin embargo, positivo como era por naturaleza, había detectado una rendija que podía servirle para detener la compra del yate. Al parecer estaba teniendo dificultades para llevar el dinero desde la cuenta corriente del banco suizo al banco gestor de Barcelona. Precisamente, lo que proponía la entidad bancaria o, mejor dicho, con lo que amenazaba la entidad, era con la desvinculación de la cuenta de la sociedad patrimonial, debido a la operativa de recepción de los más de cinco millones de euros procedentes de Suiza, con los que Manuel quería llevar a cabo, de una vez, la ansiada compraventa.

La amenaza de cancelación de las relaciones contractuales le venía como anillo al dedo a Josep, puesto que ello comportaba la clasificación como clientes de grado 1 de riesgo. Si la sociedad patrimonial quedaba encuadrada dentro de esa categoría, se paralizarían todas las cuentas y, a la larga, se acabaría extinguiendo, ya que no podría operar.

Solo al final del correo electrónico se apuntaba otra posibilidad menos catastrófica. La entidad estaría dispuesta a reconsiderar su postura si se podía demostrar con claridad de dónde provenía exactamente el dinero y cuál era su recorrido. Para ello era necesario acreditar quién era el titular real de los fondos, justificar cómo se habían generado y por qué se transferían desde Suiza. Sin esta información, la cuenta corría serio peligro de quedar bloqueada.

Josep ni quería ni estaba en condiciones de hacer esta reconsideración, ya que sabía que, aunque se trataba de dinero fiscalmente regularizado, era del todo imposible justificar su origen. La familia de su abuela, como tantas otras familias de la burguesía catalana, se había alejado de la fábrica y había pasado a colocar el dinero en propiedades y en la Bolsa. La Guerra Civil y la posibilidad de que pudieran matarte por una infinidad de motivos, también en algún caso por ser empresario y rico, los traumatizaron hasta el punto de desviar ingentes cantidades de dinero hacia Suiza, país que, pese al clima bélico que sacudió a toda Europa y aunque fuera por los pelos, pudo mantener su neutralidad. Por tanto, no es que el dinero proviniera de negocios ilegales, sino que simplemente era el dinero ganado por más de una generación. Es decir, era imposible demostrar cuál era su origen, ya que este era diverso y prolongado en el tiempo.

Si no había querido compartir esta información con Carles era porque le daba vergüenza el comportamiento de su abuelo y, además, sabía que no era santo de su devoción. Conocer la historia de la compra del yate no hubiera hecho otra cosa que hundirlo más ante sus ojos, y no quería implicarlo en una guerra que no era la suya.

Si Hacienda investigaba a la empresa del amigo de farra de su abuelo, MIRATOR, S. A. arrastraría a la sociedad patrimonial de la familia Miralles. Esta sociedad se dedicaba principalmente a tener y alquilar los inmuebles familiares, de los que provenían casi todos los ingresos. También contaba con una pequeña cartera de inversiones, y era ahí donde Carles podía ayudarlos. Según le había dicho su padre, el tío guardaba fondos de inversión en cuentas en el extranjero que podrían utilizar para justificar una transferencia internacional tan cuantiosa como la que tenían entre manos. De todas formas, no querría aliarse con esa causa, más bien al contrario.

Sea como fuere, la posición de la entidad bancaria no hacía más que añadir aún más presión a la tensa reunión familiar que debía celebrarse al día siguiente en el despacho. Se vería obligado a tener que explicar cómo había tenido conocimiento de la transacción comercial y, por tanto, ante los ojos de su abuelo quedaría como un traidor. Con solo imaginar cómo sería la convivencia en el despacho a partir de ese momento le entraban ganas de dejarlo correr, pero él no era de esa pasta.

Un ruido que provenía de la cocina lo sacó de su ensimismamiento. Se levantó del sofá y levantó los brazos y las manos al máximo mientras se ponía de puntillas. Al girar por el pasillo, le sorprendió encontrar a Carmen, de pie frente a los armarios de la cocina, con una taza en la mano y la frente arrugada mientras buscaba algo.

—¿Tampoco puedes dormir? —dijo ella cuando notó su presencia.

—Aún no me he acostado. Un problema de trabajo me tiene desvelado.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? Que el trabajo solo es trabajo.

—Cierto, pero créeme, Carmen, se trata de un tema importante.

—Pues mira, esto lo leí en un libro: «Lo importante en la vida es que lo más importante sea siempre lo más importante». Ahora no recuerdo el autor, pero ya lo buscaré.

Él sonrió, sorprendido por esa cita dicha con tanta naturalidad.

—¿No estudiarás filosofía en lugar de medicina? ¿Y qué buscas?

—Un cazo para calentar la leche.

—Pero si tienes el microondas…

—No me gusta utilizarlo porque no calienta bien toda la taza y deja una parte de la leche fría.

—Concedido —dijo él sin discutir, mientras se agachaba para abrir el armario correcto. Aquel gesto le regaló a Carmen una visión privilegiada: los rizos algo desordenados, los brazos definidos sin exagerar, el movimiento seguro. Tenía una presencia que no podía ignorarse.

Sacó la leche de la nevera. A continuación, bajo los ojos vigilantes de Carmen, se dispuso a calentarla encima de la placa de inducción. Mientras tanto, la hizo sentar en uno de los taburetes altos situados alrededor de la isla de la cocina que servía de mesa, desde donde después le sirvió el ansiado vaso de leche caliente.

—Por cierto, quería comentarte una cosa. ¿Sabes que mi tío te tiene mucho aprecio?

—¿Aprecio? ¡Pero qué dices!

—Sí, se nota. Y créeme, no es una persona fácil. Pero eso no hace falta que te lo diga, porque ya lo habrás comprobado.

—¿Pero por qué lo dices? ¿Te lo ha dicho él?

—No ha sido necesario que lo hiciera. En situaciones como esta, él nunca habría venido a mi casa ni a casa de ningún otro familiar.

—¿Y dónde habría ido?

—A una *suite* del Majestic, su hotel favorito. Pero me dijo que, aunque te conoce poco, intuía que no te encontrarías a gusto viviendo en un hotel y que en una casa particular estarías mejor.

Lo que no sabía Josep era que Carles tenía un propósito que trascendía la eventual incomodidad que Carmen pudiera sentir por alojarse en un hotel de lujo. A decir verdad, él en el hotel se hubiera sentido como en casa porque el personal siempre lo había hecho sentirse único y cómodo. Eran ya muchas las largas temporadas que había vivido allí. La última fue cuando hizo la partición del piso con Lluïsa después del divorcio. La reforma se prolongó mucho, hasta el

punto de que temió que las obras no acabarían nunca. Llegó a malpensar que su exmujer no tenía ninguna intención de que fuera su vecino de rellano, y no le faltaba parte de razón, pero al final tuvo que acostumbrarse.

En lo que no se equivocaba Josep era en la opinión que Carles tenía de Carmen. Aquella muchacha les había conmovido a ambos. Su autenticidad y, a la vez, ingenuidad, la habían convertido en un ejemplar raro y por eso la consideraban tan valiosa.

Carmen no supo qué decir ante la revelación de Josep, y un silencio se instaló entre ambos. Josep, para no sostener ese contacto visual que hasta ahora había sido natural, bajó la mirada y se fijó en el pijama que llevaba la chica, lleno de conejitos rosas que, desperdigados de forma bastante delicada, cubrían el fondo del tejido de un color gris claro. «No hay derecho. Lo intento, pero me desconcentra totalmente». Hizo un esfuerzo por recuperar el hilo de la conversación, pero ya había perdido el hilo.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que si no vas a dormir. Si mañana tienes que levantarte temprano… —repitió Carmen, con un tono neutro, pero en un tono de voz un poco más bajo. No sabía si él la estaba escuchando o analizando. Y eso hacía que se sintiera expuesta.

En un gesto de espontaneidad, preguntó:

—¿Puedo nadar un rato? Hoy me costará conciliar el sueño. Me cuesta hacerme a los cambios. En mi pequeño mundo casi nunca ocurre nada interesante. Te prometo que no haré ruido.

Josep la miró, ahora sí, directamente, con una ceja ligeramente levantada.

—Claro que puedes nadar. ¿Tienes albornoz? Es una terraza abierta a los cuatro vientos y ahí fuera sopla de lo lindo.

—No. No tengo. Pero ya me espabilaré y saldré corriendo.

El muchacho no la dejó terminar. Desapareció y volvió al cabo de nada con un albornoz en los brazos.

—Es mío. Te irá grande, pero te será útil.

Le daba vergüenza que alguien pudiera verla nadar, así que quiso

esperar a que se marchara. Cuando todo quedó en silencio, se dirigió con pies ligeros hacia la piscina. Al abrir la puerta corredera del salón, vio ante sí una magnífica piscina de forma rectangular, especialmente diseñada para realizar recorridos largos. Al meter un pie dentro, pese al aire endemoniadamente frío que soplaba, pudo comprobar que, efectivamente, estaba climatizada, tal y como le habían asegurado. Miró a su alrededor y, al comprobar que no se vislumbraba ninguna otra luz aparte de la de los focos de la iluminación interior de la piscina, se quitó el albornoz y, desnuda, se tiró de cabeza. El contacto del agua lo notó como nunca antes, sin barreras. Y el disfrute de cada brazada no se podía comparar con nada de lo que había experimentado. Nadaba lentamente, sin prisa, saboreando cada momento con una intensidad desconocida, nueva.

Se detuvo un instante y miró al cielo. La noche le ofrecía su negrura como un refugio seguro. El viento helado que acentuaba la desnudez de su cuerpo la llevó a acurrucarse dentro del agua hasta sacar solo la cabeza. «Eso era lo que necesitaba. Solo desaparecer un rato». Retomó las brazadas con la mente en blanco, dejando que sus problemas se disolvieran en el agua.

Vivir la experiencia en la quietud y soledad de la noche le resultó terapéutico. Se prometió que volvería a probarlo. Lejos, muy lejos quedaba la agitación que le había causado la visión de su hermano traficando con drogas, las obras inesperadas en casa de Carles y el consiguiente traslado de su puesto de trabajo. Solo existían el aquí y el ahora.

VII

Lluïsa estaba de suerte. Disfrutaría de una de las pocas noches que podía pasar en soledad, y lo haría sin la euforia tórpida y el letargo que le causaban las drogas. Quedarse sola consigo misma no la incomodaba, al contrario: le permitía quitarse la máscara del personaje que llevaba tanto tiempo interpretando y que aún seguía representando. Y eso, en gran medida, la aliviaba. Al contrario de lo que pudiera parecer, en su día a día se sentía profundamente sola, aunque no lo estuviera casi nunca. Manuel le había llevado el circo a casa, y no faltaban los payasos que le reían las gracias, los saltimbanquis que habían convertido las fiestas en su oficio, ni tampoco los acróbatas que hacían equilibrios sobre las rayas blancas. Salvo la mujer barbuda, tenían todas las plazas cubiertas.

La imagen que proyectaba de mujer fuerte, independiente y desinhibida, nada tenía que ver con la fragilidad que sentía en su interior. El deseo de agradar, de ser amada, chocaba con la invisible flor de lis con la que su oficio la había marcado a fuego. Pero, por intenso que fuera el sentimiento de soledad, había otro anhelo que la mantenía sedienta: el de poseer fortuna, tener un estatus y una posición económica que le permitieran trascender la vulnerabilidad a la que la prostitución la había llevado. Al fin y al cabo, si a los hombres no se les juzgaba por los orígenes de su dinero, ¿por qué deberían juzgarla a ella? Era como si ser hombre actuara como un agente blanqueador, capaz no solo de borrar el origen turbio del dinero, sino también de hacer que todo el mundo olvidara la

suciedad con la que había sido obtenido.

Estaba pagando el precio de vivir de manera incongruente. Su vida estaba llena de contrasentidos. Por un lado, se había prostituido para ganar dinero y conseguir un lujo difícil de alcanzar por medios más convencionales. Por otro, pretendía utilizar ese mismo dinero para borrar la cara de tantos y tantos hombres con los que había estado, como si hacerlo le permitiera también borrar una identidad de la que no se podía desprender y que le resultaba cada vez más agobiante.

No podía negar que ver a Carles esa misma mañana la había trastocado. Era una imagen muy diferente a la que había tenido tiempo atrás, y eso no le había gustado en absoluto. Lluïsa siempre se había considerado muy superior a su exmarido. Los años que los separaban y su atractivo físico habían sido la enseña de unas cualidades que, en su opinión, eran mucho más valiosas que las que él tenía. Creía, por tanto, que con la ruptura, Carles se percataría de ello y entonces quedaría embargado por un sentimiento de desasosiego, pero no fue así. Verlo risueño mientras hablaba con el chófer y, al mismo tiempo, demostrarse tan frío con ella, le hizo darse cuenta de que ella había caído en un olvido desolador. La indiferencia le resultaba mucho más cruel que el odio.

Desde el principio ya intuyó que en su matrimonio serían tres y, lo peor de todo, que la tercera persona era un fantasma: alguien a quien es imposible superar, porque ya se sabe, el pasado se puede romantizar muy fácilmente. No poder luchar con un competidor de carne y hueso para hacerse hueco en la vida de Carles fue lo que le causó más frustración y turbación. Para canalizar ese desconsuelo, no se le ocurrió más que huir del fuego para caer en las brasas: lo único que consiguió fue subir otro peldaño más en la escalera de las vejaciones que había supuesto su vida desde jovencita. Todo para conseguir un bien superior que, a la postre, no había resultado merecedor de tamaño sacrificio. Por supuesto, era muy fácil hablar a toro pasado.

A esas alturas, la única alternativa que veía para salir de una vez

por todas de la rueda de hámster en la que se encontraba era matando al perro para terminar de una vez con la rabia. Bueno, quizá bastaría con domesticarlo. Pero tenía claro que no podía actuar sola. El grito de ayuda que había emitido su alma atrajo una presencia vital para su proyecto, la pieza clave que le ayudaría a detener la rueda infernal que la estaba engullendo lentamente. Por lo menos, eso era lo que ella creía.

El suave y familiar toc-toc de quien llamaba a la puerta a esas horas de la noche detuvo los intensos pensamientos de Lluïsa, a quien se le escapó en voz alta:

—Pedro, ¡eres tú!

Hacía días, semanas, que anhelaba tener su cuerpo entre sus brazos. Con los ojos chispeantes salió corriendo hacia la puerta, como si fuera una chica a la que el novio esperaba a la salida del trabajo. «Esta vez sí será», se dijo, confiando en que la ausencia de Manuel la ayudaría a disfrutar de una intimidad que se le resistía. Hacía tiempo que Lluïsa se había fijado en la especial habilidad de Manuel para irritar a Pedro siempre que aparecía en escena.

El chico traía cara de pocos amigos. Parecía venir a regañadientes. La presencia de Lluïsa ya no le causaba el impacto que había tenido tiempo atrás, cuando le excitaba la idea de un chico de barrio haciéndolo con una diosa de la alta sociedad. Ya no era tan inocente ni se dejaba deslumbrar tan fácilmente. A Lluïsa le gustaba que su pasado le diera igual. No la juzgaba, las cosas como son, y tampoco tenía ningún derecho a hacerlo. Esa indiferencia o, mejor dicho, desdén por las convenciones sociales, junto con su cuerpo bien trabajado, acostumbrada como estaba a las carnes flácidas y a las abultadas masas de un hombre bastante mayor, era lo que más le fascinaba de él.

Sin darle tiempo a decir nada, le cogió la cabeza con las dos manos y con la fuerza suficiente para ponerlo delante de ella y garantizarse así un beso que hacía demasiado tiempo que se le negaba.

—¿Qué haces? —preguntó Pedro de forma retórica.

—Darte un beso. ¿Qué quieres que haga?

—Vengo por trabajo. Te traigo lo que me habías pedido. Y en formato líquido, como tú querías —respondió con tono gallardo—. Te recuerdo lo que te dije cuando me lo pediste, que no lo mezcles con alcohol. Podríamos terminar teniendo graves problemas. *¿Capito?*

—Sí, sí. Ya me lo advertiste. No te preocupes. Lo tengo todo controlado. Estate tranquilo, no soy ninguna depredadora sexual. Lo quiero para fines muy distintos. Por cierto, ¿no me preguntas para qué o para quién lo quiero?

—No. No tengo ningún interés. Tú verás lo que haces. Allá tú con tu conciencia. Yo, con este oficio, cuanto menos sepa, mejor.

Ese desinterés, ahora sí, la molestó, pero no quería dejar traslucir su enfado. No quería arriesgarse a estropear el momento y desperdiciar la ocasión.

—No pienses que lo quiero para hacerle daño a alguien. No tengo alma de asesina. Solo pretendo romper la baraja de un juego al que no quiero seguir jugando.

El misterio de sus palabras, elegidas con mucho cuidado, funcionó, porque Pedro, de repente, se sintió intrigado.

—¿Cuánto vale?

—Nada. Ya lo añadiré al próximo pedido que me haga tu chulo. ¿Y cuál es ese juego al que no quieres seguir jugando?

—Ahora no pienso decírtelo. No deberías haber tenido tan mala baba. Bueno, como hemos acabado hablando de negocios, ¿qué te parecería si te diera un adelanto y te lo pagara de la mejor manera que sé hacerlo?

Lluïsa se colocó delante de él, cortándole el paso hacia la puerta. Quería asegurarse de que esta vez no se le escapara.

Pedro no tenía ninguna intención de marcharse. Pese a su reticencia inicial, había decidido ceder y entrar en el dulce juego de Lluïsa. La sensualidad de su voz y su atractivo físico, que, tozudo, se resistía a abandonarla, hicieron que no quisiera romper la baraja. Se moría de ganas de volver a conectar con aquella mujer a la que conocía desde hacía ya un par de años.

No opuso resistencia, más bien todo lo contrario: le cedió todo el protagonismo porque sus caricias lo volvían loco. Hacía tanto tiempo que ya se había olvidado, pero ahora estaba recuperando sensaciones. Se dejó llevar y cayó sobre el sofá con los brazos abiertos y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Las manos enjoyadas jugaban con los botones de su ropa, abriéndose paso por un cuerpo que exploraban como si fuera un territorio desconocido y del que no querían dejar ni un palmo por recorrer. Lo hacían de forma armónica y pausada, pero con un deseo que empezaba a hacerse patente. Un temblor de júbilo le recorrió el espinazo y se entregó como rara vez lo había hecho: eso, aunque le pesara, solo podía hacerlo con Lluïsa. Ella era la única persona con la que había sido capaz de superar el miedo a perder el control en las situaciones que la vida le había puesto delante.

Aún no se había desembarazado del todo de la chulería con la que había llegado. Sin embargo, la emotividad que Lluïsa le había provocado había hecho que abandonara esa pose de gallito para sustituirla por la de un amante dócil como un cordero, que se dejaba dominar y que había perdido el control sobre su cuerpo.

—Ven conmigo. Vamos a la cama.

Al decirlo, la agarró por el pelo, aquella media melena rubia, con suavidad y, sosteniéndole la cabeza hacia atrás para poder verle el rostro, se encontró con la estimulante visión de unos ojos de color miel que rezumaban deseo.

Esas palabras y ese gesto fueron la única rendija que se abrió en su actitud de total entrega, la única apertura que lo conectó con la pretensión con la que había iniciado la escena.

Lluïsa no quiso contradecirlo y se levantó para cogerle la mano y ayudarlo a pasar a la habitación. La lentitud con la que caminaba el chico, con unas piernas que parecían flaquear mientras se arrastraban siguiendo a un cuerpo decidido al que no podían atrapar, le causó una tímida sonrisa de victoria que disimuló. No quería inflar su ego ni hacer nada que pudiera hacerle perder ese instante sublime que había puesto el contador a cero de nuevo.

Al llegar a los pies de la cama, le acabó de quitar la camisa y el pantalón y, una vez lo tuvo totalmente desnudo, lo ayudó con delicadeza a tumbarse sobre las sábanas. Unos labios calientes tomaron el relevo de los dedos, que fueron resiguiendo con calor los puntos más insospechados de su cuerpo, esparciéndose por todas partes y aumentando la intensidad y la velocidad, como si fuera la traca final de un festival de fuegos artificiales.

Pedro tenía los ojos cerrados. Se concentraba en disfrutar de los placeres que le ofrecía su diosa. Sabía que no tenía que esforzarse y que ella lo transportaría a un mundo onírico de fantasía, alejado del realismo y de la crudeza que era su vida cotidiana. Sabía que con otras mujeres debía ganarse el sitio en la cama, e incluso pagar, aunque fuera con otra mercancía. En cambio, Lluïsa se lo ponía fácil porque no tenía que hacer ni demostrar nada.

El ruido metálico de la puerta del ascensor, seguido de una llave entrando en la cerradura y girando con una prisa poco disimulada, hizo que Lluïsa levantara la cabeza de golpe. Miró a Pedro con los ojos abiertos como platos, y él le devolvió una mirada que oscilaba entre el fastidio y la burla.

—Mierda —murmuró Lluïsa, intentando coger al vuelo la camisa que acababa de tirar al suelo.

Pero no tuvieron tiempo. En cuestión de segundos, Manuel ya estaba allí, plantado en el umbral de la habitación, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. Tenía la cara roja, pero no se sabía si era a causa de la rabia o de la humillación.

—¡La madre que me parió! —soltó con la voz rota por la sorpresa —. ¿Así me lo pagas?

Lluïsa se levantó como pudo, tapándose con la sábana. Dio un paso hacia él, instintivamente.

—Manuel, escucha, no… no es lo que crees.

—Ah, ¿no? ¿Y qué coño es Lluïsa? ¿Estabas haciendo yoga con ese desgraciado o qué?

—Baja el tono, ¿vale? —dijo ella, manteniendo la calma con dificultad—. No tienes ni idea de lo que dices.

Pedro, todavía desnudo y apoyado de lado en la cama, prendió un cigarrillo con toda la calma del mundo.

—Yo diría que sí que lo ha entendido todo, ¿eh, nena? No lo infravalores.

—Tú calla, Pedro, que no ayudas.

Lluïsa le lanzó una mirada cortante, pero él ni se inmutó.

—Creía que me querías —dijo Manuel, con la voz quebrada, llena de frustración.

Lluïsa levantó una ceja, mirándolo fijamente.

—¿De verdad me sales con eso ahora?

—¡Sí! ¡Cojones, Lluïsa! ¡Te creía distinta!

—¿Distinta de qué? —dijo ella, levantando el tono—. ¡Venga, Manuel, si tú haces lo mismo! ¿A quién quieres engañar? Ahora no me vengas con lecciones de moralidad.

—Eres una desagradecida —escupió él, con la voz temblorosa de ira.

—¿Desagradecida? ¿Y por qué, exactamente? —dijo ella, acercándose más y cogiendo la sábana con fuerza—. Pero si eres tú el que deberías dar gracias todos los días por haberme tenido al lado. Tú eres quien ha salido ganando, Manuel. No te hagas la víctima.

Manuel no encontraba las palabras. Tenía la mandíbula tensa y las manos cerradas formando un puño a ambos lados. Estaba muy contrariado. Para él, Lluïsa era mucho más que una pareja: era un trofeo. El trofeo. La única prueba palpable que le permitía convencerse —y convencer a los demás— de que había ganado el partido que jugaba contra Carles, el exmarido de ella. Una especie de venganza sutil pero persistente. Lluïsa era, en su imaginario, la ascensión definitiva: cultura, belleza, presencia social, prestigio. Todo lo que él quería ser, envuelto en un cuerpo y un apellido. Y ahora, verla en la cama con Pedro —el camello, el vulgar, el malparido aquel de treinta años— rompía ese relato de superioridad. El espejo se había estrellado contra el suelo.

—Pero ¿qué te da ese delincuente que no pueda darte yo? —

soltó, sin poder disimular el desprecio en la voz.

La palabra delincuente sacó a Pedro del séptimo cielo donde se encontraba tan solo hacía unos instantes. Él, que hasta entonces se había mantenido al margen, apartó la sábana sin prisas y se levantó de la cama con la calma de alguien que ha perdido toda su paciencia.

—¿Cómo me has llamado, imbécil? —soltó con un hilo de voz.

Se plantó frente a Manuel, desnudo, con los puños a medio cerrar y una mirada que helaba la sangre. Su cuerpo fibroso, cubierto de sudor, vibraba por la tensión. Quien hasta entonces había sido su cliente dio un paso atrás, instintivamente, con la cabeza mirando hacia un lado, como si buscara una salida.

—No tienes ni puta idea de quién soy —añadió Pedro, clavándole los ojos como si pudiera atravesarlo—. Pero yo sí sé quién eres tú: un pobre pringado con dinero y sin cojones.

Lluïsa hizo un gesto con la intención de pararlos, pero no fue necesario. Manuel, ya sin rastro alguno de dignidad, retrocedió otros dos pasos. El tono burlón de Pedro, su presencia agresiva y desenvuelta, lo habían hecho pedazos. Abrió la boca, pero no dijo nada. Dio media vuelta con una furia ahogada y la puerta se cerró con un golpe seco que resonó por todo el piso.

Pedro se quedó de pie junto a la cama, mirando la puerta un segundo más, con las aletas de la nariz todavía temblando.

—Está claro que ya no voy a cobrar, tú… —soltó con una media sonrisa cargada de adrenalina, pero sin ningún rastro de estar bromeando de verdad.

Lluïsa lo miró. Su cuerpo, todavía desnudo, la mandíbula tensa, la mirada encendida. Había una violencia contenida, un abismo en el que se mezclaban demasiados sentimientos. Era el mismo deseo que habían dejado a medias, pero ahora tenía un cariz más oscuro, más rabioso.

Pedro volvió a la cama y, entonces, fue él quien tomó el control y acabó de rematar el trabajo que había empezado Lluïsa. El placer les hizo olvidar que cuando un contrincante abandona, no se le puede

humillar.

VIII

Josep había salido de casa en el más absoluto silencio y había dejado a sus habitantes ocasionales durmiendo. No eran ni las seis de la mañana y era noche cerrada. A esas horas, el paseo de Gracia, escaparate de los edificios más destacados de la arquitectura modernista de la ciudad, era una avenida extraordinariamente desierta con una ausencia casi total de ruido. Aún no se habían levantado las personas sintecho que dormían como podían sobre pilas de cartones y ropa en las entradas de las tiendas de lujo, sabedoras de que todavía nadie las molestaría. Aunque Barcelona había dejado atrás el confinamiento más severo, las calles todavía no se habían llenado y a los turistas, criminalizados años atrás, ahora se les esperaba como al santo advenimiento. Por si fuera poco, el Comité Científico Asesor de Salud apostaba por seguir aplicando más restricciones y, en el peor de los escenarios, no descartaba un nuevo confinamiento, aunque fuera de corta duración. Nada de aquello era un buen augurio.

Las idas y venidas a pie, de casa al despacho y del despacho a casa, formaban parte, para Josep, de una cotidianidad esencial que le permitía disfrutar de un espacio personal y de un tiempo libre que cada vez era más valioso por su escasez. Los paseos, junto con el rato del desayuno en la cafetería de su amigo Sergi, eran los momentos más agradables del día. Caminar se había convertido en una técnica terapéutica que lo invitaba a desconectar del móvil, pensar y meditar.

Aquel día, sin embargo, pocas vueltas daría a sus ideas y a sus proyectos. Tenía una sonrisa permanente en los labios que ni el intento de compra del yate ni los embrollos de su abuelo, que parecían no tener freno, podían borrar. No lograba sacarse de la cabeza a Carmen y sus constantes explosiones de admiración. Gracias a su tío la había conocido y, gracias a él también, conviviría con ella durante una temporada ¡en su casa! Sin saberlo (o quizá sí, porque con Carles nunca se sabía), le había hecho un gran regalo. Estaba recreándose en el recuerdo de la chica cogiendo el albornoz, cuando se dio cuenta de que se había pasado de largo y tuvo que retroceder un montón de metros.

Tenía el despacho en el número doce del mismo paseo de Gracia. Era un edificio modernista propiedad de Carles que, pese al disgusto de su abuelo porque no se había incluido en el paquete de inmuebles de la herencia de su mujer, Josep se había encargado de convertirlo en un centro de *coworking* para que empresas y particulares pudieran trabajar cómodamente, recibir clientes, realizar cursos o presentaciones o, simplemente, domiciliarse. Los tiempos y las formas de trabajar estaban cambiando y, en eso, el covid estaba teniendo un papel de catalizador. Las empresas estaban vendiendo parte o incluso la totalidad de sus sedes sociales, y muchas personas teletrabajaban bastantes días, cuando no todos. En ese contexto, un servicio de despachos equipados para albergar hasta cuatro puestos de trabajo, salas de reuniones, salas de videoconferencias e, incluso, el alquiler de salas y despachos por horas, era un nicho de mercado del que podían sacar provecho.

Josep era el administrador de la sociedad de Carles y, como tal, se había encargado de la gestión de la reforma del edificio que, al estar catalogado, no había sido fácil. A fin de que la sociedad de la familia Torras pudiera disfrutar de una importante bonificación fiscal, Josep alquiló, en régimen de exclusividad, un despacho de grandes dimensiones con vistas al patio interior de manzana, tan típico de la zona del Eixample. Aunque tuvo muchas dudas, ahora no podía estar más satisfecho de haber tomado la decisión de compartirlo con

su abuelo, porque si no, no hubiera podido atarlo en corto.

En el vestíbulo de la entrada ya se encontraba el personal del centro atendiendo al teléfono en distintos idiomas. Las diferencias horarias con el mercado estadounidense, y sobre todo con el asiático, a aquellas primeras horas de la mañana, requerían de la organización de turnos rotatorios las veinticuatro horas, trescientos sesenta y cinco días al año. Y este era el principal quebradero de cabeza en la gestión de los recursos humanos a los que tenía que hacer frente Josep, ya que el personal no duraba mucho debido a las condiciones horarias y a los continuos cambios de turno de trabajo.

En cuanto entró, vio que Marga le hacía señas desde detrás del mostrador para que se acercara.

—Anoche llegó este burofax para su abuelo. Ambos ya se habían ido, así que me pareció prudente no molestarles —añadió, con la intención de justificar que no les hubiera avisado en el momento en que llegó—, pero no sé si he hecho bien.

—Gracias, Marga. No te apures. Ya me ocupo yo.

Vio que el remitente era la empresa que vendía el yate y que el burofax internacional se enviaba desde una de las sedes que tenía la empresa BURGESS en Mónaco, y eso lo puso en tensión, y mucho. No tardó demasiado tiempo en darse cuenta de que su contenido alteraría el orden de los acontecimientos que habían pactado, que iba a romper el esquema de la estrategia que debía seguir la familia. En ese momento agradeció que la cita con su padre y sus tíos fuera dos horas antes de la convenida con su abuelo. Esto le permitía un respiro.

—¿Va todo bien, señor Miralles? —preguntó Marga al ver que el chico se había quedado plantado frente a las escaleras.

Esas palabras lo sacaron del sobresalto causado por el burofax. Se limitó a sonreír a la chica y subió las escaleras con energía para salir del campo de visión del personal de la recepción.

Se vislumbraba que sería un día gris. Por eso, en cuanto estuvo en el despacho, encendió todas las luces para disipar la oscuridad que preveía que estaba a punto de cernirse sobre él.

Por segunda vez, volvió a dar gracias por que su abuelo fuera de la generación analógica y que el burofax internacional de la empresa fuera postal y de entrega por mensajero y, en cambio, no fuera electrónico. En ese último caso, no habría tenido capacidad de reacción.

Sin quitarse la americana ni sentarse en la silla, leyó con plena atención el burofax. Efectivamente, las ganas que tenía la empresa de venderle el yate y las facilidades que le daban a su abuelo —todo ello con un plazo que expiraba en quince días— hacían saltar por los aires el plan de choque que había ideado y convertía en papel mojado el correo electrónico que la entidad bancaria había enviado. Ahora sí que se dejó caer en la silla, abrumado, mientras se le escapaba un indescifrable sonido onomatopéyico.

De inmediato llamó a su padre y le hizo saber que las cosas se habían complicado, que después ya le explicaría de qué iba todo, y que ahora era necesario que avisara a sus hermanos para que vinieran una hora antes de la fijada. A pesar de los intentos de Enric para que le avanzara información, porque no soportaba las sorpresas, no hubo manera de hacerlo hablar.

Le invadió una insólita inquietud e hizo lo que solía hacer cuando las cosas no funcionaban: sumergirse en el trabajo. Era la única forma que tenía de aquietar la mente y no perder los nervios. Así, pues, cogió un libro de derecho que tenía en la estantería trasera y emprendió la tarea de averiguar cómo se podían revocar los administradores de las sociedades anónimas y qué mayorías se precisaban. No tenía tiempo. De hecho, era la sociedad patrimonial la que se había quedado sin tiempo si quería seguir siendo viable y, por ahora, quitarle los poderes a su abuelo era la única salida que veía plausible.

Estaba tan inmerso en su estudio que no se dio cuenta de que tenía a su padre de pie delante de él. De naturaleza sufridora, la llamada de su hijo lo había intranquilizado. Tampoco había ayudado la reacción de sus hermanos, sobre todo la de Jordi, a quien el imprevisto había hecho aflorar su carácter irascible y, cómo no, la

impaciencia que siempre lo había caracterizado, aunque últimamente estaba más alterado de lo habitual. La respuesta de Glòria, burlona y arrogante, tampoco había contribuido a tranquilizarlo.

—Pero, hijo, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha hecho ahora mi padre?

—Vuestro padre —quiso obviar su parentesco como si la cosa no fuera con él— quiere pagar el yate con dinero de la cuenta que la sociedad patrimonial tiene en Suiza, y que vuestra madre os dejó en herencia. Literalmente, es posible que la esté vaciando, pero yo no tengo acceso. Además, las dificultades que me consta que ha tenido para justificar el origen del fondo le habrán hecho cambiar de estrategia y proponer que la compraventa se lleve a cabo en Ginebra.

—Pero ¿cómo puede ser, si el dinero de esta cuenta es de mis hermanos y mío? Hace ya muchos años que hicimos la aceptación de la herencia. Si incluso la llevamos en mano en un viaje a Suiza, por cierto, el último viaje que hemos hecho todos juntos como familia. No lo entiendo. No entiendo nada.

—Te lo explico, papá. Él es el administrador y, como la cuenta va a nombre de la sociedad y no a nombre de los tres hermanos —hizo una pausa para tomar aire—, tiene plenos poderes para disponer de ella.

—La cuenta era de mamá. Y ahora me dices que no va a nuestro nombre. Tengo que serte franco, en todo esto hay algo que se me escapa.

Josep cogió por el hombro a su padre con la voluntad de transmitirle la calma que necesitaba y soltó un largo suspiro, como si quisiera cargarse de toda la paciencia posible, consciente de que después necesitaría mucha más.

—Padre, hace unos tres años hicimos un proceso de regularización fiscal del dinero de esta cuenta y, por tanto, legalizamos su situación con Hacienda. En ese momento se aprovechó para capitalizar la sociedad mediante la aportación de ese dinero como aportación societaria. ¿Lo recuerdas?

Enric estaba abrumado. ¿Qué iba a saber él, si era historiador?

Había cedido las cuestiones fiscales a su hijo, en el que tenía plena confianza, no solo como profesional, sino por su honestidad. Si el propio Carles, que él consideraba un amargado y desconfiado por naturaleza, lo había elegido como gestor de su inmenso patrimonio, ¿qué queja o qué inconveniente podía encontrarle el resto de la familia? Ninguno, más allá de la crítica fácil que algunos parecían llevar incorporada de serie.

—Ahora que lo dices, eso me suena. Por tanto, y hasta ahí llego, está acabando con la poca liquidez que le queda a la sociedad patrimonial. Si las cosas se ponen muy feas, deberemos vender o malvender patrimonio, a no ser que Carles…

El tono de llamada del teléfono fijo que había en la mesa de Manuel lo sacó de la reflexión que estaba haciendo en voz alta. Josep se apresuró a contestar:

—¿Es usted, señor Miralles? Soy su gestor, el señor Hardegger, de Credit Suisse.

La identificación de su interlocutor pilló a Josep por sorpresa. Los acontecimientos sucedían a demasiada velocidad e iban un paso por delante de lo que iba su mente. Quería obviar la llamada con todas sus fuerzas, pero enseguida vio la oportunidad que tenía para enderezar las cosas y ganar tiempo.

—¿Me oye bien, señor Miralles?

—¡Perfectamente!

Las horas de convivencia pasadas con su abuelo en el despacho le permitían imitar su tono de voz e incluso sus cadencias armónicas cuando concluía una frase. Ambos tenían una voz masculina grave y profunda, y no sería la primera vez que los confundían por teléfono.

—En primer lugar, quería preguntarle si la empresa vendedora se aviene a realizar la transacción en Ginebra, en nuestra sede.

—Precisamente, acabo de recibir un burofax suyo en el que me comunican que no hay ningún problema en que se cierre la compraventa en Suiza. Pero quieren que se haga en no más de quince días.

En ese momento fue consciente de que jugaba fuerte, puesto

que acababa de dar una información que podría acelerar la operación por parte del banco suizo. Pero no encontró otra mejor forma de saber cómo pretendía su abuelo reunir los cinco millones de euros que le faltaban. No se detuvo ahí, porque cayó en que él no tenía ningún acceso a esa cuenta de la sociedad patrimonial, dado que no era administrador ni apoderado.

—A fecha de hoy, ¿cuánto dinero líquido hay en la cuenta? Con las desinversiones hechas no sé en qué punto estamos.

—¿Desinversiones?

—No me haga caso, que yo tengo ya una edad y, a veces, no sé qué me digo. Así, pues, ¿cómo quedamos usted y yo?

—No se apure. Para eso estamos. Al final, quedamos en que hasta que la empresa que le vende el barco no le dijera nada, no haríamos ningún movimiento. Pero me preocupa que solo le hayan dado quince días de margen. Hay que vender paquetes importantes de fondos de inversión y, a fecha de hoy, dada la volatilidad de los mercados financieros, la mayor parte de las carteras de valores están en números rojos. Y por ahora en la cuenta le quedan poco más de…, a ver, espere un momento que se lo digo con exactitud. —Se hizo una pausa, la primera que tuvo Josep desde que había interceptado la llamada a su abuelo—. Dos millones trescientos cincuenta mil cuatrocientos setenta y siete euros para ser exactos.

—Me está diciendo que si vendemos ahora perderemos mucho dinero.

—Exactamente. La renta variable es la predominante en sus inversiones y ya sabe que tiene sus riesgos.

—Claro. Es posible vender…

Hizo una pausa, esta vez necesaria porque había estado a punto de hacer un planteamiento más propio de él, de un economista. Así que volvió a ponerse en la piel de su abuelo.

—Perdone, es que ha entrado alguien en el despacho. Quería decir si es posible vender limitando el riesgo.

Josep tenía pleno conocimiento de lo que era adoptar órdenes de *stop* dinámicas, vitales para limitar el riesgo de la inversión en renta

variable. Aunque desconocía de qué porcentaje estaban hablando en relación con la renta fija.

—Por supuesto. Lo que yo iba a plantearle es dar órdenes de venta *stop*.

—No acabo de entenderlo —dijo, jugando el rol de su abuelo con todo detalle.

—Podemos fijar órdenes de *stop* que actúen si la acción baja por debajo de unos umbrales que consideramos inapropiados para su venta. Pero me temo que, con la fragilidad actual de los mercados financieros, que aún no llegan a contemplar el final de la pandemia a nivel global, no vamos a conseguir vender sin pérdidas en el breve plazo de tiempo que tenemos.

—Pruébelo. Y ya veremos. Siempre estaremos a tiempo de rectificar.

Acababa de dar un paso adelante en la dirección correcta, que no era otra que la de ganar tiempo. Miró a su padre y este asintió.

—Hijo, has hecho lo que has podido, pero creo que no será suficiente. Tu abuelo es muy terco y no te lo pondrá fácil.

—Seguramente tienes razón, pero por ahora se trata de crear un estado de opinión favorable a su destitución como administrador único. ¡Vamos paso a paso! Y tú, en esto, debes ayudarme ante los tíos. Por algo eres el hermano mayor. ¡Tienes que hacer valer tu autoridad!

Un ruido de fondo los alertó de la presencia de Jordi y Glòria. No podía decirse que fueran muy discretos precisamente. Josep tenía el corazón en un puño y el estómago encogido, pero no quería dejar traslucir nada de lo que sentía. Hay depredadores que sienten el pánico de sus presas, y sus tíos eran de esa especie.

—No nos habíamos visto desde la salida del primer confinamiento y ahora, en pocos días, ya van dos veces. A ver si al final nos acostumbraremos y pasaremos a ser una familia normal —dijo Glòria con un tono burlón.

Jordi la miró de reojo con el ceño fruncido y los labios prietos, mientras Enric se estiraba el cuello de la camisa con un dedo, como

si se ahogara. Josep era consciente de que le tocaba hablar:

—La razón por la que estamos hoy aquí es que el abuelo, vuestro padre, pretende coger dinero de la cuenta que la sociedad tiene en Suiza y destinarlo a un fin privativo, como es la compra del yate. Y debemos pararlo de inmediato. Si no, la sociedad se va al garete.

—Pero tienes…

—Sí, las tengo.

No dejó acabar de hablar a su tía y les dejó, sobre la mesa de reuniones del despacho, el burofax que acababa de llegar. También les mostró el correo electrónico que la entidad bancaria había enviado y que era el meollo del asunto, la razón incuestionable que apuntaba en una única dirección: el intento de sustracción de dinero de la cuenta societaria para un uso personal.

Glòria, que seguía de pie, cogió los dos documentos, mientras que sus hermanos decidieron sentarse, previendo una reunión larga y complicada. Josep esperó a que su tía acabara la lectura y le pasara los documentos a Jordi para que pudiera hacer lo mismo. No quería precipitarse y quería cargarse de razones antes de proponer el cese de su abuelo como administrador único de la sociedad patrimonial. Sabía que eso eran palabras mayores, pero también que hacerlo era inevitable si querían salvar el patrimonio de la abuela, el patrimonio de Eulàlia Torras.

—Así, pues, ¿lo incapacitamos judicialmente o no? —preguntó Jordi mientras levantaba la cabeza de los papeles y los dejaba en el centro de la mesa.

—Jordi, no tenemos tiempo. Seguramente es lo que deberíamos hacer o, mejor dicho, deberíamos haber hecho hace mucho tiempo, pero ahora llegamos tarde. Gracias al burofax de la empresa que vende el yate, esta mañana mi hijo se ha enterado de que, ante la imposibilidad de traer el dinero a Barcelona, nuestro padre se aviene a realizar la compraventa en Ginebra en un plazo máximo de quince días. Y lo más importante: también ha tenido conocimiento, por una llamada telefónica del gestor suizo de la cuenta, que está dispuesto a cursar órdenes de desinversión en carteras de valores, a fin de

reunir el dinero que le falta para la compra del barco, incluso aunque eso suponga perder sumas importantes de dinero, porque, tal como están ahora los mercados, es lo que seguramente ocurrirá.

—Ya sabéis que yo no entiendo mucho de estas cosas, pero ¿estáis diciendo que papá ha cogido nuestro dinero, quiero decir, el dinero que mi madre nos dejó, para comprarse un yate?

—Sí, Glòria —respondió lisa y llanamente su hermano mayor.

Se hundió en la silla como si quisiera que esta la engullera. Todavía le costaba aceptar que el padre que ella siempre había venerado quisiera robarles lo que por derecho de nacimiento les correspondía.

—Entiendo que os cueste aceptarlo porque para vosotros es vuestro padre, pero no olvidéis que para mí es mi abuelo. Os hago esta reflexión porque quiero deciros que lo que ahora os voy a proponer es la única solución viable a corto plazo para detener la venta y, también, para acabar con un comportamiento de desviación de fondos que hace demasiado tiempo que dura. Pero esta ya será la segunda parte.

Lo que acababa de decir permitió a su pequeño auditorio enfocar la mente en la estrategia que seguirían y liberarlos de un sentimiento de culpa que, por mucho que lo negaran, en el fondo sentían, aunque unos más que otros. Se hizo el silencio.

—De entrada, quiero deciros que este comportamiento de utilizar los activos societarios para usos privados es una causa de manual de derecho que posibilita el cese de los administradores de las sociedades anónimas, de conformidad con el Texto Refundido de la Ley de Sociedades de Capital. Como también lo sería la de invocar su condición de administrador para influir indebidamente en la realización de operaciones privadas.

Antes de proseguir, quiso mirarlos a los ojos para asegurarse de que lo seguían y no los había perdido nada más empezar. Pero lo único que pudo comprobar es que estaban todos impávidos. Eso sí, aparte de las dudas iniciales de Glòria, ya no vio ni una brizna de compasión en ninguno de ellos. Le asombraba encontrar un camino

tan allanado, pero lo cierto era que el dinero era muy valioso para todos ellos, incluido su propio padre. Ninguno de ellos quería renunciar al ritmo de vida al que Eulàlia los había acostumbrado desde pequeños.

—Bien, tal y como os decía, es lógico que los motivos que acabo de exponer sean causas de cese recogidas en la normativa, porque de un administrador lo que se espera es la diligencia, y eso comprende tanto la subordinación de su interés particular al interés de la empresa, como la buena dirección y el control de la sociedad. Un administrador también tiene el deber de evitar situaciones de conflicto de intereses, y es obvio que ese deber tampoco se ha cumplido.

Era tanta la autoridad que Josep tenía sobre ellos que Jordi, arrebatado por naturaleza, levantó el brazo para pedir la palabra en lugar de interrumpirlo.

—Pero si el abuelo ha ido desviando dinero de la sociedad hacia cuentas privadas suyas, ¿por qué el auditor de cuentas no se ha dado cuenta? ¿Y cómo es posible que no nos haya informado en ninguna de las juntas generales ordinarias que celebramos cada año?

—Jordi, buena pregunta. La respuesta formaría parte de la segunda parte de esta película, pero aquí todavía no tengo pruebas. Por eso no os he dicho nada. Pensadlo: yo tengo acceso a las cuentas que el abuelo me ha permitido, pero no soy el administrador. Por tanto, me es muy difícil probar documentalmente lo que ahora os diré. El auditor, Pau, es muy amigo del abuelo y propietario de la empresa MIRATOR, S. A. Bien, pues, tengo la intuición de que se trata de una empresa de facturas falsas y, por una llamada reciente que Pau hizo a vuestro padre, me pareció que le estaban haciendo una inspección de Hacienda. Si lo que me huelo es verdad, esa inspección puede ser la estocada final a nuestra sociedad.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Jordi, mientras Glòria se cogía la cabeza entre las manos—. Y ahora, con este panorama, no

podemos arriesgarnos a contratar a un administrador de fuera. Josep, tendrás que asumir tú el cargo.

—Yo ya soy administrador único de la sociedad de Carles.

—Pues ahora lo serás también de la nuestra. Qué quieres hacer, si no. Tú y mi hija os jugáis mucho si las cosas se tuercen. Así que te tocará a ti limpiar este lodazal.

—Vale, vale. Sea como fuere, en un par de horas vendrá vuestro padre y todos debemos tener muy claro lo que le diremos. Bien, más que qué diremos, qué haremos si no se aviene a presentar su renuncia como administrador único… Entiendo que, por deferencia hacia él, aunque con vosotros no haya tenido mucha, debemos darle una salida honrosa.

—¿Y si no se aviene a presentar la renuncia? —quiso aclarar su padre.

—Pues si mañana o pasado mañana no nos presenta la renuncia, esta misma semana deberemos convocar una Junta General Extraordinaria y cesarlo. Es necesario que el gestor de Credit Suisse tenga lo antes posible los documentos de la revocación y del nombramiento del nuevo administrador para poder parar la operación. Si esperamos demasiados días, llegaremos tarde y mal, y todos estos esfuerzos no nos habrán servido de nada.

—¿Pero para convocar una junta no se requería mucha antelación? —preguntó Glòria, asqueada de esas juntas porque cada año debía ajustar sus vacaciones a Saint Vincent a la fecha de convocatoria de la maldita junta que, por cuestiones de agenda, se movía en un abanico de dos meses arriba, dos meses abajo.

—Tía, tienes toda la razón. Pero lo que haríamos ahora es convocar una Junta General Extraordinaria, y esto es posible si todos vosotros estáis de acuerdo.

—¿En qué sentido debemos estar de acuerdo? —preguntó Jordi.

—Quiero decir que la junta, debido a su carácter extraordinario, quedaría válidamente constituida para tratar la revocación del cargo de administrador único, sin necesidad de previa convocatoria ni orden del día, siempre que esté presente o representada la totalidad

del capital social y los concurrentes acepten por unanimidad la celebración de la reunión.

Josep fue siguiendo con la mirada, una por una, las caras de todos los presentes, que no hacían más que asentir.

—Si no llegáramos a tiempo, es decir, si papá no quisiera renunciar, tú, que pasarías a ser administrador de las dos sociedades patrimoniales de la familia, ¿no podrías plantear una fusión de nuestra sociedad con la de Carles? Al fin y al cabo, nuestros apellidos son Miralles Torras —apuntó Jordi, cuyos ojos llevaban tiempo haciendo chiribitas al pensar en el patrimonio de su tío.

—Posible es, tío, pero eso debería salir de Carles, ¿no crees? Hablemos claro: es su dinero. Yo no le he dicho nada de todo esto. Sería injusto hacerlo por nuestra parte porque él siempre ha querido gestionar el patrimonio familiar con mucha diligencia y rigor.

—Pues hablemos claro: es un tacaño —quiso puntualizar Jordi—. Pero si no tiene hijos, no sé para qué quiere tanto dinero. Es capaz de dárselo a una asociación benéfica y dejarnos a todos con el culo al aire.

—No vas descaminado con lo que estás diciendo —dijo Enric.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a su hermano, con voz de preocupación.

—Sabes que Carles tiene, bueno, tenía, dos cuadros de Claude Monet…

—¿Ya no los tiene? ¿Los ha vendido?

—No. Los ha donado al Museo de Arte de la Abadía de Montserrat.

—No me jodas, Enric. La madre que me…

—Vale, vale —dijo Josep—. Quizá tengáis razón en todo lo que estáis diciendo, pero está en todo su derecho a hacer lo que más le convenga con su patrimonio. Y, las cosas como son, podéis tacharlo de tacaño, pero él en estos momentos no solo conserva el patrimonio de los Torras, sino que lo ha incrementado. ¡Ojalá el patrimonio de los Miralles hubiera funcionado igual!

Llegados a este punto, y tomada la decisión por asentimiento, no

querían poner a Manuel en guardia y, por tanto, no les interesaba que a su llegada los encontrara a todos en el despacho. De hecho, la excusa del encuentro era la organización de la fiesta de celebración de su setenta y cuatro cumpleaños, de modo que se fueron a desayunar a un restaurante que estaba a escasos metros del despacho, para así hacer tiempo hasta la hora en que llegara su padre. Todos tenían muy claro que, si Manuel hubiera sabido o, mejor dicho, llegado a intuir de qué se trataba el encuentro, se les habría adelantado y no hubiera comparecido. Aún quedaban algunos flecos y estar en torno a una mesa era la mejor manera de cerrarlos. De todas formas, dos horas daban para mucho y llegó un momento en el que, con todo acordado, ya no tenían más que decirse, y un silencio pesado y asfixiante los envolvió. Habrían querido acabar con aquel asunto lo antes posible, pero conocían a su padre y, precisamente por eso, sabían que no se lo pondría nada fácil.

Haciendo bueno el dicho de que de tal palo, tal astilla, Manuel llegó más de media hora tarde, como solía hacer su hija. El primero que lo vio fue Josep. Los tres hermanos se levantaron de la mesa de inmediato y se le acercaron con ademán serio. Sus expresiones contrastaban con la cara sonriente de su padre que, al fin y al cabo, venía porque sus hijos parecían tener mucho interés en organizarle una fiesta de cumpleaños *comme il faut*, como le gustaba decir. Nunca hubiera esperado que un gesto tan amoroso viniera de ellos. Quizá eran mejores chavales de lo que creía. Había tenido varios encontronazos con Enric y Jordi, no solo en relación con cómo gestionaba la empresa familiar, sino también con cómo había tratado a Eulàlia, sobre todo en los últimos tiempos de su enfermedad, cuando tuvo que lidiar con un marido más ausente que nunca.

En cambio, con Glòria nunca había tenido ningún problema; al contrario, se entendían mejor que bien. De hecho, le atribuía a ella el mérito de haber convencido a sus hermanos para organizarle una fiesta. Siempre había sido la niña de sus ojos, su nenita y la única aliada de la familia. Esto lo había llevado a corromperla con regalos y prebendas para conseguir un favor que cada vez le resultaba más

difícil mantener. Estaba convencido de que se había aliado con Lluïsa, con quien, de hecho, no se llevaban muchos años, para prepararle una fiesta que pasaría a la historia. Aunque, ahora que la había pillado con Pedro, no sabía hacia dónde iría la relación, suponiendo que aún hubiera alguna.

—Yo no puedo con esto, de verdad —bufó Jordi, apoyado contra la pared del ascensor, con la camisa pegada al cuerpo por el sudor, golpeando nerviosamente con los dedos el asa del maletín—. Que nos tome por imbéciles es una cosa, pero que meta mano en la caja, eso ya es otro cantar.

—Jordi, por favor —intervino Glòria, con la voz quebrada—. Espera al menos a llegar al despacho, no lo hagamos así.

—No, Glòria, basta. Esto ha terminado. —Su tono era cortante, descontrolado, y los ojos le brillaban de una forma que incomodaba —. Si no lo decimos ahora, nunca lo diremos. Papá, ¿qué cojones pretendes? ¿Comprarte un yate? ¿Con dinero de la sociedad? ¿Con el dinero que también es nuestro?

Manuel palideció. Miró a su hijo como si no acabara de reconocerlo.

—Estáis exagerando. ¿Qué estáis diciendo? ¿Un yate? ¿De qué habláis?

—No es solo el barco. —La voz de Enric sonó pausada, pero firme—. También las facturas de MIRATOR. Nos llegan importes que no cuadran. Ni servicios prestados, ni detalle, ni nada. Yo no digo que sea seguro, pero si son falsas, estamos en peligro. Legal y económico.

—¿De qué vas, Enric? —murmuró Manuel, ahora visiblemente nervioso—. ¿Insinúas que yo estoy falseando las cuentas?

—Yo solo digo que las cosas deben revisarse. Y que esto va mucho más allá de una decisión impulsiva.

Miró de reojo a Jordi, que empezaba a pasearse por el pequeño espacio como una fiera enjaulada.

—Nos has fallado, papá —dijo Glòria, finalmente—. Nos fallaste cuando mamá estaba enferma. Desapareciste. Y ahora… esto. No

puedo justificarte más. Y me duele, porque sé que no eres solo esto. Pero no podemos hacer como si no pasara nada.

Manuel dio un paso atrás, buscando apoyo en la pared del ascensor. Llevaba una carpeta en la mano, llena de documentos, que le resbalaba entre los dedos como si pesara diez kilos más.

—Ah, claro, ya lo entiendo —escupió, mirando fijamente a Josep, el sobrino, que hasta ahora no había dicho nada—. Esto ha sido idea tuya, ¿verdad? Tú los has envenenado. Tú has movido los hilos para que me echen.

—Manuel, por favor —intentó calmarlo Josep, levantando las manos—. Yo solo he intentado ayudarles a poner las cosas sobre la mesa. Pero esto… Esto es asunto vuestro.

—No tenéis vergüenza —gruñó Manuel, volviéndose de nuevo hacia sus hijos—. Vuestro padre… ¡Soy vuestro padre!

—Eres nuestro padre, sí —dijo Enric con serenidad—. Y precisamente por eso te hablamos. Pero ya no podemos confiar en ti como administrador.

—O renuncias —soltó Jordi, golpeando el botón de parada del ascensor con la palma—, o te echaremos nosotros. Lo tengo clarísimo.

En ese momento, la carpeta que Manuel llevaba en sus manos se convirtió en una carcasa rígida y pesada que se resquebrajaba por momentos, permitiendo que los papeles que había dentro se escurrieran y fueran a parar al suelo del ascensor, dejándolo tapizado. Todos bajaron la cabeza a la vez y centraron la mirada, de forma orquestada, en su contenido, como si fueran las pruebas que les permitirían resolver el callejón sin salida. No tuvieron el valor de mirarse a la cara.

IX

Maite aún trabajaba cuando Carmen entró en la casa después de las clases. Estaba eufórica porque acababa de alcanzar la nota más alta que hasta entonces había obtenido en la universidad e, instintivamente, miró a su alrededor buscando a Josep. Cuando se dio cuenta de que no era a Josep a quien debería buscar, sino a Carles, se puso roja. Al fin y al cabo, ¿qué hacía en casa del chico, sino cuidar de su tío? Se iba dando cuenta de que aquel muchacho que acababa de conocer tenía la habilidad de desviarla y distraerla de su propósito. Su entrada en escena significaba un inesperado cambio de guion que la obligaba a realizar continuos ajustes para no salirse del plan original que había trazado.

—Maite, ¿qué haces aquí todavía? ¡Vete a casa y descansa! —dijo Carmen, consciente de su avanzada edad.

Nunca había entendido que alguien tan mayor tuviera aún tanta vitalidad y, sobre todo, tanta devoción por Carles. Otra persona, y más con el carácter de Maite, ya lo habría enviado a paseo hacía tiempo. Carles tenía muchas virtudes, pero de ninguna manera se podría decir que era una persona de trato fácil. Estaba muy acostumbrado a que todo funcionara tal y como él lo mandaba, tenía poca paciencia e imponía su criterio porque estaba seguro de que siempre llevaba la razón (aunque esto resultara un tanto exasperante, la realidad es que rara vez se equivocaba).

—Por cierto, Maite, me fui muy deprisa del piso de Carles y creo que me dejé un sobre con los resultados de la prueba de ADN que

me he hecho.

La cara que ponía Maite, a quien lo del ADN le sonaba a chino, obligó a la muchacha a hacerle algunas aclaraciones.

—Digo prueba, pero no se trata de una prueba médica. Cómo te lo explicaría… Es una prueba para saber el grado de parentesco que tienes con otras personas y también conocer tu linaje. Si tienes antepasados griegos, ibéricos, irlandeses, árabes, o vete tú a saber qué.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Maite, a quien le intrigó el tema del grado de parentesco.

—Te dan unos bastoncillos y te sacas una muestra de saliva de la boca, que luego envían a analizar.

—¡Caray, qué cosa tan moderna! ¿Y por qué lo has hecho? No me digas que ahora dudas de que tus padres sean tus padres —comentó con tono burlón Maite, que estaba convencida de que ese no era el motivo.

—A veces sí que lo dudo. Pero sobre todo de quien dudo más es de mi hermano. Es tan diferente a mí, incluso a nuestros padres. Ha escogido una vía rápida y muy peligrosa que le acabará pasando factura, y me da miedo que arrastre a mi familia. Siempre ha tenido una relación tensa con mi padre y, aunque eso no sirve de excusa, creo que sí ha tenido que ver. Con mamá nunca ha tenido ningún problema; bueno, de hecho, quizá ha sido demasiado blanda con él. O no, no lo sé. El caso es que me cuesta imaginar que, viniendo del mismo sitio, pueda ser tan diferente a mí y le podamos importar tan poco.

Maite la escuchaba embobada. Era la primera vez que mantenían una conversación que iba más allá de las cuestiones de logística y los cuidados de Carles. Carmen nunca habría imaginado que le acabaría haciendo confesiones sobre su frágil universo familiar, pero tras verla más a menudo se había dado cuenta de que la aspereza que mostraba era solo una coraza que se ponía cuando le convenía. Poco a poco, la chica la había ido conquistando.

—Es curioso lo que dices. En todas las familias hay una oveja

negra. Bueno, en algunas hay más de una. De todas formas, una cosa es tu hermano y otra eres tú. Seguro que tus padres están muy orgullosos de su hija y lo que haga o deje de hacer tu hermano no resta valor a lo que estás haciendo.

—Ya, quizá tengas razón, Maite. Pero ¿no te ha pasado nunca que has tenido el presentimiento de no pertenecer a un sitio?

—¡Sí, por supuesto! Cuando murió Eulàlia, la hermana del señor Torras —titubeó al decirlo—, y me quedé con su marido, tuve esa sensación de la que me hablas. Y no solo eso, sino que me infundió un fuerte sentimiento de extrañeza y vacío. Por eso volví a trabajar para Carles. Vi claro que si pertenecía a algún sitio era a la familia Torras, con quienes había pasado toda la vida. Es donde me he sentido bien tratada, amada y parte de la familia. Yo, en cambio —quiso hacer una pausa dramática—, no sé si he sabido estar a la altura de la confianza que han depositado en mí.

Esto último se le escapó y se maldijo enseguida. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué, de repente, no era capaz de tener la boca cerrada?

—¡Cómo puedes decir eso! Nunca he visto a una persona tan entregada, tan dispuesta a ayudar. Maite, ¡pero si ya deberías haberte marchado y todavía estás aquí trabajando!

Maite, sin embargo, tenía una visión muy diferente. A sus ojos, los había traicionado. Con la mejor de las intenciones, sí, pero no dejaba de ser una traición. Aquel secreto cada vez la ahogaba más y no sabía cuánto más tiempo podría esconderlo sin asfixiarse. Mientras pensaba en todo eso, metió las manos en los bolsillos de la bata. Acababa de recordar que había guardado ahí la carta, pero, sorprendida, se dio cuenta de que no estaba. No quiso decirle nada a la chica hasta que la localizara. La breve conversación que había mantenido la había trastornado. Era como si el universo la estuviera empujando a enfrentarse a un pasado que había sido enterrado y que ahora parecía abrirse paso para convertirse en futuro. ¿Pero qué sentido tenía removerlo?

—¿Carmen?

—Señor Torras, ¿cómo se encuentra hoy?

—Mientras me encuentre como ayer y anteayer, vamos bien. A mejor no puedo ir y, de hecho, solo puedo ir a peor, así que he optado por quedarme como estoy. Niña, la vejez es muy puta… Perdona que sea tan poco políticamente correcto, ya me vas conociendo.

—¿Sabe qué? —preguntó Carmen sin dejarle tiempo a responder —. ¡He sacado un nueve en bioquímica! Es la nota más alta que he sacado hasta ahora.

—¡Esto hay que celebrarlo con un buen vino! Ya te lo dije, serás una excelente médica. Talento no te falta.

—Carles, ya sabes que con la medicación que tomas por la noche no puedes beber vino —puntualizó Maite, consciente de que iba a estropear el buen clima que se acababa de crear.

—Maite, va, venga. ¡No seas aguafiestas! Solo me mojaré los labios. Créeme. No te atreverás a negarle a un pobre hombre en la recta final de la vida un pequeño festejo, ¿verdad? No todo puede ser penitencia; de vez en cuando un poco de *carpe diem* también va bien. Ya sabes lo que dicen, ¿no? Sensatez, pero también pasión. Pues eso. Pero esperemos a Josep y cenemos con él, ¿qué os parece?

—Josep me ha dicho que no cenaría en casa, que se quedaría en el despacho trabajando hasta tarde y que no lo esperásemos — respondió Maite, que había puesto los ojos en blanco durante el discurso de enaltecimiento del hedonismo que acababa de largarles Carles. Cuando se ponía así, no había nada que hacer.

—Pues hablaré con él mañana. No le habrán ido bien las cosas con su santificada familia. Bueno, pues, cenaremos tú y yo —dijo mirando a Carmen—, y también Maite, claro. Quédate a cenar con nosotros. ¡Así será más festivo!

—Carles, cuando salgo tarde, ya sabes que después me da mucha pereza volver a casa.

—Maite, venga, si vives a cien metros de aquí. ¡Te estás haciendo mayor! —le dijo, riendo.

—De acueeerdo. Me quedo a cenar. ¡Qué pesado eres cuando te

lo propones!

Maite nunca le había sabido negar nada a Carles. Lo conocía desde que era una niña y entró a trabajar para su familia. Entonces el señor Torras era un adolescente. Convivieron y crecieron juntos y, por eso, a ratos actuaban más como amigos que como amo y criada. Aunque veía a Maite y a Carmen como la noche y el día, ambas tenían algo en común: le inspiraban confianza. Para alguien como él, que no se fiaba ni de su propia sombra, eso significaba mucho.

Carmen asistía divertida y curiosa a la conversación que ambos habían iniciado. La fascinaba ver el cariño y la confianza mutua que se tenían, y quería aprovechar la cena para indagar más. Al día siguiente tenía fiesta. Por tanto, era el día idóneo para hacerlo.

—Voy a buscar la cena y pongo la mesa. Sentaos y descansad, que ya me ocupo yo de todo.

—Ese no es tu trabajo, reina —dijo Maite.

—Pues hoy lo es —respondió Carmen con aplomo.

—Mira esta, Carles, ¡qué confianzas! —dijo mientras le daba una palmada cariñosa en la cabeza—. Le das la mano y enseguida te coge el brazo.

—Escoge el vino que te haga más gracia de la vinoteca de la cocina —le pidió Carles.

—¡Pero si yo no tengo ni idea de vinos!

—Tranquila, no puedes equivocarte. Todos son muy buenos. Mi sobrino tiene un excelente paladar. Él se lo pierde, por no estar.

Para Carmen, y también para el resto de los presentes, esa cena fue un bálsamo. «La vieja guardia», como se bautizaron los dos veteranos de la mesa, explicó un montón de batallitas de cuando eran jóvenes que ni sabían que recordaban. Maite y Carles habían compartido muchos momentos, pero era tanto el dolor acumulado, que los buenos recuerdos y los instantes más divertidos habían quedado enterrados en el desván de sus cabezas. Ambos habían vivido aquejados por el dolor de la pérdida a una edad muy temprana, y esto, de alguna manera, había teñido de gris su existencia. Por eso, en momentos raros como aquel, en los que

podían apartar ese velo gris, parecían otros.

—¡Para, para, Carles, que me duelen las costillas de tanto reír! —suplicó Maite, que había llegado a un punto en el que ya no podía parar.

En eso tampoco le ayudaba nada Carmen, que se había dejado llevar por la risa fácil y, sobre todo, contagiosa, de Maite. En cambio, Carles, que había perdido el hábito de reír, dejó que fueran sus ojos los que expresaran sus emociones, así que pronto tuvo que recurrir a un pañuelo para detener las lágrimas incontenibles que amenazaban con desbordarse por sus mejillas.

—Creo que he bebido demasiado. ¡Y eso que no bebo nunca! —exclamó la más joven de la mesa, cuando se percató de la niebla mental causada por el alcohol.

Carles la miró y, por un instante, le pareció que volvía a pertenecer a un mundo familiar con sentido. Los efluvios excitantes del alcohol habían logrado que la chica se quitara el corsé que llevaba desde el día que había llegado a su casa. Eran muy pocos los afortunados a quienes permitía actuar de forma tan desinhibida ante él, pero, curiosamente, si lo hacía Carmen no le molestaba, al contrario, lo enternecía. Había un no sé qué en aquella chica que lo trasladaba a un lugar donde había sido feliz.

—¿Llegarás a la cama o tendrá que acompañarte Maite? —le preguntó con tono socarrón.

—Puedo ir sola, pero antes tengo que ayudarle a usted. —Mientras terminaba la frase, se le escapó un hipo.

—Hoy ya me ayudará Maite. ¡A ver si al final seré yo quien tendrá que acabar ayudándote!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —no dejaba de repetir la muchacha.

—Niña, va, venga, ve, que ya me ocupo yo de todo. Un día es un día. Mira que subís flojos los jóvenes de hoy en día…

Maite se levantó de la mesa y le señaló con el dedo el pasillo. Carmen, obediente, sin decir nada y con la cabeza gacha, se dirigió hacia su habitación. Una vez dentro, se dejó caer sobre la cama,

vestida y sin fuerzas para cambiarse y meterse dentro.

Cayó en un duermevela no muy profundo y una retahíla de sueños sin mucho sentido se apoderó de su mente embriagada por los elixires de Baco. En la madrugada, el frío la desveló. Se despertó confusa y sin saber dónde estaba, aunque enseguida se ubicó. No eran ni las dos de la madrugada. La casa estaba silenciosa y no había ninguna luz encendida. Se levantó y se asomó por la puerta entreabierta de la habitación de Carles. Su respiración pausada y rítmica la hizo retroceder de inmediato. Podía quedarse tranquila. Pero la curiosidad (o quizá el vino que todavía recorría su sangre) la empujó a abrir, con todo el cuidado del mundo, la puerta de la habitación de Josep. La visión de una cama sin deshacer le avisó de que, en contra de lo que Maite le había dicho, no tenía ninguna intención de pasar por casa aquella noche. Carmen pensó que seguro que era un ligón y que no le faltarían casas de conquistas donde pasar la noche.

Aunque se encontraba cansada y con la cabeza embotada, la magnífica piscina de la terraza empezaba a llamarla por su nombre. Carles dormía plácidamente, Maite ya se había marchado a su casa y, a aquellas horas de la madrugada de un sábado, Josep ya no vendría. Por tanto, ¿qué mejor momento para nadar y aprovechar aquel lujo que hasta hacía poco ni siquiera conocía?

Dejó la ropa en la habitación y, envuelta con una toalla, se dirigió a la terraza. Tuvo cuidado de cerrar la puerta corredera detrás de sí para que la casa no se enfriara. Esa misma tarde había oído comentar a Maite que Josep aún tenía que explicarles cómo funcionaba la calefacción, porque, a aquellas alturas del año, el aire frío empezaba a colarse en la vivienda.

El bajón de las temperaturas se había intensificado desde la última vez, así que dejó caer la toalla y se sumergió sin perder tiempo en el agua caliente. Captó un detalle que el primer día le había pasado por alto: la presencia de unos chorros de agua a presión. Se situó enfrente, los redirigió hacia la espalda y cerró los ojos. Ajustó la posición de su cuerpo para que solo la cabeza le

quedara fuera del agua. La sensación de placer se intensificó y la relajación empezó a sustituir la excitación que el alcohol le había provocado. Las luces del interior de la piscina no hacían sino realzar la desnudez de su cuerpo joven.

Aquella noche le daba pereza nadar y, con los ojos cerrados, se imaginó que estaba en un *jacuzzi*, una pequeña piscina de agua caliente destinada a su uso exclusivo. Ya era noche cerrada cuando entró en el agua y, como la luna era nueva, no tenía ningún elemento orientativo que le sirviera para tomar conciencia del paso del tiempo. Incluso le pareció sumirse en una especie de ensueño que, de no ser por las ráfagas de viento, cada vez más fuertes, habría acabado en un sueño tan profundo como le hubiera permitido esa posición.

Un ruido proveniente del interior de la casa rasgó el silencio y Carmen se puso en alerta. Se sintió invadida por el miedo a que el intruso que, con tanto empeño, había querido entrar en la casa de Carles ahora conociera la nueva ubicación. Desconocía cuál era su propósito, pero estaba claro que si entraba con tanto sigilo no podía esperarse nada bueno. Se removió con desazón y levantó la mirada en dirección a la puerta del comedor. No podía creérselo: alguien corría a esconderse detrás de las cortinas.

Esta vez Carmen no dudó y salió corriendo de la piscina, con el tiempo justo para envolverse de cualquier manera con la toalla. Qué parte de la valentía provenía del compromiso de proteger a Carles y cuál del empuje que le había dado el alcohol ingerido, nunca lo sabremos. Su rapidez pilló por sorpresa al intruso, que había empezado a retroceder en dirección a la puerta de salida de la vivienda. Pero de repente no pudo avanzar más… Una mano fuerte, que le sujetaba el brazo como si se lo quisiera romper, se lo impedía. Carmen lo había atrapado.

—Carmen, perdona. Yo… no era mi intención. No soy un pervertido. Al entrar te he visto en la piscina, pero como no quería molestarte, cuando he visto que salías corriendo, instintivamente me he escondido detrás de las cortinas. ¡Por nada del mundo pretendía

asustarte! No quería que pensaras lo que no es y aún he quedado peor.

Aquella voz cogió por sorpresa a la muchacha. Y la estupefacción se hizo aún mayor cuando la toalla empezó a deslizarse a cámara lenta, recorriendo la superficie del cuerpo de Carmen, como si tuviera todo el tiempo del mundo, hasta hacer un aterrizaje implacable ante la mirada atónita de los dos.

—¿Josep?

—¿Sí?

En otro contexto, la primera reacción del muchacho habría sido encender las luces de la sala de estar. Pero no quería asustar más a Carmen. Todo ello era tan incómodo que se quedaron plantados, uno frente al otro, sin decirse nada.

—Josep, no tienes que disculparte de nada. Al fin y al cabo, estás en tu casa, y ¿quién con dos dedos de frente se mete a estas horas en la piscina? Por cierto, ¿qué hora es?

El chico cogió el móvil y no pudo evitar que iluminara el cuerpo desnudo de Carmen.

—Pasadas las tres.

—La virgen. Se me ha ido la pinza. Perdona, Josep. He bebido demasiado durante la cena y… bueno. No hace falta que te cuente nada, que ya lo hará mañana tu tío.

Ambos empezaban a la vez a recuperarse del susto que acababan de pasar y, como si lo hubieran ensayado antes, se agacharon al mismo tiempo para recoger la toalla. Pero como dice la Ley de Murphy —si algo puede ir mal, irá mal—, su reacción solo empeoró aquella situación tan extraña, y, lejos de conseguir el objetivo, acabaron sentados en el suelo, uno frente al otro.

—Pero ¿qué estamos haciendo? —preguntó Carmen, no se sabe si a él o a sí misma.

—Que conste que yo no quiero incomodarte más de lo que ya lo he hecho —dijo Josep, levantando las manos.

Mientras hablaba, ahora sí, se apresuró a recoger la toalla y envolver el cuerpo de Carmen con el mismo cuidado con que

envolvería un regalo frágil. Pero la toalla no era lo bastante grande, y las piernas largas y bien proporcionadas de la chica, rebeldes, quedaron al descubierto, tal como había estado antes su cuerpo voluptuoso. La atracción de Josep empezaba a desbocarse, y cada vez era más difícil controlarla. Decidió arriesgarse, de la forma más delicada y amorosa de que era capaz y, sobre todo, poniendo la atención al más mínimo síntoma de desacuerdo o inconformidad por parte de Carmen. Era consciente de que él era sobrino de su jefe, que estaban en su casa y que ella había bebido.

También es cierto —pensaba él— que si Carmen hubiera querido irse, ya lo habría hecho. ¿Pero qué sabía él de lo que es capaz de hacer nadie en una situación así? ¿Qué sabía él de según qué silencios? Le cogió los pies con las manos y empezó a masajearlos. Se detuvo y observó cómo ella, inmóvil, lo miraba sin decirle nada. Así que se armó de valor y siguió acariciándolos mientras sus manos iniciaban un lento viaje incierto, poco a poco, hacia arriba. Pero se detuvo en seco cuando notó las manos de ella frenándolo. No había sido un gesto brusco, de desagrado, pero el mensaje le llegó de forma incontestable. Por primera vez en mucho tiempo, Josep se sintió inseguro en una situación como aquella. El gesto de Carmen aumentó la vulnerabilidad a la que su iniciativa lo había abocado. Cogió las manos de la chica y la ayudó a levantarse, procurando que la toalla no volviera a desprenderse.

—¿Quieres una taza de leche caliente? Te ayudará a dormir.

Fue lo único que se le ocurrió decir. Ya no pensaba en otra cosa que en sacarla de aquel lugar incómodo al que, sin querer, la había llevado. Lo había interpretado todo mal y no sabía cómo solucionarlo sin meter la pata otra vez.

Carmen estaba sumida en una maraña de sentimientos. Aquel chico le gustaba. Mucho. Y el deseo se había hecho patente. Pero cada vez que tenía que enfrentarse al sexo, una alarma interna saltaba, un muro invisible que le recordaba que aquel día, aquel día que aún

no había podido verbalizar del todo, alguien le había quitado por la fuerza lo que solo ella debía decidir. Desde entonces no había podido volver a hacerlo. Y tenía claro que solo podría intentarlo de nuevo si era ella quien tomaba la iniciativa. Si era ella quien decidía, quien escogía a la persona, el momento y el cómo. Y esto no todos los hombres estaban dispuestos a aceptarlo. Pero había olvidado una variable en esta ecuación: el deseo al rojo vivo, desesperante, que se despierta y es capaz de arrasar con todo, sin atender a razones. Notaba un calor dentro de sí que doblegaba su pensamiento racional, que embestía las barreras que había levantado y que le resultaba tan nuevo, y a la vez tan placentero y tan aterrador, que no sabía qué hacer con él.

—Sí.

—¿Sí a qué? —preguntó Josep, que no quería arriesgarse a que surgiera otro malentendido.

—A la taza de leche caliente. ¿A qué crees que decía que sí? —respondió ella, con una sonrisa picara.

Una vez en la cocina y con la taza en las manos, Carmen quiso sincerarse con el chico. No quería darle una explicación, porque no le debía ninguna, pero sí unas palabras para reconducir la tensión.

—Lo que ha pasado antes…

—No tienes que explicarme nada. En serio. No hace falta —la interrumpió Josep. Hizo un gesto como si quisiera decir algo más, pero se lo tragó. Ella también, atrapada en una mezcla de sensaciones que no acababa de interpretar. Finalmente, se dieron las buenas noches y cada uno desapareció detrás de la puerta de su habitación.

Una vez en la cama, Carmen se quedó quieta, con los ojos abiertos. La imagen de él acariciándole las piernas, el momento en que le había detenido la mano, todo le volvía como un eco sordo y constante. No sabía si había hecho bien. Si debía haber parado antes. Si el silencio que había mantenido no fue una especie de aceptación. O si, simplemente, no era capaz todavía de actuar con claridad frente a esas situaciones. El deseo estaba clarísimo, pero

también la duda, el peso de una experiencia antigua que la mantenía en guardia, como si todo tuviera que volverse en su contra de un momento a otro.

Al otro lado del pasillo, Josep aún estaba más confuso. La toalla, el masaje, el silencio de ella. ¿Lo había entendido todo mal? Ahora le parecía evidente. Ella no había dicho nada, no se había quejado, pero tampoco había dado muestras del menor entusiasmo. Y él, como un idiota, creyendo que había química, que ella se sentía atraída, que quería lo mismo. Se le caía la cara de vergüenza solo de pensarlo. Había dejado que el deseo se impusiera a la prudencia. Quizá se había aprovechado de una situación que él mismo, en el fondo, sabía desigual. Que ella había bebido. Que estaba en su casa. Que él era el sobrino de su jefe. Lo peor era que no había pensado en nada de eso antes. Ahora le parecía obvio. Demasiado tarde.

Carmen se giró sobre la cama. Una y otra vez. Sentía el corazón palpitándole fuerte. El eco de sus propias palabras, de las palabras que no había dicho, le taladraba la cabeza. No le había contado nada. No había podido. Y tampoco era necesario. Pero había una parte de ella que se sentía frustrada, vencida antes de empezar. Tenía ganas de él. No solo deseo físico, sino una necesidad de dejarse ir con alguien que nacía de su propia voluntad. Por primera vez, después de mucho tiempo, había querido avanzar. Y justo en el momento en que estaba a punto, había frenado. ¿Y si no volvía a poder? ¿Y si ese deseo solo era un espejismo? ¿Y si se convertía en otra renuncia?

Se sentó en la cama. Respiró profundamente. Ya no quería huir de lo que sentía. Había pasado media vida escondiéndose del miedo. Esa noche no. Se puso el pijama con prisas —el de los conejitos, sí, aquel que ya parecía formar parte del ritual de seguridad nocturna— y cruzó el pasillo. No llamó. Abrió la puerta con cautela.

Josep estaba tumbado, leyendo, pero no parecía muy concentrado. Cuando la vio, abrió mucho los ojos, como si no se lo creyera. Se incorporó, pero no dijo nada. Ella tampoco. Cerró la puerta detrás de sí, caminó hasta la cama y se quitó el pijama. No le

temblaban las manos. No dudaba. Se metió dentro de la cama, todavía sin tocarlo.

—No quiero que digas nada —dijo ella, sin mirarlo—. Solo déjame hacer.

Él asintió, casi imperceptiblemente. Se quedó quieto, respirando con prudencia, mientras Carmen se volvía hacia él y empezaba a acariciarle el cuello, la mandíbula, el pecho. Sus labios encontraron los suyos, y el beso fue intenso, largo, profundo. Había deseo, sí, pero también una afirmación. Un «esto es mío, no van a quitármelo».

Josep no se atrevió a tomar la iniciativa. Lo único que hacía era seguirla, ofrecerse, dejarse llevar. Porque entendía que, esta vez, el movimiento importante no era el suyo. Y aunque le latía el corazón con fuerza, no era por miedo, ni por incertidumbre. Era porque ella lo desbordaba. Le fascinaba. Cuando terminaron, se quedaron en silencio. La habitación respiraba una calma densa, como si el mundo se hubiera detenido.

Carmen se quedó de lado, de espaldas a él, con el cuerpo desnudo sobre las sábanas. Josep la observó, pero no la tocó. Temía romper algo. Temía que eso fuera solo cosa de una noche. O no. No lo sabía. Y no se atrevía a preguntarlo.

Carmen tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Se lo preguntaba todo. «¿Querrá verme mañana? ¿Se habrá arrepentido? ¿Debería quedarme a dormir o volver a mi cama?». Pero el cuerpo le decía que allí, junto a él, estaba bien.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, en voz baja.

—Solo si tú quieres —contestó él, después de unos segundos.

Silencio. Un silencio que no era incómodo. Era incierto. Frágil. Pero extrañamente acogedor. Y esa noche, ninguno de los dos se movió más.

Al día siguiente, unas voces provenientes de la cocina les hicieron levantarse de un salto. Sentados en la cama, pudieron comprobar que la puerta que por la noche habían dejado un poco abierta estaba cerrada. Había alguien en la casa que estaba al corriente de

lo que había sucedido entre ellos dos.

X

Aunque la habitación de Josep y la suya solo estaban separadas por un par de metros, Carmen quiso asegurarse, antes de salir, de que no había ningún peligro a la vista. Notó que una mano la retenía y no pudo evitar que se le escapara la risa.

—Te dejo ir si me prometes que volverás pronto.

—Te lo prometo —respondió la chica con decisión, mientras la mano de Josep la soltaba. Pero antes se dio la vuelta y le dio un beso.

Cuando abandonó la habitación, la voz en su cabeza, que había permanecido en silencio durante bastantes horas, se soltó. «¿Qué estaba haciendo? Madre mía, aquello se le estaba yendo de las manos. Besarse a escondidas con Josep en su casa y con su tío abuelo por allí… Quizá a él solo le interesaba por la situación, el morbo de hacer algo prohibido. Al fin y al cabo, por mejor persona que pareciera, ¿quién le aseguraba que no era solo un chico rico que había decidido entretenerse un rato, pero que se cansaría pronto? Las cosas en el mundo real no funcionaban así, aquello no era una comedia romántica. Pero ¿y si sí? Basta, Carmen, no fastidies».

Otras voces, provenientes de la cocina, se intensificaron, y el ruido de las cazuelas y los platos las acompañaban como una orquesta que acompaña al coro. Mientras se acercaba, Carmen empezó a distinguir una voz que le resultaba familiar… y, de repente, lo entendió todo. Los canelones, esa sopa tan deliciosa, los táperes en la encimera… ¡La famosa cocinera solo podía ser su madre! «Lo

que me faltaba», pensó. No tenía ganas, pero no tenía más remedio que hacer una entrada triunfal en la cocina. De nada servía evitarlo o posponerlo, así que se acicaló tan rápido como pudo y se plantó delante de los fogones.

—¿Mamá?

—¿Mamá? —dijeron al unísono Carles y Maite, que desayunaban tranquilamente en la isla de la cocina.

Francisca, que se encontraba de espaldas haciendo unas tortillas a la francesa, no la escuchó. El ruido de la campana extractora no ayudaba demasiado. Para atraer su atención, Carmen levantó la voz y le puso la mano sobre la espalda, ante la mirada expectante del resto de los presentes, que no entendían nada de lo que estaba pasando.

—¡Madre!

El impacto que tuvo Francisca cuando vio a su hija en aquella casa hizo que se le cayera el plato que acababa de sacar del armario para servir la primera tortilla. La pobre mujer tuvo un susto mayúsculo.

—¡Carmen! ¿Qué haces aquí?

—Madre, trabajo para el señor Carles. Él es la persona a la que cuido.

—¿Cómo dices? ¿Es hermano del señor Manuel?

—Señora, Manuel es solo mi cuñado —quiso aclarar Carles, intentando no parecer demasiado impertinente, pero sin acabar de conseguirlo.

Solo faltaba que lo emparentaran con quien consideraba un bobo y un sinvergüenza que había menospreciado y maltratado a su hermana, una Torras de los pies a la cabeza.

—Pero ¿cómo puede ser, hija? No entiendo nada. Yo empecé a trabajar para el señor Manuel y también para su hijo, Enric, y desde hace poco también cocino para su nieto, el señor Josep. Al señor Carles no lo conocía y hoy me lo han querido presentar. ¿Es el hombre al que cuidas? Ostras, nunca habría atado cabos.

A Francisca se le había terminado la cuerda, se había agobiado

demasiado con todo aquel asunto y había llegado al punto en que solo le preocupaba recoger los pedazos del plato roto. La entrada de Josep en la cocina sirvió para desviar la atención de la escena que Carles y Maite habían estado contemplando como si estuvieran en el cine.

—¿Has dormido bien? —preguntó Carles con socarronería.

—Sí, tío. He dormido mejor que en mucho tiempo.

—¿Pero a qué hora llegaste ayer?

—Hacia las tres de la madrugada. Tuvimos una reunión familiar bastante complicada que después ya te contaré. Pero creo, bueno, por lo menos eso quiero pensar, que hemos salvado los muebles.

—¿Solo los muebles? —quiso aclarar Carles, preocupado por la realidad que escondía la metáfora que había utilizado su sobrino.

Hacía mucho tiempo que la conducta torpe de su cuñado le preocupaba. Aunque a Manuel se le llenara la boca al hablar del «patrimonio de los Miralles», él sabía que, en realidad, lo que estaba en juego era el «patrimonio de los Torras» que su hermana había heredado y administrado diligentemente hasta su prematura muerte. Consideraba, por tanto, que aquello era más asunto suyo de lo que muchos creían.

—¡Tranquilo, tío! Estoy seguro de que podré reconducir las finanzas de la familia. Luego te lo cuento —reiteró Josep.

—¡No seas pardillo! ¿Qué quieres reconducir, y perdona por la expresión, si tu abuelo es más corto que la cola de un conejo?

A Carles no le habían tranquilizado las palabras de Josep, no porque no confiara en él, sino porque sabía de sobra cómo era Manuel y no le inspiraba ni pizca de confianza. Antes habría revelado un secreto a un desconocido que a su cuñado.

—Tío, resulta que quieren nombrarme administrador de la sociedad patrimonial, sí o sí. Están todos de acuerdo. ¡Incluso, Glòria! —Precisó el chico.

Carmen, que tenía las mejillas encendidas, evitaba el contacto visual con Josep. Las horas previas se lo impedían. No se daba cuenta de que era precisamente esa falta de espontaneidad lo que

no hacía sino exponerla aún más y confirmar que entre ambos había pasado algo.

La cama vacía en la habitación de Carmen y la puerta entreabierta de la habitación de su sobrino le habían dejado bien claro a Carles que entre ambos se había encendido un fuego que ahora habría que mantener vivo, y en eso había decidido tomar parte. Josep era su sobrino preferido. Le recordaba mucho a Eulàlia, no solo por la fisonomía —en especial aquellos ojos almendrados de color verde—, sino también por su talante tranquilo y respetuoso, que invitaba a hablar con él. Por eso lo había nombrado administrador de su sociedad patrimonial, porque de él no tenía que sospechar ni ponerlo a prueba. Era el polo opuesto de su abuelo. En cuanto a Carmen, tenía claro que era la mejor compañera que podría encontrar: franca, trabajadora, inteligente y nada aburrida. Pero ya se sabe que el amor no se elige y que, por más que él jugara a hacer de celestina, eran los dos jóvenes quienes tenían que dar los pasos necesarios. Aunque un empujoncito no les haría ningún mal.

—¡Buenos días, Francisca! —dijo Josep, ajeno al descubrimiento del parentesco que acababa de revelarse—. ¿Qué desayuno nos ha preparado hoy?

—Josep, antes de que Francisca te haga el desayuno, debes saber que es la madre de Carmen.

—¿La madre?

—Sí, sí. Su mamá —remarcó Carles—. Ha sido una sorpresa para todos, empezando por ellas, que no tenían ni idea. Si es lo que yo digo, que el mundo es un pañuelo.

—¡Ostras! ¿Así que el nuevo chófer que contrataremos es tu padre? —dijo dirigiéndose por primera vez directamente a Carmen.

—Sí, por supuesto. ¡Es mi marido! Y su padre —quiso añadir con prontitud Francisca, a fin de evitar malentendidos.

—Pues ya estamos todos. Bien, casi todos; solo faltaría mi hermano —dijo con resignación Carmen, incomodada por la situación. Las voces no tardaron en aprovechar la ocasión: «Si creías

que era complicado mantener el interés de Josep, ahora que prácticamente la familia al completo rondará por aquí, ni te cuento… Pronto le molestarás».

—Desde luego, ¡qué casualidad! —respondió Josep, sin darse cuenta del malestar de Carmen—. Pues, Francisca, ya que estamos, aprovecho para pedirle permiso. Sé que hoy, sábado, es el día libre de su hija, pero quisiera llevarla a comprar adornos de Navidad para decorar la casa. Normalmente me los hacen en una floristería, pero este año no he pensado en encargarlos a tiempo y a estas alturas no creo que puedan. ¿Qué me dice? —Ahora que sabía que Francisca era la madre de Carmen, quería caerle bien, y le pareció que mostrar cierta deferencia lo ayudaría a ganársela. Sin embargo, no cayó en que sus mundos se regían por otros parámetros.

—¿Qué quiere que le diga? Si a Carmen le parece bien… —Francisca no entendía de dónde salía tanta formalidad ni por qué no se lo preguntaba directamente a su hija. Le pareció una actuación un tanto anticuada.

—Yo debería estudiar, la verdad. —Carmen estaba alucinando con que se la hubiera saltado para preguntarle directamente a su madre. No entendía a qué jugaba.

—Solo serán unas horas. Te prometo que mañana a primera hora te llevo a casa en coche. O, si quieres, incluso esta misma noche.

—Vale, vale —respondió Carmen, que tenía un lío de sentimientos importante.

Le resultaba difícil negarse. Le gustaba demasiado ese chico como para dejarlo correr, pero no podía arrinconar los estudios y temía que ya se estaba distrayendo demasiado. No abandonaría el sueño de ser médica por alguien a quien había conocido hacía cuatro días, por muy guapo, interesante y todo lo que le pareciera. Era más que consciente de que Josep podía equivocarse, hacer y deshacer, y que siempre tendría una almohada blanda donde dejarse caer. En cambio, si ella empezaba a suspender créditos, debería pagar una matrícula más cara, alargar más tiempo la carrera y, en definitiva, se lo pondría más difícil a sí misma. Cuando se diera un

tortazo, no habría una piscina con vistas al paseo de Gracia que la consolara, sino el comentario de «ya te dije que no te complicaras la vida» de su padre y el gotelé del piso en el barrio de la Marina.

—Te prometo que no te haré perder mucho tiempo —insistió Josep, temeroso de que la voluntad férrea que la chica había demostrado con los estudios la llevara a repensarse el asunto.

Le costaba mucho renunciar a pasar unas horas más con ella, sobre todo una noche más. Carmen tenía un no sé qué especial, pero no tenía ni idea de si ella querría repetir o no. No acababa de entender qué le había ocurrido la noche anterior para meterse de repente en su cama. La melena de color negro, las caderas moviéndose sobre él… Sin darse cuenta, se quedó mirándola, rememorando las horas previas.

Carmen hizo ver que no se daba cuenta y no encontró mejor manera de salir de aquella situación imprevista que dedicándose al trabajo que tenía encomendado, es decir, cuidar a Carles. Cuando vio que había terminado de desayunar, le retiró los platos y le ayudó a bajar del taburete alto, que era de lo más estético, pero también muy incómodo.

—No debería sentarse en estos taburetes. Son muy bonitos, pero poco fiables para alguien como usted, que tiene la movilidad reducida.

Josep corrió a ayudar a la chica al ver que no podía sostener el cuerpo muerto de su tío con la fuerza suficiente para estabilizarlo.

—Carmen tiene razón. A partir de ahora, las comidas serán en la mesa del comedor.

—Supongo que lo hacéis porque os preocupáis por mí, pero dejad que haga las cosas a mi manera, ¿vale? Soy viejo, lo sé de sobras, pero que necesite ayuda para levantarme de un taburete no quiere decir que necesite, encima, condescendencia —soltó Carles, con bastante mala baba—. Mientras se termina de recoger todo esto y antes de que os marchéis, vamos un momento a tu despacho y hablemos de una vez —le dijo a su sobrino.

Madre e hija aprovecharon el hecho de dejar de ser el centro de atención para acercarse.

—*Hija* —murmuró Francisca mientras le apretaba la mano.

Carmen no dijo nada, solo le sonrió. Su madre solía hablarle con una mezcla de catalán y castellano, pero para lo emotivo (o cuando perdía la paciencia) siempre recurría al castellano, a su lengua materna. Con su padre, en cambio, casi siempre hablaba en castellano. Cuando llegaron a Barcelona, ambos quisieron integrarse lo mejor posible y decidieron apuntarse a los cursos gratuitos de catalán que ofrecía el centro cívico del barrio de la Marina. Además, cuando Pedro y Carmen eran pequeños, habían instaurado «la noche del catalán»: una noche a la semana en la que se comprometían a conversar solo en catalán mientras cenaban. La verdad es que a su padre, que trabajaba como camarero, le vino la mar de bien. Incluso acabó chapurreando el inglés con los extranjeros que iban al restaurante donde trabajaba, gracias a la insistencia de su hija para que se inscribiera en un curso elemental. Nunca antes lo había visto sufrir tanto.

—Son muy buena gente, mamá. Tú y papá estaréis muy a gusto trabajando para ellos.

—Lo que es yo, conocer, conocer, solo conozco al señor Manuel y, la verdad, no lo veo muy buena persona precisamente. Lo he oído hablar muy mal de su difunta esposa. Y una persona que habla mal de los muertos no es de fiar.

—Mamá, ¿verdad que el otro día en casa me dijiste que él se llama Miralles de apellido?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Me suena ese apellido.

Carmen sí recordaba dónde lo había leído, pero quería ahorrarle las explicaciones. Al menos, hasta que conociera todos los intríngulis.

—Ahora vuelvo, madre.

—Ve, ve. No te quedes aquí por mí. Tienes otros quehaceres en esta casa.

Maite estaba trabajando, así que Carmen, antes de volver a recordarle si había encontrado o no la carta, probó suerte actualizando la carpeta de entrada del correo electrónico. Ni rastro de las pruebas de ADN. Al parecer solo se las habían enviado en papel. Al salir de la habitación, vio a Maite haciendo la cama de Carles mientras ventilaba la habitación y dejaba que se colara el tímido pero cálido sol de otoño. La luz de la casa de Josep, un ático abierto a los cuatro vientos, nada tenía que ver con la escasa luz del entresuelo donde vivía Carles, que solo se veía compensada por la terraza que daba al patio interior de la manzana.

—Maite, ¿has encontrado la carta de la que te hablé?

—¡Por supuesto que la he encontrado! El lunes te la traigo. Ahora la tengo tendida con el resto de la colada.

—¿Tendida?

—Sí, niña. Lo siento, pero se me quedó en el bolsillo de la bata de cuadros azul y lo he lavado todo. Esto me pasa por no mirar bien los bolsillos antes de poner a lavar la ropa. ¡Lo siento! —volvió a decir Maite, con un punto de aflicción en la voz.

—No te preocupes, Maite. Gracias de todos modos. Y si no se puede leer bien, ya le escribiré de nuevo a la empresa para que me lo vuelvan a enviar todo. Es que me suena mucho el apellido de…

—No tienes por qué preocuparte, que tu madre, ya te lo digo yo, es tu madre. Salvo por los ojos, que imagino que son de tu padre, ¡eres calcada a ella!

Maite no la dejó terminar y, con aquella interrupción, consiguió desviar la atención de la muchacha que, cuando vio salir a Josep del despacho, se olvidó por completo de los apellidos y las pruebas de ADN.

—Entonces, Carmen, ¿te va bien que vayamos ahora al Mercado de Santa Lucía a comprar los adornos de Navidad? Hace pocos días que han abierto y seguro que todavía habrá de todo —le dijo el chico, con una sonrisa rutilante.

No podía evitar que su rostro se iluminara cada vez que la veía, era algo que escapaba a su control.

—Pero Josep, ¿ya has desayunado? —preguntó Carmen, muy formalita, al ver que Maite se cruzaba con ellos.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Qué te parece si para ganar tiempo lo hacemos en alguna granja del Gótic? ¡Conozco una chocolatería que está muy bien!

—Vale —respondió enseguida la chica, con la idea de que lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias, era salir de la casa y envolverse en el ambiente de ciudad.

Una vez en el ascensor, Josep tomó su rostro con las manos y la besó. Carmen se separó, lo miró bien a los ojos y se lanzó de nuevo. Le rodeó el cuello con los brazos y se colgó, dejando que los dedos jugaran con los rizos del chico. Antes de llegar al vestíbulo, se recompusieron y volvieron a guardar las distancias. Por dentro, Carmen pensaba: «Pero ¿qué estoy haciendo, comportándome como una adolescente? ¿Qué me está pasando? Esto no puede ser, ahora resulta que soy la típica que se cuelga del ricachón para el que trabaja. Bueno, exactamente para él no trabajo, pero sí vivo en su casa. ¡Es que esto no hay por dónde cogerlo! Si no tuviera esos ojos color esmeralda y esos rizos, si fuera más seco, más altivo, más…». Las puertas del ascensor se abrieron, saludaron al portero de los fines de semana y se pusieron a caminar por el paseo de Gracia en dirección a la avenida Portal del Ángel, donde una muchedumbre hacía el mismo recorrido. Dos manzanas más abajo de la suya, Josep le cogió la mano y le dio otro beso. Ella se separó, le dijo que ya era suficiente, que las manos quietas, que a ver si los iba a ver alguien y que fueran a lo que iban. Josep quiso responder, asegurarle que le daba igual quién los viera, que qué problema había, pero se calló porque entendía que parecería el típico caprichoso que quiere engatusar a una chica que trabaja en su casa. ¿Y si Carmen lo veía así? No quería que pensara eso de él. Le gustaba de verdad, pero tampoco podía imponer lo que le apetecía

por encima de todo si no estaba seguro de que eso era lo que ella quería.

Al contrario que la víspera, el día era soleado y se sentía eufórico y lleno de vida, a pesar de que Carmen acabara de apartarle la mano. La sonrisa que le dedicó después le hizo recuperar rápidamente la alegría perdida. Aquella chica lo desconcertaba, lo dejaba fuera de juego. En el ascensor parecía que no quisiera apartarse y ahora se separaba… ¿Qué sentía realmente? ¿Qué quería? ¿Y él? ¿Él tenía claro qué esperaba de todo aquello? Sea como fuere, Carmen estaba radiante a su lado.

Cuando ya ponían un pie en la plaza de la catedral, donde los puestos de Santa Lucía se amontonaban, Carmen le preguntó si podían ir primero a desayunar. Josep la miró bien y se fijó en la palidez de su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, bueno… No. Llevo muchas horas sin comer y tengo hipoglucemia.

—¿Una bajada de azúcar? ¿Eres diabética?

—No, no. Son ocasionales y me pasa a veces, cuando hace mucho rato que no como nada. De hecho, tengo que hacérmelo mirar porque me baja la glucosa sin ser diabética. Pero lo cierto es que no tengo tiempo.

—¿Cómo que no tienes tiempo? ¿Pero tú no quieres ser médica? ¿No te han dicho que para la salud siempre debes tener tiempo? Es lo más valioso que tenemos. En nuestra casa, la abuela Eulàlia tenía hipoglucemia y Carles también, por eso siempre se toma tan en serio las horas de las comidas. Ya sabes cómo se pone cuando tiene que esperar.

—Por supuesto que lo sé, pero tiene una explicación, ¿eh? La irritabilidad es una reacción fisiológica de dicha patología.

—¿Cómo dices? No lo sabía. Si hasta será verdad que estudias medicina. Ya lo tendré en cuenta —dijo Josep, mientras la hacía entrar, casi empujándola, a una de las chocolaterías de la calle de Petritxol, no fuera a ser que la chica se desmayara.

—Tampoco estoy tan mal. Pero gracias —le respondió Carmen cuando ya estaban sentados. De manera instintiva, le acarició la mejilla, pero acto seguido apartó la mano, consciente de que había roto la barrera que ella misma había impuesto. Josep la miró, risueño.

—No muerdo, eh —le dijo levantando las manos como si fueran a dispararle.

Daba gusto ver la feria de Santa Lucía. Con aquel buen tiempo, no eran los únicos que habían tenido la idea de acercarse: estaba llena a rebosar. Una Carmen renovada se lanzó en busca del árbol natural perfecto. Josep estaba dándose cuenta de que, aunque le había asegurado que las fiestas de Navidad no le decían nada en especial y que en su casa nunca las habían celebrado mucho, podría llegar a ser una entusiasta. Se lo estaba pasando en grande, era como si brotase de su interior una alegría infantil que había salido a destiempo. Con el árbol elegido, las bolas de artesanía, las cintas y las luces led, solo le faltaban la corona de adviento, la cueva con las figuras del pesebre que colocaría debajo del árbol y los ramilletes de muérdago. Josep no le quitaba los ojos de encima, le encantaba verla charlar con los vendedores y apasionarse con detalles, pequeñeces, como si fueran lo más importante del mundo. Ella había decidido que sería una Navidad perfecta y no saldría de allí hasta que lo tuviera todo. Como no había ningún presupuesto fijado, la dejó comprar a sus anchas. Solo puso reparo cuando, en uno de los puestos, la chica hizo el gesto de sacar el monedero del bolso.

—No, Carmen. Pago yo. Es un encargo que te he hecho.

—Esto lo pago yo. Sé que algo ocurre con tu abuelo, no sé qué es ni es asunto mío, pero sé que lo resolverás de la mejor manera posible y, para que así sea, quiero darte suerte. Así que deja que te regale el muérdago.

Josep se acercó, y por un momento dudó si plantarle de una vez un beso en los labios, pero finalmente la abrazó, con un gesto de entrega total.

—Carmen, ¿dónde has estado hasta ahora? —dijo él, con un

gesto teatral, un estilo dramático que a Carmen le recordó al de Carles cuando estaba de buen humor.

—¡Estudiando! —exclamó al tiempo que estallaba a reír—. ¡No he hecho nada más!

La vuelta a casa no pudo hacerse de otra forma que con un taxi en el que, tras muchos problemas y discusiones con el taxista y con la promesa de una suculenta propina, lograron meter el árbol que habían comprado. Una vez dentro del coche, Josep se quitó una rama de muérdago del bolsillo y se la dio.

—También quiero que tengas suerte, mucha suerte con los exámenes y con todo lo que te propongas en la vida.

Esto último sonó más rígido de lo que hubiera querido y se arrepintió en el acto de haber abierto la boca.

—¡Qué formalidad de repente! —A Carmen se le escapó la risa—. Ahora resulta que me has copiado. ¿Pero cuándo lo has comprado, si siempre he estado contigo?

—Tengo mis recursos. ¡Y no pienso decírtelo!

—¡Venga, va, que me tienes intrigada!

—No puedo revelar mis métodos. Debo dejar que me rodee cierto misterio. Si no, te cansarás pronto de mí. —Era la primera vez desde hacía muchas horas que se permitía flirtear, le parecía que ahora Carmen estaba más receptiva.

—Quizá seas tú quien se cansará de mí. Te aviso de que soy muy, pero que muy aburrida.

«¿Pero por qué le estoy siguiendo tanto el juego? Ay, madre, que esto acabará mal».

—Lo dudo.

No se habían dado cuenta de que el taxista los observaba por el espejo retrovisor, enternecido por aquella manifestación de lo que habría jurado que era amor. El coche se había detenido en el destino solicitado, pero ninguno de los dos se había dado cuenta. El conductor no había dicho nada por no estropear el momento y esperaba paciente, con el contador parado. Cuando vieron que ya estaban delante de la casa de Josep, se removieron incómodos en

los asientos para quitarse los cinturones. Carmen notó que se ruborizaba y se apresuró a bajar del taxi mientras Josep pagaba.

La entrada en el piso no fue fácil, no solo por la cantidad de adornos comprados, sino también por la gestión de unas emociones que se habían salido de madre y que ahora, temporalmente, había que volver a encapsular.

—¡Mirad! ¡Ha llegado la Navidad! —dijo Carles a Francisca y a Maite, que estaban poniendo la mesa.

—¿Os habéis quedado con toda la feria o habéis dejado algo?

—No es para tanto, tío.

—¡Venga! No perdáis el tiempo y vamos a comer. Ya tendréis toda la tarde para arreglar la casa. Por cierto, Francisca, haz honor al guiso que nos has preparado y siéntate a la mesa con nosotros.

—Señor Torras. No, no, pero gracias. Recojo la cocina y me voy a casa.

—¿Me estás desobedeciendo? —dijo Carles, con la mejor cara de pocos amigos que tenía en su repertorio, sabedor de que la pobre mujer no se le resistiría.

—¡Ay, no me diga eso! Vale, vale, si se va a poner usted así…

—Maite, por favor, añade un servicio a la mesa.

Maite asintió con la cabeza mientras miraba a Carles y dibujaba una sonrisa traviesa.

El comienzo del almuerzo no fue fácil para Francisca, que se sentía completamente fuera de juego, desplazada en un mundo que quedaba muy lejos del suyo. Por eso Carmen quiso facilitarle las cosas haciendo alusión a las excelencias de su cocina. También tenía que vigilar y mantener un equilibrio no siempre fácil, pues más allá del grado de intimidad que acababa de empezar con Josep, en aquella casa era una trabajadora más, como lo eran su madre y Maite. Tan orgullosa quedó la mujer con las alabanzas gastronómicas que, en un arrebato de sinceridad, dijo:

—Si quieren, puedo venir el lunes a cocinar para ustedes.

—¿Los lunes no va a casa de mi abuelo? —preguntó extrañado Josep.

—Me ha dicho que no hace falta que vaya el próximo lunes porque estará de viaje en el extranjero.

—¿Se va de viaje?

—Sí —respondió lacónica Francisca, que empezaba a arrepentirse de su ofrecimiento.

—¿Te ha dicho dónde estaría? —Quiso precisar Carles que, con la información que por la mañana le había dado su sobrino, se imaginaba lo peor.

—A mí no me ha dicho nada, pero he oído… —no se atrevía a continuar porque hacerlo era una prueba fehaciente de que escuchaba las llamadas telefónicas— que hablaba por teléfono con no sé quién y le decía que se iba a Ginebra.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Carles con toda su rabia, ante una asustada Francisca que lamentaba no solo haber abierto la boca, sino también haber aceptado sentarse a la mesa.

Maite y Carmen, aunque no sabían por qué era tan grave aquel viaje a Ginebra, tenían cierta información sesgada e intuían que seguramente no sería bueno para las finanzas familiares. Josep, que había enmudecido y palidecido, clavó la mirada en la atribulada Francisca.

—¿Está segura de que oyó que el lunes se iba a Ginebra?

—Sí, señor.

Incapaz de seguir comiendo, se levantó de la mesa y se fue hacia el despacho. No oyó cómo Carles le decía si quería que le ayudara con algo. El señor Torras, si bien tenía un importante grado de discapacidad física, poseía una cabeza mucho más clara que la que le correspondería por su edad biológica. Era un lector voraz y esto le había mantenido la mente activa.

Carmen, si las circunstancias hubieran sido otras, habría corrido detrás de él. Pero tenía que mantener las apariencias y, por encima de todo, su profesionalidad en aquella casa. No pudo evitar que un velo de tristeza cayera sobre ella, ahogando el sentimiento de alegría de las últimas horas. Su desánimo no pasó desapercibido para nadie, tampoco para su madre.

—Hija, dentro de una hora, más o menos, me voy a casa. ¿Quieres venir conmigo?

Miró todo el montón de adornos que habían comprado y el árbol que había quedado extendido en la entrada.

—Pero, madre, ¿qué hago con esto? Les había prometido que ayudaría a adornar la casa para la Navidad. Aún se tropezará alguien con el árbol…

—Si quieres irte, vete —dijo Carles al ver la pose abatida de la chica—. Pero quizá Josep, en breve, haga las llamadas oportunas y te podrá echar una mano. No creo que pretenda que tengas que hacerlo tú sola.

—¿Te importa irte sola a casa, madre?

—¡Qué va! ¿Cómo iba yo a saber que hoy te encontraría aquí?

—¡También es verdad! —exclamó Carmen intentando neutralizar el sentimiento de culpabilidad que asomaba, sobre todo porque se trataba de su madre.

Josep había dejado la puerta entreabierta y a todos les quedó bien claro que había iniciado una nueva ronda de llamadas a su padre, tío y tía, por ese estricto orden, con el objetivo no solo de advertirles de la voluntad de Manuel de consumar la compraventa del yate ese mismo lunes en Ginebra, sino también el de buscar el apoyo necesario para adelantar a ese mismo domingo, es decir, al día siguiente, la convocatoria de la Junta General Extraordinaria. El orden del día solo tendría dos puntos: la revocación de su abuelo como administrador de la sociedad patrimonial y el nombramiento de Josep como nuevo administrador.

Como siempre, Glòria fue, de los tres, con quien más le costó contactar. Sin embargo, y tras su consiguiente y más que previsible enfado, accedió a regañadientes a estar presente. Luego le tocó preparar la convocatoria de la junta, motivando desde un punto de vista normativo el cese del cargo del actual administrador, así como el correspondiente nombramiento del nuevo. No quería dejar ningún cabo suelto. Y, como tampoco quería perder más tiempo del necesario, pensó que el despacho de casa sería el mejor sitio para

celebrar la sesión. Eso sí, no sin antes haber dejado a Carmen en la suya.

Era la primera vez que se acordaba de ella desde la hora del almuerzo. La noticia de que su abuelo, en lugar de renunciar al cargo de administrador, iba a su bola y pretendía consumar la compraventa del yate con dinero de la sociedad, había ocupado todos sus pensamientos. Había perdido la noción del tiempo y, al mirar el reloj y ver que ya eran las ocho de la tarde, salió pitando en busca de la chica.

Poco se imaginaba que se encontraría con una imagen del todo impensable apenas unos días atrás: Carles, sentado en la silla de ruedas y con el regazo lleno de bolas de Navidad, giraba alrededor del árbol colocándolas en la parte de abajo, mientras Carmen ponía las de las hileras de arriba.

—Estáis para que os haga una fotografía.

—¡Hazla! —Le retó Carles.

—¿Y Maite y Francisca?

—Ya se han ido hace rato. No han querido despedirse porque te han visto muy enfrascado.

Miró a su alrededor y, sorprendido, se encontró con una corona de adviento hecha con ramas de abeto colocada en el pórtico que separaba la sala de estar del comedor. Habían comprado tantas ramas que también las había dispuestas con gracia siguiendo la chimenea e incluso habían bastado para hacer un ramo que Carmen había puesto en un jarrón alto de cristal dentro del nicho arqueado. Poco faltaba para que aquello pareciera un bosque encantado.

—Aún hay que poner las luces led en el árbol. ¿Nos puedes ayudar? —suplicó Carmen.

—¡Por supuesto! Tenía que ayudarte a decorar la casa y he incumplido mi palabra.

—El trabajo es el trabajo.

—¿Qué es ese olor tan bueno?

—Las hojas de eucalipto que hemos comprado. Son básicas en una decoración de Navidad.

—Escuchad, chicos, antes de que os pongáis a terminar el árbol, yo quiero irme a la cama. Aprovecharé para leer un poco —interrumpió Carles, que veía que empezaba a sobrar.

—¿Pero no quiere comer nada antes? —le preguntó la chica, solícita.

—Por culpa de tu madre hoy no cenaré. He comido demasiado bien. Si me ayudas a ir a la cama, solo te pediré que me prepares una infusión. Ya sabes, la de siempre. Eso es todo.

Quería dar a su sobrino y a Carmen un espacio y un tiempo que les permitiera consolidar su incipiente relación. Temía que los problemas financieros de los Miralles también estropearan lo que ahora se había convertido en su pasatiempo preferido. La historia de su sobrino con Carmen le ponía de buen humor, le hacía sentir que aún podía tener incidencia en la vida de la gente. Se divertía preparándoles «pequeñas trampas», como las llamaba él, y luego se fijaba en las miraditas y las sonrisas delatoras, y se sentía orgulloso de sus planes. ¿Qué daño había en divertirse con la relación de ese par? A la larga, aquella táctica serviría para que los dos se dieran cuenta de que a Carles le era absolutamente igual que se gustaran y que, por muy mayor que fuera y les pareciera de otra época, nunca se opondría a una relación por cuestiones de clase. Bueno, de hecho quizá estaba haciendo todo aquello para dar continuidad a la historia que, hacía tantísimo tiempo, había tenido con su amada María. Sin quererlo, se reflejaba en ellos, se trasladaba a su juventud, al estallido del amor, uno tan dulce y tierno que nunca había logrado olvidar.

Josep aprovechó mientras la chica cuidaba de su tío para colocar las luces led y la cinta dorada que rodeaba y recorría el árbol de arriba abajo. Pensó en Carmen y en cómo no se le había pasado nada por alto. La decoración era digna de una revista. Todo era perfecto y se sentía relajado por el olor fresco y vibrante del eucalipto.

—¡Eh! ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado? —preguntó Carmen,

ansiosa, cuando regresó a la sala de estar.

—Ahora no quiero hablar de eso, pero no te lo tomes a mal. No es cuestión de confianza, pero mañana será un día muy, muy complicado y, además, estaré un par de días fuera y… Ahora solo quiero estar contigo.

No sabía si, debido a la tensión de todo aquel asunto o por el ajetreo de las llamadas, no había calculado bien las palabras y se le había acabado escapando aquella confesión reveladora.

—Te he dejado el muérdago en la mesa del despacho. Te traerá suerte, ya lo verás —dijo Carmen, fingiendo que no había oído la última parte de las palabras de Josep.

Él, con ademán cansado, sonrió tímidamente. Carmen empezaba a tener claro que era la piedra angular, el punto de intersección entre las dos familias, los Miralles y los Torras. Era la voz de la sensatez, y ese papel le empezaba a pesar más de lo que él mismo quería reconocer.

Después de mirarse un rato en silencio sin saber qué decirse, acordaron que necesitaban un plan relajante. Decidieron pedir unas *pizzas* y buscar una película entretenida. Se arrellanaron en el sofá, primero a una distancia prudencial y, al cabo de veinte minutos que se les hicieron eternos, uno cerca del otro y con las manos entrelazadas. No se dijeron gran cosa, no se besaron ni acariciaron, se limitaron a quedarse así, haciéndose compañía.

XI

Al día siguiente, cuando Carmen despertó, encontró a Josep en su cama. Sus brazos la envolvían dulcemente. A medianoche había entrado en su habitación y le había dicho al oído que le costaba conciliar el sueño. Se quedaron abrazados hasta que tuvieron que levantarse.

Josep, aunque era un hombre joven, ya estaba fogueado. Hacer negocios en nombre de los Torras, contrariamente a lo que podría parecer, lo había puesto en contacto con personas de moral relajada que, sin ningún tipo de escrúpulos, habían intentado una y otra vez apropiarse de un buen trozo de pastel de su patrimonio. Esta realidad le había hecho desarrollar un instinto especial, un olfato muy fino que le permitía oler a los depredadores a distancia. Ahora bien, no todo era mérito suyo. La educación recibida de sus padres y el contacto profesional constante con su tío abuelo le habían aportado una destreza en los negocios poco habitual en alguien de su edad, aunque también es cierto que pocos jóvenes como él tenían la ocasión de gestionar semejante fortuna.

Pese a esa fortaleza, la situación a la que ahora tenía que enfrentarse se le escapaba de las manos. Al fin y al cabo, la persona a la que debía enfrentarse y la que debía relevar en el cargo no era otra que su abuelo. Por más que viera la necesidad, la decisión que debía tomar rompía todos sus esquemas, le hacía sentir desleal y le provocaba un sufrimiento del que no se podía desembarazar tan fácilmente. Carmen, que había entrado de manera inesperada y

desde hacía tan poco en su vida, era el único bálsamo que aliviaba ese malestar y suavizaba el escozor de la herida.

—¡Buenos días, preciosa! —dijo el chico cuando vio que Carmen había abierto los ojos—. Escúchame bien y no digas nada hasta el final.

—¿Qué te ronda la cabeza? —respondió Carmen, bostezando.

—¡Chitón! —le dijo Josep, poniéndole el dedo índice sobre los labios—. Como viene el puente de la Purísima, quería preguntarte hasta qué día no tienes que volver a clase.

—A ver, hoy es domingo. El primer día de clase será el jueves. El lunes es festivo y el martes es un día de libre disposición en la universidad.

Se volvió hacia la mesa auxiliar donde Carmen tenía apilado el material de estudio, cogió un sobre y se lo dio. Ella lo observó, curiosa, pero le siguió el juego sin decir nada. Lo abrió y encontró dos tarjetas de embarque para esa misma tarde de domingo. Destino: Ginebra.

—Ah, muy bien, ¿y con quién vas? —preguntó, intentando que no se le notara que estaba desconcertada.

—¡Contigo! —respondió Josep con soltura.

—¿Conmigo? ¿Pero qué dices?

—Como el avión no sale hasta las cuatro de la tarde, te acompañaré a tu casa y así podrás coger lo que necesites para pasar tres noches fuera.

—¿Tres noches? Pero, Josep, ¿estás flipando?

«Hace una semana que nos conocemos y me suelta esto, como si nada…».

—Mira, quizá para ti esto es normal, pero en mi mundo no te vas con alguien que acabas de conocer como quien va a tomar una horchata en el bar de la esquina.

—No te lo tomes así.

—No, escucha. Quizá se han interpretado mal las cosas. Yo debo estudiar. Estoy trabajando para pagarme una carrera, una carrera que deseo mucho, y no puedo permitirme distracciones. Entiendo

que estás pasando un momento complicado con tu familia y todo eso, pero yo no quiero ser… una forma de desconectar.

—Pero ¿quién dice que eres una distracción? Si precisamente eres todo lo contrario.

Carmen respiró hondo, conteniéndose. No quería herirlo, pero tenía que ser clara.

—Nos lo pasamos bien, sí. Y estas dos noches han sido muy especiales. ¿Pero esto qué es? ¿Un viajecito aquí, otro allá? ¿Quieres que me vaya contigo para que cuando acabes las reuniones tengas a alguien esperándote en el hotel? Porque yo no soy ese tipo de persona.

Josep dio un paso hacia ella, con el rostro serio.

—No te estoy pidiendo eso. Y tampoco es lo que quiero. Carmen, quizá lo haya hecho fatal, pero es que me importas. No eres solo «alguien con quien disfruto». No eres un capricho.

Ella lo miró a los ojos. Quería creerle. Pero también quería protegerse.

—Eso lo dices ahora. Has tenido de todo y puedes tener a quien quieras. ¿Y yo? Yo tengo un objetivo claro, Josep. No quiero que nada me haga perder el norte.

—Te juro que no tengo intención de desviarte de tu camino. Al contrario. Si me gustas es porque sabes a dónde vas. Te admiro. Y sí, quizá he ido demasiado rápido. Pero solo quería compartir tiempo contigo en un sitio donde pudiéramos ser nosotros, sin presiones ni miradas, sin la familia de por medio.

Hizo una pausa. Y por un momento bajó la voz:

—Sé que te asusta. Pero también sé que si te digo que para mí eres importante, es porque lo eres.

—Déjame pensarlo —dijo finalmente, pero no tardó en volver a insistir, con el ceño fruncido—. No es que no quiera, pero ¿te das cuenta de que es esta tarde, no? ¿Y que alguien tendrá que saberlo? Quiero decir, ¿con qué cara le digo a mi madre: «Me voy a Ginebra con el sobrino de mi jefe»? ¿Y a Carles? ¡Hostia, Josep!, ¿no ves que es una liada? Y te lo vuelvo a decir: ¡Tengo que estudiar!

—Lo tengo todo pensado. Podemos pasar solo dos noches fuera y no tres, y el martes por la tarde volvemos a estar en casa. Así tendrás todo el miércoles para estudiar. Esta semana trabajaré desde casa y ya me ocuparé yo de mi tío. No te dejaré colgada, Carmen. De verdad. Ya me he encargado de él muchas veces antes de que vinieras tú. Él al principio no se fiaba de nadie que no conociera, y como Maite también se hace mayor…

—Ah, claro, ¿y qué le decimos a tu tío? ¿Qué voy porque tengo que cuidarte? —preguntó con un tono burlón.

—Le decimos la verdad. ¿Qué más da? Si él te adora. Y por dos noches, Maite puede quedarse a dormir en casa y después ya me haré cargo yo para que puedas estudiar tranquila. Venga, va, por favor. ¡Te necesito!

«Caray, ¿y ahora por qué dice que me necesita? No me lo esperaba. ¿Es demasiado intenso o demasiado honesto? ¿Y por qué me dan ganas de decir que sí?».

—Ya, pero ¿y mis padres? Pensarán que me he vuelto loca o que… no sé, que esto de juntarme con gente rica se me ha subido a la cabeza.

—Ahí sí que no puedo ayudarte —dijo con una media carcajada —. Pero vamos, ya eres adulta para tomar tus decisiones. No debes sentirte mal por eso.

Ella se quedó en silencio unos segundos. «¿Y si me arrepiento? ¿Pero y si no voy y aún me arrepiento más?».

—De acuerdo. Voy. Pero a Carles y a Maite se lo dices tú. ¡Qué vergüenza! Qué pensarán… —Iba murmurando Carmen mientras caminaba hacia el baño, visiblemente atolondrada. Miró el reloj y vio que ya eran las nueve. Tenía que espabilar si querían llegar al aeropuerto.

Josep se levantó de golpe. No habían pasado ni diez segundos y ya volvía con una maleta de cabina en la mano.

—¡Vamos! Coge ropa de abrigo, que allí hace frío.

Ella lo miró de reojo, con media ceja levantada.

—Abrigo para el exterior, ¿y para el interior?

Él le guiñó un ojo, pícaro.

—Para el interior ya estoy yo.

—Tonto —dijo Carmen, aunque no pudo evitar sonreír. «Ya estoy metida hasta el cuello».

Aquella mañana a Josep se le amontonaba el trabajo. Debía acompañar a Carmen a su casa, celebrar la Junta General Extraordinaria y redactar el acuerdo de cese y de nombramiento de administrador. Y, ante todo, comunicar a su tío que Carmen se iría con él o, mejor dicho, que entre ellos había surgido algo más que una amistad.

—Josep, esta chica no es como las otras con las que has salido. Carmen es diferente. Trátala con respeto, no le hagas ninguna mala pasada y, sobre todo, no le hagas perder el tiempo. Si le haces daño, tendrás que vértelas conmigo —le advirtió con determinación Carles.

Al chico le sorprendieron las palabras de su tío. Sabía que aquella muchacha era de su agrado, pero desconocía que fuera tanto el cariño que le profesaba. En el fondo, el propio Carles también estaba sorprendido de su actitud. ¿Desde cuándo se inmiscuía de esa manera en los asuntos de los demás? No sabía qué tenía aquella chica, pero le resultaba extrañamente familiar.

—Tú céntrate en la junta, que ya me encargo yo de avisar a Maite para que venga este mediodía. ¡Si es que sola se aburre! No padezcas por mí. Ya nos apañaremos. ¡Siempre lo hemos hecho! Además, si solo serán dos noches.

—¡Buenos días! —dijo con timidez Carmen, sabedora de que en esos momentos su secreto ya había dejado de serlo.

—¡Buenos días, Carmen! Venga, Josep, llévala a casa para que pueda hacer la maleta, que en un santiamén tendrás aquí a todos los accionistas.

Carles tenía toda la razón, porque cuando Josep llegó a casa después de dejar a Carmen, el interfono sonó. El orden de llegada fue de lo más previsible. El primero en llegar fue Enric, preocupado

por la responsabilidad que asumía su hijo. Luego Jordi, sudado y hablando más alto de la cuenta, como siempre. Y, finalmente, Glòria, con cara de pocos amigos y los *stilettos* relucientes.

Hacía apenas un rato que había tenido una feroz discusión con Jordi, que le había espetado, sin tapujos, que haber advertido a su padre de su inminente destitución como administrador había sido una traición. Jordi bramaba que, si Manuel había tomado la decisión de volar hacia Ginebra con tanta rapidez, había sido porque alguien le había avisado. Y ese «alguien» no había tardado en admitirlo.

Glòria no había podido evitarlo. Pese a su comportamiento errático y sus no pocas contradicciones, adoraba a su padre. Había querido evitarle un mal trago, pero el tiro le había salido por la culata. Manuel, lejos de optar por una salida honrosa como era la renuncia, había pisado el acelerador en su particular carrera para vaciar de una tacada el caudal hereditario de su mujer.

—Mira, ya llega la aguafiestas causante de todo este revuelo —dijo Jordi, señalando a su hermana.

—Jordi, Jordi, no busques pelea. Si algo no tenemos es tiempo que perder —quiso dejar claro Enric a su hermano—. Lo hecho, hecho está. No cambiaremos ahora lo que acaba de ocurrir. Lo que tenemos que hacer es procurar revertir la situación financiera de la familia. De lo contrario, nuestras finanzas van a quedar tiritando.

—Es cierto. Apenas tenemos tiempo y mi avión sale a primera hora de la tarde, así que en un par de horas tendré que marcharme. Tengo redactados los acuerdos que la junta debe tomar hoy y lo que haré ahora es leéroslos en voz alta. Si os parecen bien, los firmaremos y ya habrá terminado todo. Una vez en el Credit Suisse, a primera hora de mañana lunes, lo entregaré todo al gestor que nos lleva la cuenta y os contaré cómo me ha ido. Llamaré primero a mi padre y que después sea él quien os lo comparta. Como nuevo administrador, he preparado un certificado con los principales acuerdos que tomamos hoy, y también he hecho una copia en inglés. Como Carles domina bien el inglés jurídico, esta misma mañana ha hecho la traducción.

—Caray, con Carles —dijo Jordi con un punto de socarronería en la voz—. Ese viejo todavía sirve para algo.

Ahora fue Josep quien le paró los pies a su tío. Le tenía mucho cariño a Carles y no le hacía ninguna gracia que hablaran así. Pero para Jordi, Carles solo era el principal obstáculo para acceder al *core* de la fortuna de la familia de su madre. A su parecer, había amasado el dinero con avaricia y una desmedida ambición. Tenía prisa por meterle mano, y ya se sabe que la prisa suele ser mala consejera.

—Oye, hijo, ¿no habría que hacer aquello de La Haya? —preguntó Enric en un intento de que los presentes se centraran en lo que habían venido a hacer.

—Te refieres a la apostilla de La Haya, ¿verdad? —Su padre asintió—. No hace falta porque esa legalización solo hace referencia a documentos públicos, no a privados como este. Bien, como os decía, a continuación paso a leeros el acta y los acuerdos y lo dejamos todo firmado —dijo mientras miraba el reloj—. ¡Voy a llegar tarde!

Sorprendentemente, se hizo un silencio educado al que siguió la firma ordenada del acta, de la que no se cambió ni una sola coma. Cuando todos hubieron firmado, Jordi rompió el silencio.

—¿Y Carles? ¿Qué pasará con él mientras tú estés fuera? ¿Se quedará solo o estará aquella… la chica que lo cuidaba?

—¿Te refieres a Carmen? —preguntó Josep, levantando una ceja.

—Sí, esa. La cuidadora —dijo Jordi, con un tono menos ácido de lo habitual en él.

Josep interpretó aquel repentino interés como mi gesto de humanidad para con Carles, o quizá era porque se había arrepentido por haberse excedido antes. Conocía bien el carácter airado y prepotente de su tío, sobre todo después del divorcio. Encontrarse a su mujer en la cama con su mejor amigo de la infancia había sido un cliché de película mala, sí, pero también un golpe directo a la vanidad de Jordi. Ese había sido el punto de partida de una vida desbocada que requería de un flujo constante de dinero para sostenerse. En ese sentido, no difería tanto de Manuel.

En cuanto estuvieron todos fuera, y con la maleta en la mano, Josep acabó de dar las últimas instrucciones a unos atentos Maite y Carles. Les hizo saber que, para cualquier cosa que necesitaran, podían contar con Juan, el chófer, que estaba avisado y que haría lo que fuera necesario de buen grado. Esto sin tener en cuenta que, en pocos días, habría un nuevo chófer oficial de la familia.

—Carmen se va con él, ¿no? ¿Son pareja? —preguntó Maite a Carles, ignorando completamente que Josep todavía estaba delante suyo.

—Sí, sí. Son pareja. Mira, se han gustado, ¡ya ves! Esta juventud…

—Perdona, pero aún estoy…

—Pues ya no deberías estar. A ver si con tanta tontería lo vamos a perder todo. ¡Anda, lárgate ya!

Aquel mediodía de domingo el tráfico en Barcelona era fluido. Josep nunca había pisado antes el barrio de la Marina de Port, aunque no estaba tan lejos de su casa, y esa era la segunda vez en un día. Observando a los jóvenes de la plaza, le pareció que entendía a Carmen, comprendía cuál era la gasolina que la impulsaba a esa velocidad. La chica ya lo estaba esperando en la puerta de su casa.

—No entiendo cómo has podido convencerme. ¡Es que estoy alucinando!

—Soy irresistible. Ya te darás cuenta de ello. Y no podrás evitarlo.

La muchacha sonrió y le pasó la mano por la cabeza dejando que los dedos se le enredaran en esos rizos que encontraba tan seductores.

—Le he dicho a mamá que habías comentado que necesitabas ayuda, y bueno —continuó ella, entre divertida y aliviada—, me ha mirado con una cara… Me ha dicho: «¿Qué tipo de ayuda?», y se ha echado a reír. Luego me ha prometido que no le diría nada a papá, que va a guardarme el secreto, pero que sobre todo tenga cuidado y

que le escriba.

La llegada a Ginebra dejó boquiabierta a Carmen, que ya no volvería a cerrar la boca hasta el vuelo de regreso a Barcelona, gracias en parte a los golpes de efecto que Josep le había preparado. Cuando el taxi los dejó frente al hotel, en el muelle de Berges, la joven levantó la vista y se quedó pasmada frente a un imponente edificio neoclásico del siglo XIX.

—¿Quieres impresionarme?

—No. ¡Quiero compensarte!

—¿Tú? ¿Por qué? ¿Qué mal me has hecho? Aparte de no dejarme estudiar, claro —quiso precisar Carmen.

—Es cierto que yo no te he hecho ningún daño, pero la vida quizá sí, y aquí estoy yo para repararlo. ¡Soy tu Sant Jordi! —exclamó riendo.

—Así, pues, yo soy una damisela en problemas. Josep, eres tan antiguo como este hotel.

—Sí, sí, lo que quieras, pero ya verás por dentro —dijo con misterio mientras abría la puerta del vestíbulo—. Es de la cadena canadiense Four Seasons.

Pero a Carmen aquel dato le resultó totalmente irrelevante. Lo único que le importaba era lo que veía. Y lo que veía le parecía salido de una película de época: molduras trabajadas en los techos, columnas barrocas de mármol de tonalidad *beige*, alfombras espesas y una gran mesa redonda en el centro del vestíbulo donde las orquídeas y las hortensias formaban un ramo de flores frescas imponente y elegante.

—¡Oh! ¡Vaya pasada de hotel! —soltó casi sin voz.

Sus ojos no paraban de moverse, como si quisieran captar todos los detalles.

—Espero que te guste la habitación que he elegido. He pensado en ti. Como te gusta tanto mi casa, creo que encontrarás un estilo muy similar. Y, por cierto, tiene chimenea.

—¿En serio?

—Mírala tú misma —dijo Josep, justo cuando el mozo del hotel les abría la puerta de la *suite* y les hacía los honores.

Fue tanta la excitación de Carmen que, sin darse cuenta, se adelantó al joven empleado del hotel que, con ceremoniosa profesionalidad, les iba indicando cada detalle de la habitación. Pronto centró la atención en Josep, al darse cuenta de que el *feedback* solo procedía de él. Este, con un francés más que fluido, le preguntó por el horario para el acceso a la piscina del *Spa* Mont Blanc, que había reservado en exclusiva. Carmen no los entendía porque los idiomas no eran su fuerte. Las cosas como son, tampoco es que hubiese tenido tiempo ni ocasión para intentarlo.

—¿Va todo bien? —le preguntó Carmen cuando vio al empleado del hotel haciendo una llamada.

—Todo bien —respondió Josep, enigmático.

Solo habían pasado unos segundos de silencio cuando fueron interrumpidos por un timbre suave y un par de golpecitos leves en la puerta.

—¡Se habrá dejado algo por decirte! —dijo Carmen, mientras abría sin pensárselo demasiado.

Pero no se trataba de ningún olvido. Al instante, un pequeño ejército de camareros entró con una disposición casi militar, trayendo una mesa llena de exquisiteces. Platos fríos decorados con detallismo artístico y otros calientes cubiertos con cúpulas de acero que escondían con misterio el contenido. Parecía una coreografía.

Carmen, que no quería montar más escenas de fascinación desbordada, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no mover ni una sola pestaña. Se quedó petrificada junto a la puerta, con la mano en el pestillo. Ahora bien, una cosa era lo que a ella le parecía que hacía, y otra muy diferente era cómo resultaba a ojos de Josep, que apenas se podía aguantar la risa. Había buscado precisamente eso: volver a provocarle el mismo impacto que esa primera vez en su casa. Y estaba disfrutando como un niño. Los ojos de Carmen, abiertos de par en par, brillantes, la delataban. No podían esconder,

por mucho que lo intentara, lo que sentía.

—Te gusta sorprenderme, ¿verdad? —dijo finalmente, recuperando algo la compostura—. ¡Conmigo te lo pasas en grande! ¿Pero no te parece que lo de hacerte el chico rico que deslumbra a las criadas jóvenes es un poco problemático?

—Para nada. De hecho, hasta donde yo sé, aquí el criado soy yo. ¡Tú estarás de vacaciones y yo he venido por trabajo! —exclamó haciéndose la víctima—. No te enfades, venga, que sería lo último que querría. Pero te has quedado tan petrificada y a la vez tan… No sé cómo decirlo, ¡deberías haberte visto! He estado a punto de echarme a reír.

—Eres imbécil —dijo ella, medio riendo, medio resignada.

—Lo sé. Pero encantadoramente imbécil, ¿no?

—Debes pensar que nunca he salido de casa y que nunca he comido caliente.

—Por favor, por favor. ¡Va, paremos aquí! Me encanta todo de ti, pero tu naturalidad y la facilidad con la que te sorprendes me supera, creo que es lo que más me gusta de ti.

Las cariñosas palabras del muchacho tranquilizaron a Carmen, que decidió dejar su orgullo y sus prejuicios a un lado y disfrutar del presente. Era el momento de ser feliz, descansar y apostar por vivir el momento. No habría encontrado mejor sitio para hacerlo que aquel magnífico hotel con vistas al lago Lemán, al *Jet* d'Eau y al puente del Mont Blanc, con el Jardín Inglés al fondo.

—¿Te angustia lo que pueda pasar mañana? ¿Te preocupa encontrarte con tu abuelo? —le preguntó Carmen, mientras acariciaba con el dedo índice el pie de la copa de vino, sin mirarlo directamente.

—Te engañaría si te dijera que no, que no me angustia para nada.

—¿Quieres que te acompañe?

—Quería proponértelo, pero no acababa de decidirme a hacerlo.

—¡Vaya! Sí que tienes poca confianza.

—No es eso, es que no quiero liarte tan pronto con mis dramas

familiares. ¡No tengo una familia fácil! Ya te habrás dado cuenta. ¡Empezando por Carles!

—Ninguna familia lo es y el dinero tiene la facultad de enredarlo todo mucho más —dijo con un tono sereno—. Y cuidadito, ¡no me toques a Carles! Es un encanto de persona, al menos conmigo. Aunque contigo también lo es, así que no te quejes tanto.

A Josep se le escapó una risita mientras dejaba la copa en la mesa. Acababa de ver con claridad que el cariño entre Carles y Carmen era sincero, recíproco y natural. Y eso le gustó.

—Hablando de temas familiares —dijo ella, soltando un suspiro —, quiero contarte un par de cosas. Si realmente quieres que esto vaya en serio, creo que debemos conocernos de verdad. Y, bueno, también tengo ganas de compartirlo contigo.

Él se puso serio enseguida y se sentó un poco más cerca, atento.

—Estoy preocupada por mi hermano. Mucho. No suelo hablar de él, porque tampoco es que tengamos una gran relación, pero sé que trafica.

—¿Trafica? —dijo él abriendo los ojos.

—Sí. Se dedica a pasar bolsitas desde la galería de casa, que da a la plaza. Ahora dice que ha alquilado un piso en el Born, y claro, sin tener ningún trabajo conocido, ya me dirás de dónde saca el dinero.

—Joder, pero ¿qué dices, Carmen? ¿Y él sabe que tú lo sabes?

—Sí, por supuesto. Me encaré con él un día que encontré la droga escondida en el doble fondo de mi armario.

—¿Qué? Pero ¿la tenía en casa? ¿En tu habitación?

—Sí. Bueno, no sé dónde la guarda ahora exactamente, pero seguro que tiene más escondrijos. Yo no he vuelto a encontrar nada, y tengo la sensación de que, cuando estoy, se controla más. Seguro que sigue con el negocio, pero al menos lo hace fuera de casa. Ahora que trabajo más horas, y mamá también cocina más para vosotros, Pedro pasa más tiempo en casa, y me preocupa.

—¿Tu padre lo sabe?

—No mucho. O no quiere saberlo. Está muy abatido. Te diría que

incluso deprimido. Apenas se mueve de la habitación o del sofá, y a veces desaparece toda la tarde en el bar. Es como si hubiera dado su brazo a torcer. En poco tiempo empezará a hacer de chófer, y seguro que eso le sentará muy bien, pero eso significa que Pedro tendrá la casa para él solo.

—¿Y tu madre?

—No sé. Quiero decir, mi madre no es tonta. A veces, basta con pasar por la plaza para que sea muy evidente lo que hace Pedro. Pero ni yo les he dicho nada, ni ellos a mí. Es que, ¿qué haríamos? No quiero ponerles más presión encima. Mi madre ya tiene suficiente con intentar animar a mi padre.

—Sí —murmuró Josep, atento.

—¿Cómo podría ayudar a Pedro? ¿Diciéndole que lo deje? ¿Echándolo de casa, para que aún acabe peor? No sé si sería mejor o peor…

—Ya, te entiendo. Pero os puede meter en un lío, Carmen. Ojalá fuera tan fácil como simular que no pasa nada.

—Igual que tú con tu abuelo. No es lo mismo, pero vaya, en todas las familias hay follones. Y secretos.

Josep asintió, muy serio.

—No sé, Carmen. Yo creo que deberíais pensar si hay alguna opción mejor que no hacer nada. Yo también le daré una vuelta. Es que me da miedo. Te juro que me da miedo que acabe metiéndoos en un buen follón. Y ya sabes que historias de camellos con final feliz… pocas.

Ella tomó aire y lo miró a los ojos, dejando que el silencio hablara por unos segundos.

—Me has dicho que querías comentarme otra cosa.

—Sí —suspiró ella, bajando un poco la voz—. Uf, te lo estoy soltando todo, y me da miedo que salgas por patas. Pero sí hay otra cosa. Algo que estuve a punto de contarte y que en su momento me callé. ¿Recuerdas la primera noche, cuando me encontraste en la piscina?

—Sí, claro que sí.

—No, me refiero a antes de que me colara en tu habitación. Cuando empezaste a darme un masaje en las piernas y te detuve.

—Sí, pero no tienes que contarme nada. Si no te apetecía, ya está. No hace falta justificar nada, Carmen.

—Bueno, no es exactamente eso —dijo ella, con un hilo de voz—. Mira, me cuesta mucho hablar de esto. Solo lo sabe Dani, mi amigo. Nunca se lo he contado a nadie más. Pero creo que me sentará bien decírtelo. Y creo que te ayudará a entenderme mejor.

Josep hizo un gesto suave con la cabeza, dándole espacio.

—Como quieras. Estoy aquí. Encantado de que confíes en mí.

—Hace unos años, aún no había empezado medicina… —Hizo una pausa, luchando contra el nudo que se le había formado en la garganta—. Me violaron.

La palabra cayó como una piedra dentro de la habitación. Incluso para ella, «violación» era una palabra grande, dura. En ese momento, en el aire flotaba toda su carga. Josep se quedó helado, como si de repente el mundo hubiera dejado de girar. Se hundió más en la silla, incapaz de decir nada más en ese primer instante que:

—¿Violada?

Ella asintió con un movimiento leve y triste.

—Sí. Muy cerca de mi casa. Y fue… brutal. Me dejaron inconsciente. Tuve suerte de que Dani me encontrara y me llevara al hospital.

Bajó la mirada, incómoda, se sentía más vulnerable que nunca.

—Eres la única persona, aparte de él y el equipo médico, que lo sabe. Nunca he tenido el valor de decírselo a nadie más. Ni a mi familia. Y tampoco tuve el valor de denunciarlo.

Josep, conmocionado, no se atrevía ni a respirar demasiado fuerte.

—Carmen…

—Lo que pasó… Siempre me ha dado mucha vergüenza. Como si yo fuera responsable de alguna manera. Sé que racionalmente no es así, pero es lo que he sentido durante mucho tiempo. Aún ahora, a veces…

Aunque contarlo le había removido todo por dentro y le había hecho revivir una escena profundamente dolorosa, también notó una especie de alivio. Como si se hubiera quitado un peso antiguo y pesadísimo del pecho. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. No eran solo de tristeza. Había rabia y una especie de gratitud silenciosa por el simple hecho de poder decirlo en voz alta, sin ser interrumpida ni juzgada.

Se quedó esperando, con el corazón encogido, mirando a Josep. No quería ver lástima en sus ojos. No quería que la mirara como a una víctima rota. Por eso había dudado tanto en explicárselo. Le daba miedo que él, después de saberlo, cambiara la forma de verla. Que retrocediese. Que la considerase marcada, frágil, una especie de problema emocional andante.

—Ostras, Carmen, lo siento mucho. Mierda —dijo Josep, con la voz entrecortada por la sorpresa y la empatía más sincera—. No hay derecho. No debe ser fácil hablar de ello, verbalizarlo.

Hizo una pausa. Quería elegir bien las palabras.

—Gracias. Muchas gracias por contármelo. No tenías que hacerlo. Pero te lo agradezco muchísimo porque quiero conocerte de verdad. No solo a la Carmen simpática y valiente que me hace reír. Toda tú.

Se acercó y la abrazó con una ternura total, dejándole espacio y al mismo tiempo ofreciéndole refugio. Carmen se soltó en ese abrazo. Durante un rato no dijeron nada. Lloraba. Él le acariciaba suavemente la espalda. Se consolaban sin prisa, con una intensidad tranquila, madura, casi nueva para ambos.

Y entonces, como si un resorte se hubiera activado en su interior, Carmen dio un paso atrás. Se secó las lágrimas con las manos, se sacudió los brazos como si estuviera sacándose de encima el polvo de un pasado demasiado pegajoso y tomó aire.

—¿Y cuál es el plan mañana?

—Por la mañana vamos a la oficina bancaria, ya verás que el paseo es muy agradable, y luego podemos dar algún otro paseo por la orilla del lago y el Jardín Inglés. He reservado en un restaurante llamado La Potinière que te gustará mucho, aunque no es gran cosa.

Me hace ilusión que pruebes la cocina francesa y, además, hay un montón de opciones vegetarianas, que ya sé que a veces las prefieres.

—¿Y por la tarde qué haremos? Hará un frío…

—No pasarás frío. Ya lo verás. Te tengo reservadas un par de sorpresas.

—¿Más aún? Venga, dímelas.

—No.

—¿Cómo que no? —dijo Carmen, mientras se levantaba de la silla y se dirigía hacia él con una mirada decidida—. ¡Pues ahora lo sabré, por las buenas o por las cosquillas!

Pero se encontró con un hombre duro de pelar, al que las cosquillas no lo desviaron ni un ápice del camino que había emprendido de seguir sorprendiéndola. De todos modos, la actitud de Carmen no cayó en saco roto, porque Josep, finalmente, logró detener las manos de la chica, que se movían de manera errática por su cuerpo con la intención de encontrar el talón de Aquiles de su cosquilleo. Se las trabó detrás de la espalda y la sentó en su regazo, donde finalmente la pudo rodear con los brazos y la besó. Su beso desvió a la chica del propósito inicial de obtener su confesión. Pero Josep no quiso ir más allá y se detuvo, aflojando la presión que ejercía sobre su cuerpo. De nuevo dejó que fuera ella quien tomara la iniciativa del ritual. Le cedió el poder, tal y como lo había hecho la primera vez. Contrariamente a lo que nunca habría imaginado, su pasividad no le restó ni un gramo de pasión.

A la mañana siguiente, el día se levantó encapotado y, al cabo de nada, el amenazante cielo mostró sus cartas y empezó a dejar caer minúsculos copos de nieve que en poco rato espolvorearon de blanco las calles del centro de Ginebra. Parecía una postal de Navidad. La ciudad, por esas fechas, se había transformado en un espectáculo de luces y esculturas luminosas de gran encanto que embellecían las calles. El mercado de Navidad, aunque en versión

más reducida por culpa de la pandemia, tenía un papel destacado, con sus casetas dispuestas en torno al singular reloj de flores, que lucía su tapizado invernal.

A pesar de la noche de ensueño que había pasado Josep, se había levantado con el ánimo decaído. Pero pronto encontró una muleta en Carmen, que le cogió la mano con firmeza y lo acompañó, con paso decidido, hacia la oficina bancaria. Agradecieron haberse dejado puesta la mascarilla, porque un viento gélido y húmedo soplaba por las calles que bordeaban el lago.

—¿Sabe el del banco que vas a ir?

—Esta mañana lo he llamado por si mi abuelo se me adelantaba. Aunque, por lo que comentó tu madre, no creo que haya llegado todavía.

—Mi madre tampoco tenía una información tan precisa —aclaró la chica, quitándole todo tipo de responsabilidad, no fuera a ser que las cosas no salieran del todo bien.

—Sea como fuere, le he comentado que, con efectos de ayer domingo, ha habido cambio de administrador y que, hasta que no tenga los originales en sus manos, no puede realizar ningún movimiento en relación con la cuenta. Ayer a mediodía ya se lo adelanté por correo.

—Has pensado en todo —dijo la chica mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

Cuando llegaron a la oficina que la entidad tenía en la calle de Lausanne, se encontraron con el señor Hardegger, que ya llevaba un buen rato esperando.

Una vez allí, todo salió rodado y no hubo que dar muchas explicaciones. La cuenta corriente quedó protegida y, con ella, lo poco que quedaba del patrimonio de los Miralles. No obstante, las sospechas de Josep sobre el desvío constante de fondos de la cuenta societaria desde que se hizo la regularización fiscal se confirmaron como una realidad indiscutible: los fondos se habían reducido aproximadamente un setenta por ciento.

Poco tardaron en olvidar la buena fortuna que había supuesto

conocer esa operación financiera —pues había evitado la liquidación definitiva del dinero de su abuela—. Como si una luz roja se hubiera encendido, a partir del mismo instante en que resolvieron el tema bancario, y hasta la vuelta a Barcelona al día siguiente, los chicos aprovecharon el tiempo como si no hubiera un mañana. Vistos desde fuera, parecía que estuvieran de luna de miel. No hablaron en ningún momento ni de la familia ni del dinero. Eran ellos dos, solos. No sabían cuándo volverían a tener un momento tan íntimo y especial como aquel, así que decidieron exprimirlo a fondo.

Y las sorpresas no tardaron en desvelarse. La primera, en forma de piscina cubierta. Josep había pactado con el hotel cerrar un par de horas el *Spa* Mont Blanc solo para ellos. Un golpe de efecto que dejó a Carmen sin palabras.

—Pero si no me has dicho nada de traer bañador.

—Precisamente. Si no te he dicho nada es porque no te va a hacer ninguna falta. En mi casa bien que nadas sin bañador.

—Porque no pensaba que iba a tener espectadores.

—Aquí tampoco los tendrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo he reservado dos horas solo para nosotros.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! —dijo él mientras le quitaba el albornoz y le dejaba el cuerpo al descubierto—. ¡Al agua, que ahora vengo! Pero primero quiero verte nadar.

—¡Eres un *voyeur*!

—Contigo sí —respondió, descarado, mientras la veía sumergirse en las cálidas aguas de la piscina.

La segunda sorpresa llegó en forma de cena. Cocina francesa exquisita en el restaurante Il Lago, que contaba con una estrella Michelin y estaba ubicado en el mismo hotel. Fue la guinda de un día casi redondo. Si dejaba de lado, claro, el hecho de que de algún modo había traicionado a su abuelo Manuel. Carmen le había hecho olvidarlo un poco, pero un rinconcito del cerebro se empeñaba en traerlo de vuelta a su mente. Y no era tan ingenuo como para

descartar que hubiera represalias.

Al día siguiente, las compras en los tenderetes del mercado de Navidad pusieron punto final a una estancia que, de formas distintas, había sido un consuelo para ambos. Aquel viaje había llegado justo cuando más lo necesitaban. Una burbuja que nunca olvidarían.

XII

La estancia de Maite en casa de Josep y el haber pasado, por primera vez después de muchos años, noche y día con Carles, le trajo a la memoria no solo recuerdos de los años vividos con la familia Torras, sino también sentimientos que había dejado atrás. Viejos tiempos que despertaban en ella la melancolía y, al mismo tiempo, hacían aflorar sufrimientos que había sabido mantener enterrados. Las desdichadas muertes de María y, muchos años más tarde, de Eulàlia, le venían a la cabeza una y otra vez, por más esfuerzos que hiciera para retenerlas en el pasado que les correspondía. Sabía a ciencia cierta, por la mirada rota de Carles, que María había seguido muy presente en su vida. Aunque con Maite siempre había sido un hombre respetuoso y apacible, no podía obviar que había conocido a dos Carles distintos: uno era el alegre y despreocupado que conoció a María; el otro, el sarcástico, áspero y sin filtros que había llevado una vida llena de amargura sin ella.

La atormentaba haber tenido en sus manos el poder de endulzarle tanta amargura. Pero el juramento que en su momento le hizo a la señora Adelaide se lo había impedido. Y ahora, lo más triste de todo el asunto, al menos a sus ojos, era que ninguna de las protagonistas estaba allí. Solo quedaba ella, que se veía obligada, por una palabra dada hacía tantos años, a mantener el secreto de la niña. Pero de un tiempo a esta parte no dejaba de rondarle por la cabeza que, si en cualquier momento pasaba lo que tenía que pasar, algo más que probable, debido a su avanzada edad, se llevaría a la

tumba unos hechos que Carles tenía todo el derecho a conocer. Por mucho que le insistió una y otra vez a la señora Adelaide, la respuesta siempre había sido la misma: «Esta niña es hija mía y la cuidaremos y trataremos como tal. Es todo lo que la gente debe saber». Y, al fin y al cabo, ¿quién era ella sino una simple criada en aquella casa, sin ningún derecho a opinar sobre lo que era mejor en una situación tan luctuosa? Lo único que podía hacer era cuidar a esa criatura con todo el afecto y el cariño que pudiera. Al no tener hijos, se convirtió también en su niña. De ahí, y de ningún otro sitio, provenía su odio visceral hacia Manuel.

Oyó una respiración acompasada y rítmica que llegaba de la habitación de Carles y decidió que también era hora de que ella se acostara. Se había hecho la cama en la habitación de Carmen, ya que, por solo dos noches, no había querido ocupar ninguna otra. Se quitó la bata de cuadros grises que se ponía para trabajar y, al hacerlo, se le cayó al suelo el papel que llevaba en el bolsillo. Eran los resultados de las pruebas de ADN de Carmen, los que había tenido que tender para que se secaran. Los dejó sobre el escritorio. No presentaban muy buen aspecto y suerte tuvieron del sobre que los protegía cuando, sin querer, los metió en la lavadora. Como no tenía sueño, consideró que leerlos sería una buena manera de entretenerse hasta caer en los brazos de Morfeo. Tampoco se trataba, a su entender, de ninguna cuestión privada o médica que requiriera un grado especial de protección para preservar su confidencialidad.

Se puso manos a la obra. Lo primero que vio fue un mapa del mundo en el que algunos países aparecían marcados con círculos de colores pastel que, en ciertos casos, se superponían sobre los continentes, sobre todo el europeo. Esta información poco le aportó, pues hacía referencia a las etnias a las que pertenecía, en mayor o menor medida, la muchacha. En su caso, los países del Mediterráneo ocupaban el primer puesto del podio. Pero la lectura del primer nombre de sus principales coincidencias de ADN la puso en estado de alerta, no tanto por el alto porcentaje de ADN compartido —qué

sabía ella de eso—, sino por la indicación de que aquella mujer probablemente era prima de segundo grado de Carmen. Pero fueron los segundos, terceros y cuartos nombres, con sus respectivos parentescos con la chica, los que acabaron de abrir su particular caja de los truenos. El mismo apellido familiar se iba repitiendo una y otra vez, como un eco terco de un pasado que quería reaparecer e imponerse en un presente que empezaba a molestarle. «Miralles».

Lejos de encontrar en los papeles de Carmen una solución para entrar en un sueño profundo, la inquietaron de tal modo que pronto tuvo claro que esa noche dormiría poco. Los fantasmas de María y de su hija se adueñarían de la casa y la perseguirían hasta que le confesara a Carles qué papel había tenido cada una en su vida. Se encontraba ante la encrucijada más trascendental de su existencia y sabía que, si no se lo confesaba a él, que era quien más se lo merecía, acabaría confesándoselo a Carmen, lo cual conllevaba un resultado totalmente incierto.

No se explicaba cómo había llegado hasta allí y no salía de su asombro. ¿Cómo era posible ese nivel de coincidencias, de casualidades? Hacía tiempo que le oía repetir a Carles lo de que «el mundo es un pañuelo», pero «¿tan pequeño?», se preguntó.

El estallido de un trueno ensordecedor la estremeció de arriba abajo. Era un trueno portador de malos augurios, estaba segura, pues nada bueno podía nacer de lo que acababa de leer. Y en su cabeza, como un holograma en movimiento ascendente, se empezó a tejer el nuevo orden del árbol genealógico de los Torras. Las piezas encajaban. Una lluvia repentina y estrepitosa repicaba en el alféizar de la ventana y en el techo de la habitación, como si quisiera tapar el ruido de una mente agitada que, cuando coronó ese árbol imaginario, no pudo evitar exclamar: «Jolín, no puede ser verdad, no puede ser verdad. Ella… ¡debe de ser su tía! ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo? No lo entiendo. ¡Ay, Dios mío!».

Una cortina de lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana en el que la anonadada Maite había fijado la mirada, sin ver más allá de la pasarela que su mente había extendido para que desfilaran, en

bucle, todos los pensamientos y recuerdos de aquel fatídico día en Vallvidrera. Era allí donde los Torras tenían la casa de veraneo, que ese verano cerraron y nunca más quisieron volver a pisar. El chaparrón que caía sobre esa noche oscura en Barcelona la había pillado en un momento en que su mente, caótica, iba a la deriva.

Pero no a todo el mundo le vino mal aquella intensa lluvia que caía sobre la ciudad, que además parecía ganar fuerza por momentos. Había alguien que así encontraría cobijo para cometer el acto más ignominioso que se puede infligir, empujado por el motor de la codicia, por ese deseo irrefrenable de poseer dinero y riquezas, a cualquier precio, incluso traspasando los límites de la ética y la moral.

Esta vez nadie se percató de su presencia. El agua caía con tanta fuerza que camufló por completo sus pasos, lo que le permitió llegar en pocos segundos hasta el pasillo al que daba la habitación de Carles. Pero ese mismo elemento que le había servido para avanzar con tanta rapidez al inicio, le jugó una mala pasada en la línea de llegada.

Cuando llegó ante la puerta, con el impulso del deseo desbocado, la abrió de par en par y se topó con una imagen que no se esperaba: Carles, sentado en la cama, ya a punto de coger el bastón que había dejado apoyado en la mesilla de noche. Los dos hombres se miraron fijamente, escrutadores, sin decirse nada. Como si, de alguna forma, se hubieran estado esperando. El intruso avanzó en dirección a la cama, bajando la mirada para evitar que una debilidad de última hora lo desviara de su objetivo: acabar con la vida de Carles. O, como había intentado autoconvencerse, «adelantarle la muerte». Ese era el eufemismo que había implantado en su pensamiento para no tener que admitir que estaba a punto de convertirse en un asesino.

No contaba con encontrarlo despierto. No había calculado —claro, no era un profesional diestro en el arte del asesinato— que la retahíla de rayos que habían precedido al intenso chaparrón habría podido desvelar a su víctima. Carles siempre había tenido un sueño

ligero por naturaleza. Sin embargo, sabía que oportunidades como las que la crisis familiar le había ofrecido sería difícil que se volvieran a repetir: pocas ocasiones encontraría en las que Carles estuviera prácticamente solo, y Maite, que ya era mayor, no representaba ningún obstáculo.

Estaba harto de esperar una herencia que no llegaba. El divorcio reciente lo había dejado con las cuentas corrientes peladas. Su exmujer, acostumbrada a una vida regalada y sin oficio ni beneficio, había arramblado con todo lo que pudo y más. Y él, que no había sabido dejar el corazón en el congelador y pensar solo con la cabeza, tal como le recomendaba su abogada, había terminado pagándolo caro. No es fácil dejar de amar cuando todavía se ama; esa había sido su gran debilidad.

De una patada, tiró el bastón al suelo, impidiendo así que Carles pudiera cogerlo.

—¿Se puede saber qué has venido a hacer? ¡Responde, desgraciado!

El tono de desprecio con el que se dirigió a él fue la chispa que reavivó un fuego que se había amortiguado al verlo despierto.

—Tú sí que eres un desgraciado. ¡Viejo tacaño y miserable!

—¿Qué sabes tú de mí? Si no eres más que un bala perdida, un cocainómano con un agujero en el bolsillo. ¡Que siempre te presentas medio sudado y con los ojos desorbitados! ¿A quién pretendes engañar?

—¡Cállate! ¡No quiero oírte más! —gritó el intruso, ya fuera de sí y con las mejillas encendidas por el espejo que acababan de ponerle delante. Él, que pensaba que lo tenía todo bajo control, descubría de repente que su secreto era del todo visible.

Bruscamente empujó a Carles, que volvió a caer en la cama con facilidad. Hacía pocos minutos que se había incorporado y no tenía fuerzas para oponer resistencia. Aunque nadie está preparado cuando llega el momento, tenía claro que había llegado su hora. Y, si bien no había tenido la vida que hubiera querido, la sentía suya, vivida tan honestamente como había sabido.

—Acaba de una vez lo que has venido a hacer —le dijo con un tono calmado, casi suplicante.

—No hará falta que me lo digas dos veces. Te concederé este último deseo, y con bastante satisfacción. Viejo decrépito, que nos has tenido a todos babeando a tu alrededor, esperando a que soltases limosnas como migajas de pan, solo para tenernos controlados.

Carles, tumbado en la cama, todavía lo miraba con firmeza, hasta que cerró los ojos, como si quisiera allanarle el camino. Entonces Jordi le arrancó bruscamente la almohada de debajo de la cabeza y la apretó contra su rostro, con toda la fuerza que la rabia le permitía. Quería terminar deprisa y borrar las frases sin sentido que habían intercambiado. Carles lo había descubierto y, aunque le pesara, eso le había restado empuje.

Pero, de repente, notó cómo una fuerza tiraba de su brazo en sentido inverso, impidiéndole la estocada final. Había conseguido sacar a Carmen de su particular jugada de ajedrez, cuyo objetivo no era otro que un jaque mate, pero no contaba con Maite y, menos aún, con su fervor cuando se trataba de proteger la vida de Carles. Había irrumpido en la escena sin saber de qué se trataba, pero había interpretado rápidamente y a las claras la situación ante la que se encontraba. Había olido el peligro, como cuando una loba protege la madriguera de su camada. Al tiempo que le echaba el brazo hacia atrás para que cesara en su empeño de ahogar a Carles, con la otra mano había recuperado el bastón y le dio un golpe en la cabeza tan fuerte que el hombre no pudo hacer otra cosa que exclamar:

—¡Hostia puta! ¿Qué ha sido eso?

Maite reconoció la voz.

—¿Jordi?

No podía creer que fuera él quien tenía delante. Los ojos abiertos de par en par no podían hacer otra cosa que captar toda la crudeza de la acción que había impedido *in extremis*. Miró a Carles, indefenso, tumbado en la cama y, ahora sí, con los ojos bien abiertos, sabedor de que acababa de esquivar el recibimiento de san

Pedro. En cambio, su heroína se había encogido y de sus ojos brotaban lágrimas incontroladas mientras balbuceaba palabras indescifrables.

La defensa personal de Maite, digna de un ninja, había hecho que Jordi se apocara. El mediano de los hermanos Miralles, derrotado, aún sostenía, ahora sin ánimo, la almohada como arma del crimen que había estado a punto de perpetrar. La escena que había imaginado, en la que él se recreaba cometiendo, una y otra vez, ese silencioso acto execrable, se había desvanecido como el agua de la lluvia que se deslizaba por las ventanas del ático. La oscuridad de la noche, que traería consigo el estado natural de sueño en el que esperaba encontrar a Carles a aquellas horas de la madrugada y, sobre todo, el anonimato con el que pretendía matarlo, no le había servido de nada. Su poca pericia en el mundo criminal le había hecho obviar cuestiones como el mal tiempo, que había desvelado tanto a su víctima como a su salvadora.

Desde el refugio que le ofrecía el piso de Lluïsa y con la cobertura del bullicio de las alocadas fiestas, ya hacía mucho que lo intentaba, y nada hubiera pasado si lo hubiera dejado para otro día. Pero la realidad era que no podía posponerlo más porque la fecha de vencimiento del crédito que había pedido, hipotecando su casa —lo único que había salvado del divorcio—, se iba acercando, y era evidente que no podría hacerle frente.

Maite se recompuso y quiso ayudar a Carles, que seguía tumbado, a sentarse en la cama para que adoptara una posición más digna y se sintiera más cómodo. Se dirigió a Jordi, que había dado algunos pasos atrás como si la situación no fuera con él y quisiera tomar más perspectiva.

—¿Estás loco? ¿Qué pretendías hacer? ¿Matarlo? ¡Desgraciado de mierda! —le espetó Maite.

Carles, que justo empezaba a acompasar de nuevo la respiración que le habían arrebatado, miró a Maite y dejó escapar una ligera, casi inapreciable sonrisa.

—Podías haber matado a tu abuelo. Desgraciado, media mierda.

¿Y todo por el maldito dinero? ¿Solo cuenta el dinero para ti?

—Maite, estás desvariando —dijo Carles—. Dios me guarde de ser su abuelo. Déjalo correr. No te metas en medio de esto. En demasiados follones familiares te has encontrado ya y bastante te han salpicado. Esto ya pasa de castaño oscuro. —Luego se dirigió a Jordi—. Y tú, lárgate, que no quiero volver a verte nunca más. Te prohíbo que entres en mi casa, por supuesto, ni en cualquier otra casa donde yo esté. ¡Ah! Y del dinero de la familia Torras, olvídate. No verás ni un euro. Más suerte tendrán tus hermanos y tu hija, que ahora recibirán más. Mira, te doy dos consejos: ponte a trabajar de una vez en tu miserable vida y, por favor, deja la droga.

—Yo… Estoy muy jodido y lo siento.

—No te pongas más en ridículo. Hazme un último favor: no digas nada más y desaparece de mi vista. Tienes suerte porque no quiero que un escándalo familiar ensucie el esfuerzo de tantas generaciones. No te denunciaré a la policía. ¡Pero no me tientes! —le advirtió.

—¿No quieres que llame a la policía? —preguntó Maite, que ya estaba marcando el número.

—No. Y que conste que no lo hago por este sinvergüenza, sino por su hija, Jordina, que no se lo merece.

—Dame la copia de las llaves con las que has entrado. Que, por cierto, ¿quién te las ha dado? —le preguntó Maite, a la que nunca se le escapaba ningún detalle. Pero no necesitó ninguna respuesta al ver que eran las llaves que le había facilitado Josep a Carmen y que esta, con las prisas del viaje, se habría dejado en el recibidor. Seguramente él las había cogido de allí.

Jordi salió de la habitación a grandes zancadas y con los bolsillos vacíos, sin atreverse a mirarlos a la cara. No solo no había conseguido su objetivo, sino que se había cerrado el paso para siempre a la fortuna de los Torras. Lo quisiera o no, tendría que conformarse con el patrimonio de los Miralles, y a estas alturas ya sabía que el dinero iba menguando a pasos agigantados.

La lluvia que los había acompañado en aquel desafortunado

desenlace había cesado, y el ruido de los truenos era un rumor que señalaba que la tormenta se alejaba. Maite se sentó junto a la cama y, en un gesto cariñoso, le acarició las mejillas. Carles, que pocos minutos antes se había encomendado a la muerte, le cogió la mano y la besó.

—Gracias, Maite. Nunca te podré agradecer lo que has hecho por esta familia. Le has entregado los mejores años de tu vida. Mejor dicho, le has dado tu vida. Te has privado de formar una familia, y eso no hay dinero que lo pague.

Maite le puso suavemente la mano en los labios. No quería escuchar más agradecimientos, sobre todo cuando sabía que lo había privado de la única alegría que le había podido endulzar la existencia.

—¡Vaya, ahora eres tú quien me quiere ahogar! Por cierto, mira que hacerme abuelo de ese bobalicón… Te lo perdono porque lo que ha pasado te habrá trastornado.

—Carles, ¿quieres dormir?

—¿Qué hora es?

—Serán las cuatro de la madrugada. Yo todavía no he conciliado el sueño.

—No sé si podré volver a dormirme. Estoy un poco alterado, la verdad. Supongo que es normal dado que han intentado matarme. Ya ves, uno no puede hacerse mayor. No me lo esperaba para nada. Sabía que todos, bueno, todos no, tienen ganas de que me muera, ¡pero no pensaba que fueran tantas! Por cierto, ¿te podrías asegurar de que ese bribón haya salido de casa?

—¡Por supuesto! Ahora mismo voy.

Oyó cómo Maite cerraba la puerta con llave, después de comprobar que solo estaban ellos dos.

—Todo en orden, Carles. Por cierto, ¿te sientes con fuerzas para escucharme ahora?

—Claro que estoy lúcido, pero ¿qué tienes que decirme que no pueda esperar a mañana? Además, los chicos no llegarán de Ginebra hasta bien avanzada la tarde.

—Lo que tengo que confesarte podría esperar a mañana por la mañana. Pero no más. Ya ha esperado demasiado. ¡Tenemos que hablar!

Carles resopló. Ya tenía suficientes emociones por aquella noche. Pero la seriedad de las palabras de Maite le hicieron reconsiderar su petición.

—Antes de contarme lo que tengas que decirme, ¿podrías hacerme una tisana? Y hazte una para ti, que falta te hace.

Maite no tardó mucho en volver con una bandeja donde había unas tazas bien dispuestas, tal y como había aprendido de la señora Adelaide, la madre de Carles. Soltar todo lo que sabía y, sobre todo, lo que había descubierto aquella noche, la liberaría de aquella presión que sentía en el pecho desde aquella noche en que la historia de la familia Torras había dado un vuelco.

—Carles, tengo que hablarte de María.

—¿De María? —Al pronunciar su nombre en voz alta Carles se estremeció—. ¿Qué sabes tú de ella? ¿La has encontrado? ¿Vive todavía?

—No, Carles.

—Y entonces, ¿por qué quieres hablarme de ella? —preguntó Carles, molesto porque hubiera sacado ese tema tabú.

—Ya sé que hablar de María te hace sufrir, pero debo hacerlo. No quiero que te hagas ilusiones. María murió hace mucho tiempo. De hecho, para ser precisos, murió ese mismo año en que tu padre tuvo que instalarse en Londres por cuestiones de negocios y tu madre insistió en que lo acompañaras para aprender inglés y hacerle compañía.

—Pero si María solo tenía…

—Sí, lo sé. ¡Era muy joven! Ese año tu madre os hizo saber que estaba embarazada de Eulàlia.

—Lo recuerdo. Y también que el médico le había recomendado reposo. Por eso acepté acompañar a mi padre. No quería preocuparlo más de lo que ya estaba.

—Eso es. Pues a ver, ahora no sé por dónde empezar…

—¡Empieza por el principio! —exclamó Carles, impaciente por ver por dónde vendrían los tiros.

—¡Eso es! El principio es el embarazo de tu madre. Bien, pues… No era tu madre quien estaba embarazada.

—¡Ahora me dirás que era un embarazo psicológico! Pero, entonces, ¿qué hacemos con Eulàlia? ¿La trajo una cigüeña de París?

Llegados a este punto, Maite no tuvo más remedio que soltarlo de golpe, sabedora de que lo que vendría después sería mucho más fácil.

—¡El embarazo era de María!

Miró fijamente a Carles. Por primera vez, el señor Torras había enmudecido. De su rostro no se desprendía ninguna emoción. Maite quiso hacer una pausa en su relato y aprovechó para saborear la infusión que había preparado. En cambio, Carles se había quedado impávido.

—Entonces, Eulàlia es hija mía y, claro, Jordi mi nieto. ¿Cómo es posible que de semilla tan buena haya salido un canalla como él? —se preguntó, pensativo.

—Así es, Carles. Lo es Jordi, y también lo son Enric y Glòria.

—¿Por qué ahora, Maite? —le preguntó con un tono de reproche Carles, que no dejaba pasar nada por alto.

—Ahora te lo voy a explicar. Pero antes quiero que sepas que si no te lo he dicho hasta ahora es porque le prometí a tu madre que nunca revelaría nada de lo que ocurrió. Ni a ti ni a tu padre, y mucho menos a la niña, Eulàlia.

—¿Y qué ocurrió realmente?

—Aquel verano, mientras vosotros estabais todavía en Londres, nació la niña y María murió a los pocos días. Era muy joven y fue un parto largo y complicado.

—Pero ¿acaso no se le dio la asistencia médica debida?

—¡Por supuesto! Por eso no debes sufrir. Fue atendida por el médico de la familia, por tu madre y por mí misma. Pero nada se pudo hacer. Créeme, fue tratada como si fuera una de vosotros. En ese sentido, no hay nada que reprochar.

—¡El doctor Ramiro! —exclamó, recordando a la persona que durante tantos años había sido el médico de la familia.

—Exacto. El nacimiento de la niña fue un secreto que quedó en manos de quienes estábamos presentes. Y entre ellos, como dices, estaba el doctor Ramiro. A la familia de la chica se le comunicó su muerte, y tu madre se encargó de todo y asumió todos los gastos. Esto no lo recuerdo muy bien, pero creo que el cuerpo se repatrió a su pueblo, donde creo que está enterrada. Pero bueno, no estoy segura al cien por cien. Lo que sí puedo decirte es que tu madre manejó el asunto con mucho cuidado y respeto. Piensa en cómo cuidó a Eulàlia, cómo llegó a quererla, sabiendo lo que sabía. Cualquier otra persona, en su lugar, habría escurrido el bulto.

—Sí —murmuró Carles, pensativo—. Pero ¿por qué ella no me dijo que estaba embarazada? Yo me habría casado. De hecho, apartarme de María ese año hizo que me diera cuenta de cuánto la amaba. Tenía claro que, al volver, hablaría con mis padres y que, si no me daban permiso, me casaría tan pronto como llegáramos a la mayoría de edad.

—Ella también te quería mucho. De eso no debes tener ninguna duda. Yo fui su confidente en esos últimos meses del embarazo. Pero erais muy jóvenes y estaba muy asustada por cómo reaccionarías ante la noticia. Carles, no puedes juzgar lo que ocurrió entonces con los ojos de ahora. Eran otros tiempos, muy diferentes a los actuales, y vuestra familia siempre había estado en el punto de mira. Que saliera a la luz la noticia de que el heredero de los Torras había dejado embarazada a una criada, no os dejaba en muy buen lugar. Por mucho que amaras a María, ella seguía siendo, a ojos de vuestro círculo, solo una chica del servicio.

—Ahora entiendo por qué Eulàlia me recordaba tanto a María. Incluso con su sonrisa, la forma en que se arreglaba el pelo, sus gestos… Pensaba que el universo me había enviado a una hermana que se le parecía para torturarme por mi irreverencia.

—De tal palo tal astilla —respondió Maite, aliviada al ver que Carles en ningún momento la había culpado por su largo y dilatado

silencio. Esto era lo que más miedo le daba. Que la rechazara, que la apartara de su vida, habría sido del todo insoportable. Su amistad lo era todo y no estaba dispuesta a conformarse con menos. A diferencia de María, Maite no había sabido descoser las costuras de sus propias creencias jerárquicas. El suyo había sido un amor idealizado, tan perfecto que ni el carácter arisco de Carles lo había logrado estropear.

Se hizo un silencio calmado, necesario e incluso reconfortante. La magnitud de la revelación lo merecía.

—¿Sufrió mucho para tener a la niña?

—Como te he dicho, fue un parto largo. No quiero engañarte más de lo que ya lo he hecho. Sí, fue doloroso. María era muy estrecha de caderas y costó mucho sacar a la niña. Murió tres días después. Lo sentimos mucho todos. Recuerdo la tristeza de tu madre, pero todos nos aferramos a Eulàlia como si fuera nuestra tabla de salvación.

—Todos, menos yo. Ese verano lo perdí todo. Perdí lo que más amaba. Solo Eulàlia la igualó en mi corazón, y ahora entiendo por qué. —Maite apretó los labios con fuerza, aguantando la emoción—. Pero hay una pregunta que todavía no me has respondido: ¿por qué me lo cuentas ahora? ¿Por qué justo ahora has roto el juramento que le hiciste a mi madre? ¿Tan jodido me ves?

—No es eso. He tenido acceso a una información que ha recibido Carmen y…

—¿Qué tiene que ver Carmen en todo esto? —preguntó extrañado Carles.

—Mucho. Más de lo que te imaginas. Yo todavía estoy en estado de choque. Casi que prefiero que tú mismo leas el informe y saques tus propias conclusiones. Espera un momento, que voy a buscar los papeles.

Carles, aún aturdido por la confesión que le acababa de hacer Maite, esperaba con ansia saber qué papel desempeñaba Carmen en todo aquello. Maite no tardó en ponerle los documentos en sus manos y él empezó la lectura enseguida. A diferencia de Maite, sabía

perfectamente lo que tenía entre manos: conocía lo que significaba el ADN, los porcentajes de coincidencia entre individuos y, sobre todo, la longitud de los segmentos de ADN compartido, que indican si el ancestro común es reciente o lejano.

Hojeó deprisa la sección de las etnias y se paró en seco en un detalle que lo dejó helado: Carmen compartía más de un doce por ciento de ADN con varios miembros de la familia Miralles —Glòria, Enric y Jordi— y, en menor medida, con Josep. Y, además, los segmentos eran largos, demasiado para ser una coincidencia lejana.

—Seguro que es un error de los laboratorios, Maite. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Estás seguro, Carles?

—¿Cómo se llama Carmen de apellido?

—Trujillo no sé qué, ahora no lo recuerdo bien.

—No jodas. ¿Trujillo?

—Sí, sí. Ahora no tengo el sobre que iba dirigido a ella, pero ponía Carmen Trujillo.

—María también se llamaba Trujillo.

—¿Sí?

—Así es —respondió lisa y llanamente Carles.

—¡Virgen Santa!

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco. Todo esto es tan chocante. Estoy viviendo la noche más extraña de mi vida.

—Por tanto, ¿me estás diciendo que María sería tía de Carmen?

—O, dicho de otro modo, que María debería ser hermana del padre de Carmen.

—Exacto. Conseguiríamos la cuadratura del círculo si pudiéramos comprobar las coincidencias de ADN de la familia del padre de Carmen. Pero esto parece poco probable.

—No tanto. Carmen se ha empeñado en que su hermano, un poco tarambana, no puede ser su hermano de sangre, y hace tiempo que les insiste en que se hagan las pruebas. Les regaló un kit estas últimas Navidades.

—¿Sabes si ya tienen resultados?

—No lo creo, porque Carmen acaba de recibirlos y se hizo las pruebas antes que ellos.

—Pero esto es un desastre, Maite. Lo tenemos que gestionar de la mejor manera posible, porque trastornará no solo a mi familia, sino también a la suya.

—Debemos ser listos y, sobre todo, muy delicados en cómo abordamos el asunto.

Ambos permanecieron en silencio, uno junto al otro, durante un buen rato. Maite empezaba a notar las consecuencias de la noche en blanco. Miró de reojo el reloj que Carles había dejado sobre la mesilla de noche: pasaban de las seis de la mañana. Ya no sabía si ir directa a preparar el desayuno o irse a la cama. El cansancio le pesaba en los ojos, como también a Carles.

—¿Sabes una cosa, Maite?

—¿Qué?

—Siempre pensé que María se había ido de casa porque me había dejado de amar, por mucho que mi madre me hubiera repetido una y otra vez que había vuelto a casa de sus padres porque su madre estaba enferma. Pero yo, sinceramente, nunca me lo creí. Y ahora, por lo que me cuentas, sé que me tuvo presente hasta el último aliento.

Las palabras le salieron con lágrimas en los ojos. Nunca antes Maite lo había visto llorar, y ella también se desmoronó, como un castillo de naipes. Pero su llanto fue más sonoro, más intenso y liberador. Se quitó de encima la losa más pesada que había soportado toda la vida. Aquella explosión de emociones enterneció a Carles, que le cogió la mano y le acercó el rostro hacia el suyo. Quería hacerle saber que la apreciaba, que pasarían juntos aquel mal trago.

—¿Sabes qué, Maite?

—Dime.

—No debemos sentirnos culpables de nada. Al fin y al cabo, tanto tú como yo cuidamos a Eulàlia hasta los últimos días, ¿verdad? No la

privamos de nada, ni siquiera objeté nada, y mira que quizá hubiera tenido que hacerlo, cuando se empeñó en casarse con el muerto de hambre de Manuel.

—En eso tienes razón. Sea como hija o como hermana, se sintió amada y cuidada por nosotros en todo momento. Su marido es harina de otro costal.

—Sí, pero eso ya no estaba en nuestras manos. Ella tomó la decisión libremente y sin coacciones. Y quizá sea de esa mala semilla de donde viene Jordi, porque de Eulàlia es imposible. Era tan buena chica María…

—La recuerdo muy dulce.

—Tengo hambre —confesó un poco avergonzado Carles, que notaba que la hora del desayuno se acercaba y que ya estaba un poco cansado de sentimentalismos—. ¿Qué te parece si desayunamos y nos vamos a dormir? Falta nos hace. Tenemos la casa para nosotros y Josep y Carmen no vendrán hasta bien entrada la tarde. Además, debemos coger fuerzas porque habrá que decirles que, probablemente, son parientes. Lejanos, pero parientes al fin y al cabo.

—¡Virgen Santa! Pero cómo se ha complicado todo…

—¡Vaya cojones! ¡La madre que me parió! —exclamó Carles llevándose la mano a la cabeza.

—¿Ahora qué mosca te ha picado? —le preguntó Maite ante ese estallido de desesperación repentino.

—Que ahora Jordi, como nieto mío que es, tiene derecho a la legítima por representación de su madre. Así, pues, se me acumula el trabajo —afirmó pensativo mientras buscaba cómo salir del apuro —. Le haré firmar la renuncia a la legítima. Creo que esto va a funcionar. No quiero que reciba ni un euro de mi parte. Ya me encargaré yo personalmente de que así sea. ¡Ese malnacido!

—No te sulfures. Dejémoslo por hoy, por favor —le suplicó Maite, que ya había agotado todas sus fuerzas.

Horas más tarde, Josep y Carmen llegaron a una casa sumida en el silencio más absoluto. En un primer momento, se asustaron pensando que quizá había ocurrido algo durante su ausencia. Pero una vez comprobaron que cada uno dormía plácidamente en su habitación, no quisieron despertarlos.

—Qué pronto se han ido a dormir, ¿no? —comentó Carmen—. Lo encuentro extraño.

—Sí que es un poco raro. Pensaba que nos esperarían para saber cómo había ido la aventura en Ginebra. ¡Por cierto, te has quedado sin habitación!

—Ahora dormiré en el sofá, ¿no?

—¡Evidentemente! —exclamó con picardía Josep.

—¡Ni hablar! Yo, como trabajadora, tengo mis derechos. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé. Por tanto, me aseguraré de que tengas la única cama disponible de la casa.

—¿Y esa cuál es?

—La mía, claro.

—¡Lo sabía! —respondió Carmen, muy ufana, feliz de tener a Josep en su vida.

XIII

Glòria estaba nerviosa. Había llegado a la conclusión de que no había resultado tan buena idea adelantarle a su padre que habían decidido cesarlo como administrador. Hacía tiempo que nadaba entre dos aguas, haciendo equilibrios cada vez más difíciles de mantener. Al igual que le había ocurrido a su hermano Jordi, haber nacido en la abundancia más absoluta no le había aportado ningún otro beneficio que el de tener siempre, y cuando quería, todo lo que deseaba. Pero ahora aquel estado de abundancia —que nunca habría imaginado que pudiera tener un final— se encontraba en una situación delicada, tal como Josep les había advertido.

La conversación con su padre no le había proporcionado la tranquilidad que esperaba. Manuel no solo no quiso entrar en razón, sino que se enfureció hasta unos niveles que nunca antes se había atrevido a mostrar ante la niña de sus ojos. Los insultos y los puñetazos sobre la mesa convirtieron la escena en una grotesca pieza de vodevil. De nada sirvió que el mensajero portador de la mala nueva fuera ella, su niña, por la que se había llegado a tatuar una G en la espalda.

A diferencia de Glòria, su gran aliada, los dos chicos habían apoyado a la madre desde el principio. En ellos Manuel nunca encontró complicidad. No hubo ningún tipo de solidaridad masculina para con sus reiterados asuntos amorosos. Al contrario: reproches y más reproches, que lo amargaron e hicieron más difícil la relación con Eulàlia, sobre todo en los últimos años. De hecho, suerte tuvo

de que la larga y agónica enfermedad de Eulàlia le restara la energía necesaria para sacar adelante un proceso de divorcio que, con toda seguridad, habría contado no solo con el visto bueno de sus hijos —si es que fuera preciso tenerlo en esas situaciones—, sino también con la bendición de Carles. Y eso, en buena parte, gracias a Maite, que informaba de lo que ocurría en la casa y, sobre todo, del ambiente enrarecido e irrespetuoso que se respiraba.

Precisamente por eso, que fuera Glòria quien le trasladara la noticia de su cese no amortiguó el golpe para nada, sino todo lo contrario. Por primera vez se sintió traicionado. Un sentimiento de soledad se hizo más presente que nunca. Con su viaje desesperado a Ginebra solo pretendía hacerse con su preciado yate, con el que quería conquistar, de nuevo, a Lluïsa, pues sabía que el dinero le gustaba más que comer con los dedos. Aunque la escena de Pedro había sido una buena sacudida, se había convencido de que aún no estaba todo perdido y que podría recuperarla.

Manuel nunca había llegado a amar a Eulàlia, solo había amado su dinero, su patrimonio y su posición social como miembro de la noble familia de los Torras. En cambio, se había enamorado perdidamente de Lluïsa, aunque inicialmente solo la había visto como un trofeo que arrebatarle a Carles, con quien siempre había rivalizado, y no solo por conseguir el respeto y la consideración de una sociedad que se los negaba, sino por la gran influencia que tenía sobre Eulàlia. En cambio, para Lluïsa, Manuel solo era el último intento de hacerse con el patrimonio de los Torras. Era como una segunda oportunidad que le había brindado el universo para garantizarse un dinero que creía perdido. Pero ella se había guardado un as en la manga por si volvía a fallar en ese cometido.

Glòria miró el reloj y se dio cuenta de que su padre ya debía de haber vuelto. Lo más probable era que estuviera en casa de Lluïsa. Después del último encuentro, se había quedado con un regusto amargo, un gusanillo en el cuerpo que no la dejaba tranquila. Necesitaba volver a verlo, reconciliarse y brindarle su apoyo. Nunca antes se habían enfadado, salvo las rabietas propias de la

adolescencia, y le costaba mucho digerir aquella frialdad. Quería animarlo hablando de la fiesta de cumpleaños que estaban preparando, a la que habían invitado a todos sus amigos. Sabía que, en presencia de Lluïsa, todo sería más fácil. Era la aliada perfecta para esas ocasiones. No había nadie mejor que ella para preparar fiestas. Su elegancia, capacidad de organización y buen gusto la hacían sobresalir en los preparativos.

No vivían muy lejos una de otra, así que enseguida llegó a su casa. Los primeros fríos habían tomado la ciudad y el aire gélido que soplaba le sirvió para espabilarse un poco, sacudiéndose de encima los restos de un día largo y tedioso. El recuerdo de las palabras que le había dirigido su padre reverberaba en su cabeza. Fuera como fuese, quería arreglarlo. Y este era el motivo por el que se dirigía a casa de Lluïsa. Lo que ignoraba era que las cosas entre ella y su padre iban de mal en peor, y que quizá no era el mejor momento para buscar complicidades.

Llamó al timbre con insistencia, algo ofuscada, hasta que escuchó una voz lejana gritándole que esperara.

—¡Ah! Eres tú —dijo Lluïsa con sequedad cuando abrió y vio quién era—. Me estaba duchando y he salido a medias. Pasa y deja que acabe.

—¡Por supuesto! Lo que he venido a hacer puede esperar —respondió Glòria sin darse cuenta de que su presencia no era del todo bien recibida.

—¿Qué querías decirme? —preguntó curiosa Lluïsa. Para ella, aquel era el peor momento para sorpresas. Había citado a Manuel en casa en cuanto llegara de Ginebra con la excusa de arreglar las cosas. Y ahora la presencia de Glòria le sobraba. Ya lo tenía todo listo: el vaso con el líquido disuelto en agua reposaba sobre el mármol de la cocina. No podía esperar más. Quería anularle la voluntad, doblegarlo para que hiciera testamento a su favor. No soportaría ningún contacto más de aquellas manos ásperas sobre su cuerpo si no obtenía nada a cambio.

—Quería hablarte de la organización de la fiesta de cumpleaños

de mi padre. Pero puedo esperar. No pasa nada. No tengo más que hacer hoy.

—¡Ah! Eso —respondió Lluïsa, un tanto aliviada—. No creo que tarde mucho en llegar. Pero si no tenemos tiempo para hablar de ello hoy, podemos hacerlo en otro momento. Quizá llegue cansado del viaje y no esté de humor para hablar de fiestas. Siempre podemos quedar tú y yo mañana para comer y así terminamos de dejarlo todo listo. ¿Qué te parece?

Lluïsa quería aplazar la conversación hasta un momento menos delicado fuera como fuese. No se sacaba de la cabeza la expresión «la gota que colma el vaso».

—Si no te importa, quisiera esperarlo. La última vez que nos vimos, la cosa no acabó demasiado bien.

—¡Como quieras! —aceptó Lluïsa, resignada. Empezaban a ser demasiada gente en esa fiesta. Miró de reojo el vaso y concluyó que, si era necesario, aún tenía más GHB líquido en el mueble bar, suficiente para ambos. No se preocupó más y volvió al baño para acabar de arreglarse.

Entre tanto, Glòria se puso cómoda. Se quitó la ropa de abrigo y los zapatos de tacón alto. En cuestiones de estilo, Lluïsa le había servido de inspiración, había sido un referente, e ir de compras con ella se había convertido casi en un ritual. Para Lluïsa, en cambio, haberse ganado la confianza de la hija preferida de Manuel le había abierto la puerta de su corazón —y, de rebote, le había facilitado romper el matrimonio de Manuel—. Más que una amistad, podía decirse que era una relación de conveniencia, una situación en la que ambas ganaban algo.

Lluïsa había citado a Pedro unas horas más tarde porque quería enseñarle el botín que daba por hecho que acabaría obteniendo. Hacía días que notaba al chico distante. La noche en que Manuel los descubrió se lo pasaron en grande, pero después había puesto más distancia. Estaba convencida de que se estaba encaprichando de alguna jovencita sin oficio ni beneficio, pero pretendía demostrarle que, si continuaban juntos, nunca les faltaría el dinero y podrían

disfrutar de una vida de lujo que ambos creían que les correspondía.

Glòria, al oír que el agua de la ducha seguía corriendo, entendió que Lluïsa tardaría un buen rato en acicalarse. Decidió prepararse un *whisky*, que siempre mezclaba con un chorro de zumo de limón. Se dirigió a la cocina, donde Lluïsa mantenía, con un gusto estético indiscutible, varios limones dentro de un jarrón de cristal. Sacó uno, lo partió y apretó una mitad directamente en el vaso.

En ese momento, buscando hielo, abrió el congelador y vio que, sobre el mármol, había un vaso ya preparado con agua, aparentemente intacto. No le dio importancia. Lo apartó ligeramente para hacer sitio a su vaso, pensando que quizá Lluïsa lo tenía allí para tomarse algún complemento vitamínico, como solía hacer.

Al comprobar que aún se oía el secador en el cuarto de baño, empezó a abrir cajones y armarios de la cocina con un gesto casi mecánico, en busca de alguna bolsita de cocaína. Estaba segura de que la pareja de su padre la tenía escondida en alguna parte. La conocía demasiado bien. Pero no encontró ninguna. «Seguramente la tiene en la habitación, pero allí no puedo arriesgarme. Si sale y me ve revolviendo…».

Regresó al comedor y dejó la botella de *whisky* en la mesita del bar. La sed empezaba a hacerse presente, y recordó el vaso de agua que había visto en la cocina. Desanduvo lo andado, lo cogió y se lo bebió de un trago. «Uf, suerte que estaba fresquita». No sintió nada extraño. «¿Un poco salada? O quizá era del gusto a limón que aún tenía en el paladar».

Volvió a llenar el vaso con *whisky* y la segunda mitad del limón. Esta vez sin escatimar. Se lo bebió enseguida. Ya sentía ese calorcito tan familiar recorrerle el cuerpo, y con la cabeza un poco más ligera, volvió a sentarse en el sofá.

La paz de ese momento se le antojó casi sospechosa. «Qué tontería. Solo es alcohol. Pero me siento extrañamente bien. Demasiado bien». Se quitó el jersey de cuello alto, que empezaba a oprimirle el pecho. Será la calefacción, o quizá la copa de más. Se quedó con el sujetador negro de encaje y cerró los ojos. Un

hormigueo dulce le recorría las extremidades y le hacía pensar que, durante un rato, todas las preocupaciones desaparecían. Pero esa sensación duró poco.

Un dolor de cabeza repentino y contundente empezó a latirle en las sienes. La respiración se volvió pesada, como si cada bocanada de aire tuviera que abrirse paso a través de un filtro invisible. «Mierda, ¿qué me pasa?». Se levantó con dificultad. Intentó llamar a Lluïsa, pero lo único que salió de su boca fue un murmullo gutural. Quiso caminar hacia el baño, pero las piernas le temblaban.

Volvió a gritar, esta vez más fuerte, pero el secador encendido ocultaba cualquier sonido. Glòria intentó mantenerse de pie, pero la sala empezó a dar vueltas. «No debería haberme bebido ese vaso. No sé ni qué era. ¿O tal vez sea solo el *whisky*?». El comedor empezó a fundirse ante sus ojos y a deformarse como si estuviera contemplando un cuadro surrealista de Salvador Dalí. Lo último que vio fue que una figura larguirucha se dirigía hacia ella emitiendo extraños sonidos distorsionados mientras la cogía por los brazos y la sacudía para hacerla volver al mundo de los vivos. Pero ya era demasiado tarde, la mezcla había desatado la tormenta perfecta.

Lluïsa corrió hacia la cocina y vio que el vaso de agua no estaba. No se podía creer lo que acababa de ocurrir. Todo lo que había planeado se había estropeado en un momento. Regresó hacia el sofá y se acercó a Glòria. Todavía respiraba, pero la lentitud con que lo hacía no auguraba nada bueno. Los latidos del corazón se oían lejanos, apagados. Cogió el móvil y llamó de inmediato a una ambulancia. Al colgar oyó cómo se abría la puerta y Manuel, abatido por haber perdido la batalla contra sus hijos, entró en el salón donde Lluïsa había tendido a Glòria en la *chaise longue*. Lo miró con ojos de cordero degollado, buscando que la perdonara. Al fin y al cabo, su poco cuidado había sido la causa del desastre. Pero Manuel no se fijó en Lluïsa, solo vio a su niña.

—¡Glòria, hija! ¿Qué te ha pasado? —Logró decir mientras le acariciaba la cara con las palmas de las manos.

—Manuel, yo…

—Pero, Lluïsa, ¿qué le ha pasado a Glòria? ¡Habla de una vez!

El abismo que vio en los ojos de Manuel la aterrorizó. Ya no era solo el hombre derrotado que acababa de entrar, sino un hombre al que habían herido de muerte.

—¿Has avisado a la ambulancia?

—Sí. Me han dicho que no tardarán mucho.

—¡Aún respira! —afirmó Manuel, aliviado, al acercar la cabeza al pecho de su hija.

—Saldrá de esta. Saldrá de esta. Ya verás, Manuel —repetía una y otra vez, sin mucha convicción, mientras veía que el rostro de Glòria palidecía por momentos.

Manuel agarraba con fuerza la mano de su hija. Hacerlo le daba la sensación de que nada malo le pasaría y que todo sería una pesadilla, un mal momento. Se juró y perjuró que dejaría las drogas para siempre. No le había dado un buen ejemplo y ahora pagaba las consecuencias.

La sirena de una ambulancia, que frenó justo delante de la casa, atrajo la atención de Lluïsa, que abrió la ventana de par en par. Ya estaban allí. Pero antes de que les pudiera abrir la puerta, un grito escalofriante y ensordecedor de Manuel le heló la sangre. Entendió enseguida que el peor escenario posible acababa de suceder. El corazón de Glòria, dañado por un largo historial de drogas y alcohol, acababa de decir basta.

—No, no, Glòria, mi niña, tú no —repetía Manuel, desconsolado, sin freno.

El timbre de la puerta sonó. Lluïsa abrió a los sanitarios, mientras con la cabeza les hacía saber que llegaban tarde. Sin embargo, corrieron hacia la chica y apartaron a Manuel con pocos miramientos. Activaron el protocolo de emergencia para restablecer las constantes vitales de la joven, pero ella no respondió y tuvieron que acabar certificando su muerte.

Con el personal de la ambulancia todavía dentro de la casa y la puerta del piso abierta, Manuel miró hacia la escalera. Vio un resquicio de luz, una salida digna a una vida caótica y desenfrenada.

Acababa de perder a su hija, la persona a quien más amaba, la única que lo había amado de todo corazón, y ya no le quedaba nadie por quien valiera la pena vivir. Miró por última vez a Lluïsa y ya no supo reconocer a la mujer que adoraba, sino el reflejo de la traición. Solo veía su imagen entregándose a los placeres carnales en brazos de Pedro. Y, como si el paso acelerado de los últimos minutos se ralentizara para darle tiempo a tener la dignidad que nunca había sabido procurarse, se echó a andar de manera solemne en dirección a la puerta, con la cabeza alta y el paso firme y decidido. Una vez a la altura del ojo de la escalera, miró hacia abajo y entendió que era el momento adecuado para llevarse un último triunfo, aunque amargo, después de tantas derrotas. Con todo el empuje que le quedaba se tiró de cabeza por el ojo de la escalera. Como si fuera un proyectil, un arma autopropulsada que se lanza contra un objetivo.

Como por arte de magia, Manuel había desaparecido de la presencia de todos los que estaban en la casa sin que nadie se diera cuenta. De forma extraña, el tiempo no había transcurrido a la misma velocidad para todos. Ni los sanitarios, demasiado concentrados en sus aparatos y protocolos, ni Lluïsa, atrapada en un estado de conmoción, nadie oyó el golpe. El ruido escalofriante del cuerpo contra otro cuerpo.

Cuando notaron su ausencia, salieron corriendo al rellano y miraron hacia abajo, como si intuyeran que podía haber ocurrido otra desgracia. Los sanitarios bajaron a toda prisa por la escalera, con la esperanza imposible de salvar no una, sino dos vidas. Lluïsa, en cambio, se quedó inmóvil, clavada en el rellano de la escalera, incapaz de procesar lo que acababa de ocurrir. No podía pensar con claridad. Solo reconoció el cuerpo de Manuel tendido abajo. Y en ese silencio frío y espeso, empezó a entender, de forma lenta y dolorosa, la lección brutal que la vida acababa de imponerle.

Cuando los sanitarios levantaron el cuerpo inerte de Manuel, comprendió que debajo había alguien más. Y no era un desconocido. Lluïsa, que aún temblaba, lanzó un grito aterrador y se desmayó, sin

que nadie le prestara la más mínima atención. En ese momento había otras prioridades. De nada sirvieron las maniobras de reanimación que le aplicaron a Manuel: el choque fue mortal. Algo más de suerte corrió Pedro que, pese a salvar la vida, no pudo evitar que, al haber amortiguado inútilmente el cuerpo-bala de Manuel, se le rompiera la espalda. Al menos este fue el primer diagnóstico que se hizo *in situ*. Cuando lo hubieron estabilizado e inmovilizado, lo dispusieron todo para trasladarlo al hospital.

Los sanitarios volvieron a subir al piso y se encontraron con que Lluïsa todavía estaba en el suelo del rellano. Aliviados, enseguida vieron que solo había tenido un mareo, una pérdida de conciencia a raíz de la retahíla de hechos trágicos que acababan de suceder. Pero no quisieron arriesgarse y también la cargaron en una camilla y se la llevaron al hospital en la misma ambulancia en la que estaba su amante.

Ninguno de los profesionales que habían intervenido, a pesar de su dilatada experiencia, se había encontrado con una situación como la que acababan de vivir. Antes de irse, eso sí, se aseguraron de recoger toda la documentación necesaria para avisar a la familia y, según saliera el análisis toxicológico de Glòria y Manuel, también avisar a la policía. Lluïsa no había podido llegar a retirar el arma del crimen, y el frasco con el GHB que había vertido en el vaso que al final había acabado bebiendo Glòria todavía estaba en el mueble bar.

XIV

Como era de esperar, Carles y Maite se habían levantado a las cinco de la mañana. Esta vez fue Carles quien, pasito a pasito y después de comprobar que la pareja dormía plácidamente, acudió a la habitación de su cuidadora. No tuvo que despertarla porque tenía el sueño ligero y el crujido de la puerta hizo que abriera los ojos de inmediato. Se impresionó al ver al señor Torras en su habitación. Una vez más, se habían intercambiado los papeles.

—¿Pero qué hora es? —preguntó, adormecida.

—¡Las cinco!

—¿Hasta las cinco de la tarde hemos dormido?

—¡Hasta las cinco de la mañana, reina!

—No me lo puedo creer. ¡Qué vergüenza! ¡Menudo papelón en el que te he dejado! Tendría que haber estado pendiente de ti, y ya ves…

—No digas tonterías. Si hemos dormido lo que hemos dormido es que falta nos hacía.

—Sí, por supuesto. ¿Y los chicos han vuelto?

—Han vuelto sanos y salvos. Y duermen plácidamente.

—Ay, ¿qué habrán pensado de nosotros, sobre todo de mí? Con lo que he llegado a marear a Carmen sobre cómo debía cuidarte y que si los jóvenes son unos flojos. Y ahora, mira por dónde, voy y te dejo tirado.

—Vamos, va. No digas más tonterías y ayúdame, que entre una cosa y otra aún no me he duchado ni afeitado.

—¡Por supuesto! Ese es mi trabajo.

—Tu trabajo es tan poliédrico que este aspecto es el que menos importancia tiene de todos, aunque a ti no te lo parezca —replicó Carles mientras le cogía la mano con firmeza, sin que ella acabara de entender qué quería decir eso de «poliédrico»—. ¡Gracias por estar en esta familia! ¡Gracias! —exclamó con vehemencia y con los ojos derramando agradecimiento y, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, humedecidos.

—No digas tonterías y pongámonos en marcha. Pero procuremos no hacer mucho ruido, que cuando despierten tenemos muchas cosas que aclarar con esos dos, y más vale que estén bien descansados para afrontar todo lo que tenemos que explicarles.

Hacía rato que el teléfono móvil de Josep no dejaba de sonar, pero él lo había puesto en silencio. Sin embargo, la vibración constante acabó despertándolo. Como no reconoció el número fijo desde el que lo llamaban —y últimamente recibía muchas llamadas de distintos números desconocidos y cuando descolgaba no respondía nadie—, no se tomó la molestia de contestar. Se volvió y abrazó de nuevo a Carmen, que seguía durmiendo plácidamente.

A una breve distancia en coche, todavía en el Eixample, pero en una zona con menos *glamour*, Lluïsa estaba ingresada en una de las habitaciones del Hospital Clínic. La querían tener en observación durante unas horas para descartar posibles lesiones a raíz de la caída en el rellano de la escalera. Preguntó insistentemente a las enfermeras que la asistían cuál era el estado de salud de Pedro, pero nadie supo darle razón alguna. Con Manuel y Glòria en el depósito y Pedro en estado incierto, sufrió una crisis nerviosa que obligó al equipo médico a administrarle un calmante. Ella, que siempre parecía que lo tenía todo bajo control, de repente sentía el suelo temblar bajo sus pies. No tenía nada a lo que agarrarse, ni nadie que pudiera rescatarla de aquella pesadilla. Las personas que habrían podido hacerlo estaban muertas o en un estado peor que el suyo.

Enric fue el triste afortunado que, como pariente más cercano,

recibió en primer lugar la llamada de la policía. No daba crédito a lo que había pasado con Glòria y Manuel. Pero ya hacía tiempo que algo se había encendido en su interior —una especie de luz roja—, que, teniendo en cuenta la creciente adicción a las drogas y al alcohol tanto de su hermana como de su padre, lo había puesto en guardia, a la espera de que algo malo estaba por suceder. Por suerte, pensaba, su hermano Jordi estaba sano y salvo, aunque se había dado cuenta de que, últimamente, también él empezaba a hacerle la competencia a su hermana en cuanto al consumo de sustancias. Era como si se tratara de un final fatídico e ineludible que el destino tenía reservado a la familia Miralles. De los hermanos, él era el único que se mantenía alejado de los vicios, quizá porque le daba miedo caer y que se cumpliera lo que parecía una especie de profecía autocumplida.

También era el único que, sin renunciar a las comodidades que le había proporcionado el patrimonio materno, había luchado por conseguir sus anhelos. Así fue como se doctoró y se convirtió en catedrático de Historia Contemporánea, uno de los más jóvenes de la Universidad de Barcelona. Precisamente hacer de tutor y director de la tesis doctoral de una joven con mucho talento le brindó la posibilidad de conocer a la que después sería su esposa Laura.

Desde la comisaría de policía donde lo habían citado, intentó contactar con su hermano Jordi, pero no hubo manera y, finalmente, optó por llamar a su hijo. Como él tampoco le respondió, decidió ir directamente a su casa. Su mujer quiso acompañarle, convencida de que la gravedad de los hechos así lo requería.

Tenían un juego de llaves del piso de Josep para emergencias y olvidos, pero como ya era un chico adulto y eran las seis de la mañana, primero llamaron a la puerta con los nudillos, sin pulsar el timbre. Como nadie les abrió, después de insistir durante un rato más convinieron en que no era necesario despertar a todo el edificio y utilizaron las llaves.

Una vez dentro, oyeron un rumor de agua y lo siguieron con cautela. Cuando llegaron ante la puerta del baño principal, Enric se

llevó un dedo a los labios, como si quisiera imponer silencio a su mujer, y susurró:

—Quédate aquí, Laura, que ya entro yo.

Ella asintió, asustada y todavía estremecida por la crudeza de los hechos que les acababa de exponer la policía. Laura siempre había querido seguir su propio camino, lejos de una familia que le provocaba más náuseas que tranquilidad. La única persona que le había inspirado confianza y cariño había sido su suegra, y había entendido enseguida que el bien más preciado de los Miralles era, precisamente, su marido.

Enric abrió la puerta del baño muy despacio. Dentro, Carles, en albornoz y sentado en el taburete, dejaba que Maite lo afeitase con la navaja. Aunque tuvo mucho cuidado y solo miró por un pequeño resquicio, no pudo evitar que su imagen se reflejara en el espejo del baño. El patriarca de los Torras y Maite lo vieron enseguida.

—¡Cojones! ¿Tú también? ¡Esto sí que no me lo esperaba! —exclamó ante un Enric aún más desorientado que cuando la policía lo llamó para que fuera a comisaría.

—Pero ¿qué dices, tío?

Sin moverse del taburete, alargó el brazo y cogió la navaja de afeitar que Maite acababa de dejar sobre la mesita. Se volvió para encararlo y, teatralmente, hizo ademán de acercársele con aire amenazante.

—No te muevas, chaval, o te haré el mismo corte de barba que me hace Maite. ¡A ver si tienes la piel tan fina como la mía!

Enric, del todo descolocado, dio un paso atrás, con tan mala suerte que tropezó con su mujer, que lo esperaba en el pasillo. Ambos fueron a parar al suelo con un fuerte estruendo que, ahora sí, despertó a Josep y a Carmen. Ella, por precaución, se quedó en la habitación, mientras que Josep, vestido solo con los calzoncillos, salió corriendo a ver qué pasaba.

La imagen que se encontró el muchacho lo dejó aturdido: Carles sentado tranquilamente en el taburete, con la navaja en la mano, Maite cruzada de brazos y sus padres por el suelo, enredados uno

encima del otro.

—Pero ¿qué está ocurriendo aquí? —exclamó Josep, desde la puerta, con los ojos abiertos de par en par y la voz quebrada por el susto.

Carles levantó la navaja, aún sentado en el taburete, y sonrió con ese aire entre inocente y travieso que tantas veces le había visto.

—Nada grave, chico. Solo intentaba recordarle a tu padre que no se puede entrar a cualquier hora en casa ajena, y menos cuando uno está en plena sesión de belleza matinal —dijo, guiñándole el ojo.

Hizo un gesto con la mano como si bendijera a los que habían caído al suelo.

—Ningún corte, ni una gota de sangre, solo el orgullo un poco magullado. Y Maite, de testigo o cómplice, según lo quieras ver.

Maite resopló, medio riendo para sus adentros, y se limitó a decir:

—Yo ya no quiero saber nada. Con tantas emociones fuertes, al final me dará un síncope.

—Papás, ¿qué hacéis aquí?

Su madre se había llevado la peor parte y le costó un poco levantarse. Una torcedura de pie anunciaba un posible esguince en el tobillo derecho. Entre él y su padre la llevaron al sofá, donde intentaron disminuir la inflamación con el hielo que el chico sacó del congelador. Carmen, que aún no había superado la vergüenza que le causaba su nuevo papel en aquella casa, prefirió quedarse en la habitación, donde esperaba impaciente a que Josep volviera para ponerla al tanto de lo que estaba ocurriendo.

Maite había dejado la navaja en el armarito del baño y, a marchas forzadas, procuraba vestir a Carles. Sabía que les esperaba una larga conversación. Josep también se preparó y, en un santiamén, se duchó y se vistió con ropa cómoda de andar por casa. Aconsejó a Carmen que se lo tomara con calma. Tenía claro que lo que había presenciado requería una explicación, y quería que la ropa sucia se lavara en casa. Sabía de la peculiaridad de su familia y no

quería asustar a la chica antes de tiempo. No sería la primera vez que alguna de las chicas con las que había salido acabara huyendo asustada. Hasta ahora no había perdido gran cosa, pero Carmen era diferente.

Cuando salió de la habitación, encontró a sus padres sentados en el sofá, Carles en una de las butacas y Maite, de pie detrás de él, como si fuera un vigilante de seguridad personal. Josep intentó, sin éxito, cederle el segundo sillón, pero no hubo manera. De modo que desistió y se sentó, a la espera de que alguien de los presentes tomara la voz cantante. Nadie lo hacía. Se vislumbraba el despertar del día, y una luz tenue se filtraba por los estores que cubrían los amplios ventanales. Josep acogió aquella luz y la hizo suya.

—¿Alguien me puede explicar qué acaba de pasar?

En un primer momento nadie quiso responder. Laura dejó escapar un ligero suspiro, atribuible al dolor que empezaba a experimentar. Enric carraspeó, visiblemente angustiado, y empezó a hablar:

—Esta madrugada nos ha llamado la policía y nos han pedido que fuéramos a la comisaría lo antes posible. Nos asustamos pensando que habías tenido un accidente —dijo mirando a su hijo—. Nos han hecho saber que anoche Glòria murió en casa de Lluïsa.

—¿Glòria? —Quiso asegurarse Carles, que ya la veía más como nieta que como sobrina.

—Sí, Glòria.

Se hizo un silencio tenso. Maite, que hasta entonces había mantenido una postura firme, se cubrió la boca con una mano y soltó un murmullo cortado:

—¡Ángela María!

—¡Pero eso no es todo! —Añadió Enric, ante la mirada atribulada de todos los presentes.

—Pero ¿acaso puede haber más? —preguntó Carles desconcertado.

Enric respiró profundamente, cerró los ojos y prosiguió con su relato.

—Cuando mi padre llegó a casa de Lluïsa… Bueno, ya sabéis que ellos se entendían. Claro que ahora esto no tiene ninguna importancia —quiso aclarar mirando de reojo a Carles—. Vio a su hija muerta y, a continuación, sin que nadie se lo pudiera impedir, se tiró de cabeza por el hueco de la escalera. Se suicidó.

Un gemido contenido escapó de los labios de Maite.

—El piso de Lluïsa está en un entresuelo, es cierto —continuó Enric—. Quizá hubiera habido alguna posibilidad si no hubiese estado tan decidido a acabar con todo. Con todo.

Hizo una pausa larga, consciente del impacto que acababa de provocar. Miraba el suelo, como buscando alguna respuesta.

—Nuestro padre también ha muerto.

Miró a Carles, Josep y Maite, uno por uno. Y, en voz baja, añadió:

—Y eso no es todo.

—Ah, ¿no? —le preguntaron al unísono Carles y Josep, con voces de autómata.

—Pues no —respondió Enric—. Al hacerlo, es decir, al tirarse por el hueco de la escalera, no se dio cuenta de que había alguien abajo y cayó encima de él. No lo mató, pero la persona ha quedado en estado crítico y la policía se teme, por lo que le han dicho los sanitarios que lo atendieron, que es muy probable que no pueda volver a andar nunca más.

Un murmullo de incredulidad recorrió la habitación. Maite parpadeó con fuerza, sin saber si llorar o reír ante el surrealismo de lo que acababa de oír. Se sentó finalmente en una silla, como si las piernas le hubieran fallado.

—Eso es lo que os había venido a decir. Siento haberos asustado, pero, la verdad sea dicha, vuestra reacción me ha resultado del todo desafortunada. Qué queréis que os diga —dijo, mirando hacia el tobillo de su mujer que, a pesar del hielo, ya había tomado la forma hinchada de una patata.

El sonido de un móvil lejano que provenía de la habitación de Josep los sacó del estado de choque en que estaban sumidos.

—Son muchas las cosas que debemos resolver —retomó Enric,

con un tono más práctico, intentando volver a poner orden—. Y debemos tener muy presente cómo las vamos a dar a conocer, porque, siendo quienes somos, seguro que habrá chismorreos. —Se enderezó, como si asumiera el rol de hermano mayor de aquella estirpe que parecía maldita—. Por cierto, ¿sabéis dónde está Jordi? Lo he llamado varias veces y no me contesta. Y no quiero hablar con Jordina sin haber hablado antes con su padre.

—Ayer vino a casa y me dijo que estaría unas semanas fuera, por cuestiones personales —respondió Carles con voz neutra—. No quiso decirme dónde iba. Ya sabéis que no tenemos una relación muy cordial, y yo tampoco quise indagar.

Carles escurrió el bulto de la mejor manera que pudo y Maite intervino para confirmar que lo que acababa de decir era cierto. Tampoco quería avivar más ese fuego que ya ardía con suficiente virulencia.

En ese momento, Enric y Laura eran los únicos que podían hacer frente a los hechos. Por mucho que Manuel hubiera sido una persona problemática y poco empática, y Glòria no hubiera sido santo de la devoción de ninguno de los presentes, no dejaban de ser, al fin y al cabo, padre, abuelo o yerno, hermana, nieta o tía de algunos de ellos.

Enric estaba visiblemente afectado. En ausencia de su hermano Jordi, la responsabilidad recaía sobre él. Al mismo tiempo, sentía una punzada de culpa: no podía quitarse de la cabeza la idea de que quizá hubiera podido hacer algo más. Pudo intentar sacarlos del mal camino de fiestas y desenfreno; quizá habría tenido que verlos más a menudo, procurar tenerlos más cerca. Pero lo cierto era que solo se sentía unido a su padre y a su hermana por una cuestión de sangre y, quizá, por algunos recuerdos de infancia compartidos, pero en cuanto a la edad adulta, a menudo había reflexionado que solo seguía relacionándose con la familia por inercia, por un mandato silencioso que establece que la familia se aguanta como sea, no por deseo de uno. Más que alegrías, casi siempre le traían quebraderos de cabeza. Y aun así… Las relaciones son complejas. Por mucho que

racionalmente supiera que no eran una familia unida y que muchas veces los había detestado, se daba cuenta de que le dolía que no estuvieran allí. Pues, pese a todos sus defectos, los amaba y le parecía injusto que hubieran terminado así, de forma tan absurda, por más que probablemente se lo hubieran buscado.

Nadie acababa de entender lo que había pasado. Estaban conmocionados, con más preguntas que respuestas. Enric había sido muy breve en su exposición, pero había detalles que no podían pasar por alto. Que todo hubiera sucedido en casa de Lluïsa puso en guardia a Carles. La conocía a fondo y sabía que lo más probable era que el análisis toxicológico, que seguro ya le habrían hecho a Glòria, revelaría consumo de drogas. Y si Glòria había muerto por una sobredosis, todo tomaba un matiz aún más oscuro. Miró a Maite y, discretamente, negó con la cabeza. A esas alturas, era mejor que parecieran unos viejos sonados que tener que dar contexto y, lo que era peor, explicación a su sobreactuación. No quería decir nada de Jordi para no preocupar aún más a Enric, el único hijo de Eulàlia que merecía su compasión.

Aunque no era el momento más oportuno, Carles empezaba a pensar que la única manera de poner fin a la tragedia que parecía planear sobre la que ahora consideraba su descendencia, era poner a cada uno de los actores y actrices en el correcto papel que le correspondía. Le urgía poder hablar con Carmen y, sobre todo, con su padre. Quería certificar que lo que el informe decía era verdad. Sin que casi nadie se diera cuenta —Maite, por supuesto, sí se dio cuenta—, Carles se dirigió hacia la habitación de la chica. Llamó a la puerta y le pareció oír que allí dentro Carmen rompía a llorar. Con la cabeza le indicó a Maite, que lo había seguido, que entrara.

—Pero niña, ¿qué te ocurre? —le preguntó con dulzura al ver su desesperación.

—Mi hermano, mi hermano…

—Tu hermano, ¿qué?

—Me acaba de llamar mi madre y me ha dicho que anoche mi hermano sufrió un accidente y que está ingresado con un pronóstico

muy grave.

Maite no podía creer que se pudiera producir tanta desgracia al mismo tiempo. Se llevó las manos a la cabeza, como si ese gesto le ayudara a entender mejor por qué les estaba pasando todo aquello.

—¿Ha sido con el coche?

—No, no. Es que es tan increíble lo que ha sucedido… —dijo Carmen, lloriqueando mientras buscaba un pañuelo. Maite, acostumbrada a satisfacer las necesidades de los demás, se sacó del bolsillo un pañuelo blanco impecable y se lo dio a la chica.

—Le ha caído encima un hombre que quería suicidarse.

Esas palabras fueron como un jarro de agua fría. Maite no dijo nada, se limitó a darle un apretón en el brazo, mostrando su cariño de la mejor manera que supo, y salió de inmediato de la habitación.

—Carles, no es un buen momento para preguntarle.

—Maite. Necesito saberlo. Necesito saber si su padre tenía una hermana.

—¡Pues eso tendrá que esperar! —respondió Maite de forma categórica.

—¿Por qué? —preguntó Carles, que no aceptaba fácilmente una negativa y se había extrañado ante la cortante respuesta que acababa de recibir.

—Porque el hombre sobre el que cayó Manuel es su hermano.

—No me jodas. No puede ser. ¡No puede ser! —exclamó enfatizando cada vez más cada una de las sílabas.

Conocer la identidad de la víctima y ponerle nombre fue demoledor. Maite tuvo que sostener al señor Torras como buenamente pudo, porque vio que él se doblaba por momentos como si fuese una hoja de papel. Suerte tuvo de Josep, que en ese instante volvía hacia la habitación y pudo ayudarla a tiempo. Ella sola ya no tenía fuerza suficiente para sostenerlo.

—Estoy bien. Estoy bien. Llevadme al despacho. Josep, tengo que hablar contigo ahora mismo. Ante todo, quiero que sepas que el hombre al que tu abuelo ha aplastado es el hermano de Carmen.

—¿Qué? —exclamó Josep, abriendo mucho los ojos—. ¿Estás

seguro? ¿Le habéis dicho algo a ella?

—Sí, estamos seguros. Y no, todavía no le hemos dicho nada.

—¡Pues debemos hacerlo ahora mismo! Tiene todo el derecho del mundo a saberlo —respondió Josep mientras ya giraba en redondo para volver a la habitación. Pero Maite lo detuvo.

—Josep, espera —rebatió Carles—. Antes de hablar, necesitas saber algo más. Es preciso que tengas toda la información. Para que te hagas una mejor idea. Y ella también merece saberlo. Pero debemos ir paso a paso. No podemos perdernos ningún capítulo de esta historia. De lo contrario, la desorientación que le causaríamos sería mayor que la ayuda que le podemos ofrecer.

Sin decir nada más, se dirigieron al despacho. Josep caminaba como en una nube, como si cada paso le costara un mundo. Una vez dentro, tras haberse asegurado de que la puerta estuviera bien cerrada, primero Maite y después Carles expusieron los hechos de una manera aún más ordenada que la primera vez. Josep estaba estupefacto. Si le hubieran pinchado, no le habrían sacado ni una gota de sangre. Cuando le entregaron los papeles de Carmen, los cogió con manos temblorosas. Los nombres estaban allí, todos listados con un grado de parentesco explícito. Los nombres de su prima, así como el de su padre y los de sus tíos. Josep se llevó la mano a la boca. Por primera vez había encontrado a una mujer por la que sentía un verdadero afecto y, mira por dónde, ahora resultaba que eran parientes.

—No te asustes, Josep, que si esto se confirma solo seríais primos lejanos —dijo Carles, que ya se había recuperado del choque e intuía el motivo de la cara preocupada de su sobrino.

—Bueno, solo primos lejanos… —repitió Josep, dejando escapar una profunda exhalación.

—De todas formas, debemos confirmarlo y la mejor manera de hacerlo es hablando con el padre de Carmen. Él seguro que sabe si tuvo una hermana, aunque dudo que llegara a conocerla.

—Sé que esta semana tenía que empezar a trabajar como chófer de la familia —añadió Josep, rehaciéndose poco a poco—. Pero

seguramente el pobre hombre debe de estar en el hospital en estos momentos. ¡Pobre gente!

Miró los papeles de nuevo, esta vez con más serenidad, y tomó la iniciativa:

—Voy a hablar con Carmen. Lo mejor que puedo hacer es darle estos papeles. Espero que no se asuste.

Cuando Josep entró en la habitación, Carmen se lanzó en sus brazos. Empezó a llorar con una nueva tanda de sollozos profundos y entrecortados. Intentaba explicarle lo que había sucedido, pero le costaba que las palabras se entendieran. Josep, sin decir nada, dejó que se desahogara. Poco a poco, Carmen fue recuperando la serenidad y el equilibrio que la caracterizaban y Josep pudo aprovechar la ocasión. Antes, no obstante, le hizo saber que la acompañaría al hospital y le reveló la identidad del hombre que acababa de arruinarle la vida a su hermano.

—Pero antes de que nos vayamos, tengo que darte los papeles con los resultados del ADN. Me los ha dado Maite para ti. Te ha encontrado tan afectada que le ha faltado ánimo para dártelos.

—Josep, ahora esto no tiene la menor importancia. Tengo que ir enseguida con mis padres. Ellos ya están en el hospital.

—Ya me lo imagino, e insisto en que iremos juntos. Pero créeme, antes debes echarle un vistazo al informe. Al menos, a la parte de las coincidencias… ¡Hazme caso!

—¡Vale! ¡De acuerdo!

Carmen cogió los papeles con desgana y se dejó guiar por el dedo de Josep, que le señalaba con precisión un apartado concreto del documento. Lo leyó una vez, y después otra más.

—¿Es una broma? Ahora no estoy para tonterías.

—No es una broma. Es el informe oficial, tal y como ha llegado. Además, seguro que tienes una copia en tu correo electrónico.

—No, no tengo nada en el buzón de entrada, ya lo he ido mirando. Igual les dije que solo me lo enviaran en papel.

—Mira en la carpeta del *spam*.

Abrió el portátil con los dedos todavía temblorosos. La pantalla

tardaba en encenderse y, mientras esperaban, Carmen rompió el silencio.

—¿Tú y yo somos parientes? —preguntó con la voz rota.

—Eso parece. Sin embargo, antes deberíamos confirmar, aunque ahora no es el mejor momento para hacerlo, si tu padre ha tenido una hermana.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. Aunque no llegamos a conocerla, porque por lo poco que sé murió muy joven.

—¡Joder! ¿Estás segura?

—Por supuesto que lo estoy. Mi padre no llegó a conocerla porque cuando él nació (mis abuelos ya pensaban que no tendrían más hijos), ella ya hacía muchos años que había muerto. De hecho, es la causa de que mi padre viniera a trabajar a Barcelona. Prometió a mis abuelos que cuidaría de ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, ya me entiendes. Les prometió que nunca faltarían flores en su tumba. Y ya me ves a mí muchos domingos, como gran entretenimiento, yendo al cementerio de Montjuïc.

—¿Tienes alguna fotografía de tu tía?

—No. Pero años después de su muerte, mis padres recibieron una fotografía de ella y mi padre aprovechó para ponerla en su tumba. Lo recuerdo perfectamente porque ese día yo estaba allí. Seguro que tiene una copia.

—Pues ya ves…

—Yo no veo nada, Josep —respondió con voz de desesperanza.

—Carmen, ahora estás muy alterada. Pero esa tía tuya es la clave de todo.

—Pero te repito que, por lo que mi padre me ha dicho, ella murió muy joven. No puede ser que llegara a tener hijos.

—Sí que tuvo. Tuvo una hija y ella murió durante el parto.

—Pero, aunque fuera como tú dices, no entiendo la vinculación con tu familia. De hecho, estoy muy espesa y quiero ir pronto al

hospital. Ya hablaremos en otro momento.

Josep había preferido no soltárselo todo de golpe, como acababan de hacer con él. Pero la impaciencia de la chica y su incapacidad transitoria para ver más allá y entender los nuevos lazos familiares que se entretejían, lo llevaron al punto de tener que explicarlo todo, punto por punto.

Cuando terminó, Carmen se había quedado petrificada con las manos en el teclado del portátil. Mientras el joven le daba todas las explicaciones, había descubierto en el *spam* todos los informes, el suyo y los de su familia. Resulta que cuando pidió los kits, registró las muestras a nombre de cada uno de ellos, pero usando su propio correo electrónico para recibir los resultados, además de la dirección postal de casa de sus padres, donde los recibiría en papel. Primero comprobó que su informe electrónico coincidiera con los resultados en papel que le acababa de explicar Josep y, después, se zambulló en la lectura de los resultados de las pruebas de ADN de sus padres y de su hermano. La intensa concentración de la chica en la pantalla hizo dudar a Josep de si su explicación había llegado a buen puerto. Cuando estaba a punto de sacudirla para sacarla de ese particular estado catatónico, Carmen se levantó de un salto.

—¡Llévame al hospital, por favor! ¿En qué estaba pensando cuando hice esas estúpidas pruebas? ¡Las cosas ya estaban bien como estaban! ¡Todo iba bien! ¡Ahora resulta que tú y yo somos familia! —dijo en tono suplicante, mirando a Josep con desesperación.

Josep le cogió la mano y no quiso decirle nada más. Se limitó a transmitirle todo su apoyo y cariño. No hablaron en todo el trayecto.

La llegada al hospital, lejos de reconfortar a la chica, no hizo sino añadir más sufrimiento. Una pareja de la policía nacional en la puerta de la habitación en la que estaba ingresado su hermano no auguraba nada bueno. En la sala anexa se encontró a su amigo Dani. Cuando se vieron, se abrazaron con efusividad, aunque el aumento de casos de covid no lo aconsejara.

—Siento mucho lo que ha pasado, Carmen. Solo te faltaba eso —

añadió Dani, haciendo alusión a la pareja de policías que había en el pasillo.

—Pues sí. Pero tú y yo ya lo veíamos venir, ¿no?

—Sí…

—¿Y Lola? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Me ha trasladado todo su apoyo. No ha querido venir. No habría sido prudente.

—¡Normal! Os presento: Josep, él es Dani, un amigo de infancia —añadió mirando a Josep—. Y Dani, él es Josep, el biznieto del señor mayor para quien trabajo.

De repente se abrió la puerta de la habitación y los policías se abrieron para dejar paso a sus padres. Carmen corrió hacia ellos. Al ver a su madre, la abrazó con gran emoción, mientras su padre, con la cabeza gacha, prefería escuchar lo que la policía les había venido a decir. Carmen aguzó el oído y, por lo poco que oyó, le pareció que hacía tiempo que seguían a su hermano. Atónito, Mario no daba crédito.

—¿Tú sabías algo, hija?

—Sí, lo sabía, papá. Había hablado con él muchas veces, pero pasaba de mí. Hasta Dani quería hablar con él. Ahora ya es demasiado tarde.

Carmen no quería mentirles. Ya había habido demasiadas mentiras, falsedades e ignorancias en su familia, y consideraba que aquel era el lugar y el momento de hacerles frente.

—La policía acaba de decirnos que si no lo habían arrestado antes es porque también iban detrás de las organizaciones mafiosas que lo abastecían —aclaró el padre—. Pero ya lo tenían fichado. Cojones, Carmen, yo no me había dado cuenta de nada. No sé, han sido unos años difíciles, no he estado muy bien, y ahora veo que mi propio hijo era un camello ante mis propios ojos, ¿y yo no lo he visto? Y tú, ¿por qué no dijiste nada?

—No sé… ¿Qué habríais hecho? Pensaba que mis advertencias ya serían suficiente para que frenara. No quería cargaros con más problemas. Tampoco veía qué más habríais podido hacer.

—¡Carmen, coño, que somos sus padres! No sé qué habríamos hecho, ¡pero algo habríamos hecho!

Francisca interrumpió a su marido:

—Lo hecho, hecho está, ahora eso es lo de menos. Pedro está…

—Eso, ¿os han dicho algo los médicos? ¿Cómo está él? —preguntó Carmen.

—Se acaba de despertar. Aunque el pronóstico es muy grave, nos han dicho que saldrá adelante. Pero tiene la espalda rota y ya nos han adelantado que tendrá que ir en silla de ruedas. Aunque eso nunca se sabe porque hoy en día la medicina avanza muy rápido —le informó Francisca.

—Eso nos lo han dicho para que no perdamos la esperanza, aunque con poca convicción, la verdad —añadió Mario.

—¿Puedo entrar a verlo?

—No. La policía quiere hablar primero con él. Y los médicos nos han dicho que mejor que lo dejemos para mañana. Tu madre es la única a quien le han permitido entrar acompañada de los médicos. Con el nuevo protocolo de entradas de visitas a raíz del covid, son muy estrictos.

—Pero no me ha dicho nada. Se ha limitado a mirarme. Me pareció que lloraba —informó la madre—. Claro que quizá solo me lo ha parecido. ¡No me hagáis caso!

—Mamá, ven conmigo, mientras papá se queda aquí, en la sala. Así hablamos un ratito las dos y comes algo.

—Ahora no creo que pueda comer. No creo que me entre nada.

—Me lo imagino. ¡Pero vamos! —dijo, y acto seguido le pidió a Josep al oído que se quedara con su padre. Dani ya hacía un rato que se había despedido. Era la oportunidad de oro para esclarecer ciertas cosas.

Carmen quiso sacarla del ámbito hospitalario y, de paso, llevarla a la cafetería de Sergi. Cuando se dio cuenta de que salían fuera del recinto, Francisca dijo:

—Hija, no vayamos muy lejos. Ya sabes que tu padre se agobia enseguida.

Que su madre hiciera uso de su lengua materna no era muy buena señal para Carmen. Significaba que la pobre mujer había superado, con creces, su capacidad de resiliencia.

—¡Mamá, siéntate! ¿Qué quieres tomar? Esta es mi mesa. Vengo a menudo aquí a tomar un café con leche antes de empezar las clases. Y así aprovecho para estudiar. Y este es Sergi, el propietario, que es muy amigo de Josep.

—Encantada, señora. Carmen es una de las clientas más fieles que tengo.

Francisca estaba tan agobiada que no supo qué decir. A Carmen le quedó claro que, si quería que tomara algo, debería elegir por ella.

—Mamá, ¿te acuerdas de las pruebas de ADN que os regalé la Navidad pasada, esas en las que insistí tanto para que os las hicierais? —Su madre asentía sin saber muy bien a dónde quería llegar su hija—. Pues bien, ya tengo los resultados.

—¿Y qué? —preguntó impaciente la madre.

—Quiero confesarte algo. Os dije que quería que os las hicierais porque me hacía gracia el tema de las etnias y los parentescos, pero la verdad es que pensaba que Pedro no era mi hermano, o que yo no era hija vuestra, no lo sé. Esto, con las pruebas, ha quedado claro que no es así y que todos compartimos sangre.

—¡Pero qué tonterías! ¿Por qué creías eso?

—Me da vergüenza decirlo. No estoy orgullosa de ello. Me sentía ajena a mi familia, como una intrusa. Pedro es tan diferente de mí que la única explicación que se me ocurría era esa, pero ahora veo que es una estupidez, no sé…

—Carmen, lo siento. Creo que tanto tu padre como yo nos hemos preocupado tanto por salir adelante y no acabar arruinados, ya me entiendes, que quizá te hemos hecho sentir poco valorada. Es verdad que eres muy diferente a nosotros; yo siempre digo que nos has mejorado porque eres muy lista y espabilada, y tienes ambiciones mucho mayores de las que alguna vez hayamos tenido nosotros. Pero, *hija*, me duele que hayas podido pensar que no eras

de esta familia. Me gustaría que te pudieras sentir orgullosa. Quizá no tengamos el dinero de los Torras y los Miralles, ni sus bibliotecas, ni tan buen gusto para la decoración, pero te creía menos superficial.

—Mamá, no es eso. Yo no me avergüenzo de mis orígenes ni de vosotros. Lo que me pasaba es que me sentía desconectada, y quería entender por qué Pedro y yo éramos tan distintos.

—*Hija*, en la vida no todo tiene explicación. Mira la familia Miralles. Manuel es, bueno, era una buena pieza, y encima mira lo que le ha hecho a Pedro. Y sus hijos son, bueno, Glòria «era» *más de lo mismo*, pero en cambio, mira Enric y Josep. Los genes, el ADN, la sangre… No lo son todo, hija.

—Tienes razón.

—Y siento que hayas tenido que trabajar mientras estudiabas y que quizá te hayan faltado cosas que necesitabas. Ojalá las cosas hubieran sido más fáciles. Créeme, Carmen, si hubiese podido te lo habría puesto todo más sencillo, pero es que lo he hecho lo mejor que he podido. Y estoy muy orgullosa de ti, creo que has salido muy bien. Pero, en cambio, tu hermano… ¿Y si es culpa mía?

—Pero ¿qué dices, madre?

—No sé, Carmen, yo ya veía que lo que hacía no era normal. Ya le había pillado alguna bolsita de esas en casa, y hacía cosas extrañas, pero es que no me vi con fuerzas para hacer nada. Tu padre, medio deprimido, yo arriba y abajo todo el día trabajando, ahora en casa de unos, ahora en casa de otros. Estaba cansada y obvié mi responsabilidad de madre. Y fallé.

—Mamá, no digas eso. Pedro es adulto y sabía lo que hacía. No podías protegerlo de todo.

—Ya, pero quizá si hubiera estado más por él cuando era más pequeño, quizá no hubiera conocido a los cuatro desgraciados del barrio que deben de haberlo metido en todo esto.

—Mamá, como tú me has dicho antes, hay cosas en la vida que no tienen explicación. Los «y si» no sirven de nada, y te aseguro que nada de eso es culpa tuya. Siento haber dudado de si

pertenecía o no a esta familia, haber pensado que podía ser mejor o diferente… Lo siento.

—No pasa nada, hija. Pero ahora tendremos que ayudar a tu hermano en todo lo posible. La ha cagado, sí, pero yo sé que tiene un buen fondo y saldrá adelante si le ayudamos.

Carmen hizo un asentimiento rápido, haciendo ver que ella también lo creía, pero la realidad era que había perdido casi toda la fe que tenía en su hermano. No quiso decirle nada más de los parentescos recién descubiertos, aquel no era el momento. Como había dicho su madre, Pedro era la prioridad.

Había otra persona que no quería volver a casa sin haber resuelto lo que debía resolver, y ese era Josep. Sabía por Carles que María, su amada María, era la piedra angular de todo el asunto, la clave que les permitiría rehacer unas relaciones estropeadas por la codicia de unos y las creencias limitantes de otros, a la vez que facilitaría el trabajo de establecer algunas nuevas y fortalecer otras muy recientes, una vez superados los sustos iniciales, eso sí.

—¿Puedo, señor Trujillo? —le dijo, mientras hacía el gesto de sentarse a su lado.

Carmen no los había presentado, y con el pobre hombre solo había hablado por teléfono, de modo que poco imaginaba que el joven que se sentaba a su lado era su empleador.

—Quiero presentarme. Por muy rara que le resulte mi presencia aquí, me llamo Josep Miralles, soy la persona que le ha contratado como chófer.

—¡Oh! —exclamó Mario, mientras daba un salto y se levantaba de la silla—. Por favor, llámeme Mario, señor Miralles.

—Muy bien, Mario, pues usted llámeme Josep —le respondió mientras era consciente por primera vez de la coincidencia con el nombre de la desdichada hermana del hombre—. Y puedes tutearme.

—Te acompaño en el sentimiento. Has perdido a tu abuelo y a

una tía, según tengo entendido.

—Bueno, sí, gracias. —Josep se incomodó mucho al ver lo rápido que habían volado las noticias y al ser consciente de que, de no ser por Manuel, ahora no estarían allí. Sintió el impulso de añadir algo—. Lo siento por tu hijo…

—Yo también. Pero eso no es culpa de tu abuelo. Es una casualidad desafortunada. En cambio, lo que no es casualidad es que esté aquí la policía, y en eso ni tu abuelo ni nadie tiene nada que ver, aparte de mi hijo.

—Lo siento mucho —dijo Josep, maldiciéndose por no haber previsto hacia dónde podía derivar la conversación.

—¿Qué querías decirme? —dijo Mario.

—Te extrañará mucho la pregunta que te haré ahora, pero es de vital importancia para mi familia saber la respuesta. Insisto de nuevo en que seguramente ahora no entenderás el porqué de todo esto, pero ya llegará el momento en que recibas la debida explicación. Y lamento que este no sea el mejor momento para hacértela, con tu hijo en el hospital y…

—Pregunte, perdón, pregunta lo que quieras, Josep —le dijo el pobre hombre, extrañado por la introducción tan ceremoniosa que acababa de hacer el joven.

—¿Tú tuviste una hermana?

—Sí. María. Pero no llegué a conocerla. Murió muy joven. Cuando murió, yo ni siquiera había nacido.

—¿Y tienes alguna fotografía de ella?

—Sí. Solo una. La llevo siempre en la cartera.

—¿Podrías dejármela, y yo te la devolveré más adelante?

A Josep le sorprendió que le fuera tan fácil conseguir una fotografía de María. No era normal que un hombre que no había conocido a su hermana llevara siempre encima su fotografía, como si de una hija se tratara.

—Pero ¿por qué quieres la fotografía? —le preguntó Mario, extrañado.

—Parece ser que tu hermana María sirvió en casa de mis

bisabuelos por parte de madre. Y queremos confirmar que se trata de ella. Mi tío abuelo, perdón, mi bisabuelo me ha hablado de ello, y ya sabes cómo es la gente mayor, quiere confirmar que ella es la María Trujillo que recuerda.

—Ya, pero ¿cómo has podido determinar que mi hermana es quien sirvió en casa de tus bisabuelos? —preguntó el pobre hombre, a quien las cosas no le acababan de cuadrar demasiado.

—¡Por pura casualidad!

Josep ya tenía bastante por ese día. Consideraba que no le correspondía dar las explicaciones que la situación requería. Y menos aún sin tener absoluta certeza. Mario aprovechó la ocasión para disculparse por no haber empezado a trabajar en su primer día y se puso completamente a disposición de la familia para ayudar en la organización de los sepelios. Josep se lo agradeció, insistió en que no se preocupara por el trabajo y se marchó del hospital con la preciada fotografía. Cuando ya estaba en la calle, vio que Carmen aún hablaba con su madre en la puerta del local. No quiso decirles nada. Tenían las manos entrelazadas y pensó que sería del todo inoportuno interrumpir un momento tan íntimo. Además, tenía trabajo que hacer.

XV

En cuanto Josep metió la llave en la cerradura, oyó la voz ansiosa de Carles que provenía de la sala de estar y que le indicaba que se apresurase. Por el camino, Carmen lo había llamado y le había hecho saber que iba a acompañar a sus padres a casa. No quería dejarlos solos aquella primera noche, después de todo lo ocurrido. Además, daba por sentado que Maite se instalaría durante unos días más en casa del señor Torras. Dado su cariz de persona sufridora, no dudaba de que así lo haría. Eso sin tener en cuenta que la enfermera de la tarde, por mucho que no hiciera la jornada completa, sería del todo providencial, ya que su turno serviría para que la mujer pudiera descansar un poco. De hecho, todos debían descansar. El viaje, la vuelta a casa con las reveladoras novedades a las que debían hacer frente y el grave accidente de Pedro, junto con la muerte de Glòria y Manuel, los habían dejado noqueados.

—¿Has podido hablar con el padre de Carmen? —Carles no dijo ni «hola».

—Sí. He hablado con Mario.

—¡Coño! —dejó escapar Carles—. ¿Se llama Mario?

—¿Piensas lo mismo que yo?

—¡Qué quieres que piense! Soy viejo, pero no tonto. ¿Y qué te ha dicho?

—Que tenía una hermana llamada María y que él, a pesar de no haber llegado a conocerla, tenía el encargo de sus padres de preservar su memoria.

Mientras lo decía, sacó la fotografía del bolsillo de la americana y se la dio. Carles alargó los brazos y la cogió como si temiera que se le escapara una vez más. La miró y no dijo nada. Por un breve instante, su mirada perdida le hizo pensar al chico que todo había sido un malentendido, un error de las pruebas del laboratorio, y que las cosas volverían a ser como antes. Y por un momento se sintió aliviado, aunque poco le duró la alegría. Carles levantó la vista y le dijo:

—Es ella. Es mi María —afirmó mientras apretaba con delicadeza la fotografía contra su pecho.

—¿Es ella? —Quiso asegurarse Maite, que en ese momento entraba en escena.

—Sí, Maite. Compruébalo tú misma.

Maite tomó la fotografía y asintió.

—¿Os llegasteis a conocer? —preguntó extrañado, Josep.

—¡Por supuesto! Coincidí con ella trabajando y, además, la acompañé en los últimos meses antes de que tuviera a la niña, ya sabes, Eulàlia. Por cierto, ¿has tenido tiempo de contárselo todo a Carmen?

—Sí. Pero no sé qué deciros. Creo que no ha terminado de atar bien todos los cabos, demasiadas emociones.

—Que Carmen hiciera estas pruebas ha sido clave. Sin su empeño no creo que yo hubiera tenido el valor de decirte nada, Carles —reconoció Maite mientras aprovechaba para entonar el *mea culpa* por primera vez en público.

—¡No se le escapa nada a esta chica! —exclamó Carles con orgullo, a la vez que buscaba en su marco mental una nueva manera de dirigirse a ella, de ponerla en valor dentro del nuevo árbol genealógico que se iba dibujando. Y lo acababa de encontrar.

—¡No se le escapa nada a mi sobrina! —Quiso precisar, poniendo a la muchacha en el sitio que le correspondía.

—Y tú, tío, en realidad eres mi bisabuelo. —Aprovechó Josep para aclararlo.

—Sí. Y, por tanto, tú eres mi bisnieto —concluyó Carles.

—A mí no me miréis, ¿eh? Que yo soy yo, Maite.

Aquella reacción, pese a la gravedad de las circunstancias en las que se encontraban, hizo que se les escapara la risa. Lo cierto era que razón no le faltaba, porque Maite era la única persona de aquel particular universo que seguía teniendo el mismo papel que al inicio. Eso sí, había que reconocerle el mérito de haber sido el detonante de ese cúmulo de revelaciones con la ayuda inestimable de Carmen.

La llamada de Enric para hacerles saber que los preparativos del funeral iban por buen camino, aunque deberían esperar unos días para celebrarse porque no tenían la autorización para dar sepultura a los cuerpos, los volvió a centrar en la gestión del tiempo que tenían por delante. La prioridad era preparar un comunicado de prensa por parte de la familia con la versión más creíble que se les ocurriera. Y todos coincidieron en que el más indicado para llevar a cabo esa tarea era Josep.

Seguían sin lograr ponerse en contacto con Jordi, de modo que no les quedó otro remedio que llamar a la pobre Jordina. A la chica, por más que estuviera acostumbrada a las frecuentes ausencias de su padre, su repentina desaparición y la crudeza con que habían ocurrido las muertes de su tía y su abuelo la habían dejado totalmente aturdida. Pese a no querer engañarla, optaron por no decírselo todo, quisieron ahorrarle los graves daños colaterales que el suicidio de su abuelo había causado. Sin embargo, por más que Josep la intentó consolar, cuando colgó el teléfono fue plenamente consciente de que no había manejado muy bien la situación. El covid había eliminado un número muy importante de vuelos, sobre todo entre los internacionales de larga distancia, y encontrar uno que llegara a tiempo desde Australia era un objetivo de imposible resolución.

Josep se encerró en el despacho y, bolígrafo en mano, se centró en dar con el mejor relato posible a todo lo sucedido, a fin de que no manchara la historia hasta entonces impecable de los Miralles, al

menos de cara a la galería. En la imperiosa urgencia que su padre le había trasladado para que esa misma noche se pudiera entregar a la prensa generalista de mayor tirada, encontró su fuente de inspiración. Ante el papel en blanco, quiso comunicar al mundo cómo la repentina muerte de Glòria, debida a un infarto que la fulminó en el acto, provocó también la desdichada muerte de su padre al ver cómo la vida de su hija se escurría de entre sus manos, pasando a compartir también el mismo infortunio. Al final del comunicado, acabó agradeciendo la inestimable ayuda de los servicios sanitarios que, sin embargo, poco pudieron hacer. No hizo ninguna referencia al desgraciado accidente de Pedro. Hacerlo sería tentar a la suerte. Se corría el riesgo de que, queriendo dar unos datos más completos, pronto se relacionara la condición de traficante de drogas del chico con el consumo de drogas por parte de ciertos miembros de la familia Miralles y, por supuesto, con la causa de la muerte de Glòria. Aunque la versión oficial de los sucesos fue la que salió en la prensa, en una sociedad donde las redes sociales actúan como un medio de información más, no pudo evitarse que, con el tiempo, una segunda versión de los hechos más fidedigna acabara teniendo cierto recorrido entre una parte de la burguesía barcelonesa.

Al día siguiente, Enric les comunicó mediante una nueva llamada que ya se podían iniciar los funerales. La familia Torras tenía en el cementerio de Montjuïc un panteón-capilla que había hecho construir el padre de Carles. Era una obra de grandes dimensiones. De hecho, era de las más grandes del cementerio, y se había concebido como una iglesia neorrománica con tres ábsides, un cimborrio y unos capiteles muy trabajados. La rodeaba una reja de hierro que le daba privacidad y, en esta ocasión, el pequeño altar que tenía en su interior para celebrar las misas les dio la excusa perfecta para circunscribir la ceremonia al más estricto ámbito familiar. En el panteón, a pesar del amplio espacio reservado a las sepulturas, solo había tres sarcófagos, los de los padres de Carles y el de Eulàlia.

El comunicado en los principales diarios y el boca a boca ayudaron a que la noticia se extendiera pronto y causara una gran conmoción. Aunque la Navidad estaba muy cerca, la curiosidad de la gente por las desgracias ajenas sirvió de espoleta. La familia agradeció todas las muestras de cariño recibidas, pero anunció mediante la correspondiente necrológica que a la misa solo asistiría la familia. Las restricciones todavía vigentes también ayudaron a ello. A la hora de la verdad, ni siquiera estuvo toda la familia, porque hubo ausencias destacadas, como la de Jordi, que finalmente, pese a acabar dando señales de vida, justificó su no asistencia argumentando que había contraído el covid.

El día del entierro, Mario prestó los primeros servicios profesionales como chófer de la familia Torras, que también fueron los últimos. A la salida del panteón, Carles lo citó, junto con su mujer e hija, así como al resto de la familia, la tarde del veinticuatro de diciembre. Su objetivo era restaurar el orden legítimo. Se lo debía a María y, claro, también a Eulàlia, la hija que tuvieron en común. No había habido justicia para ellas, pero sí la habría para sus descendientes y colaterales.

Carmen, que conocía a toda la parentela, preparó a sus padres, Mario y Francisca, para que pudieran asimilar mejor la información que pronto descubrirían. Lo que no vio venir Carmen era que, más allá de poner los parentescos en su sitio, fuese a haber más cambios.

El día convenido, unas horas antes de Nochebuena, Mario y Francisca, Enric y Laura, Josep y Carmen, Jordina, que finalmente había podido volar a Barcelona, y Maite se encontraron en casa de Josep, tal y como había decidido Carles. Jordi volvió a excusar su asistencia, alegando que todavía tenía secuelas del covid y que no se encontraba muy bien. De nada sirvió el aviso de los servicios oficiales de salud para que se restringieran los encuentros familiares durante aquellas fiestas. Allí estaban todos los convocados con las mascarillas puestas y los correspondientes geles hidroalcohólicos estratégicamente distribuidos. El árbol decorado y los adornos de

Navidad que Carmen y Josep habían adquirido en el mercado de Santa Lucía ayudaban a dar un aire familiar a la reunión que se quería llevar a cabo.

—Buenas tardes y gracias a todos por haber venido en una fecha tan señalada como la de hoy. Que conste que no os he querido estropear las fiestas, al contrario. Os considero mi familia y por eso he querido que hoy nos reuniéramos aquí.

Carles quiso hacer una pausa. El silencio era tan absoluto que le pareció oír cómo la escudella que Maite estaba acabando de preparar había entrado en ebullición y hacía saltar las pequeñas albóndigas de carne. Por mucho que tanto él como Josep insistieron en encargar la cena de Nochebuena, no hubo manera de que bajara del burro con la escudella. Una y otra vez, les fue repitiendo que nadie sabía hacerla como ella, y, de hecho, sabían por experiencia que tenía razón.

—Lo que os diré ahora no os dejará de sorprender, algunos de vosotros ya sabéis algo, otros nada, pero todo será positivo. ¡No sufráis! —quiso dejar claro a su pequeño auditorio al ver las caras largas y contritas de algunos de los presentes.

Josep y Carmen, que se habían sentado junto a Carles en el sofá grande, se miraron, sonrieron y se cogieron de las manos. A estas alturas, y con todos los acontecimientos que habían precipitado que las familias coincidieran, todo el mundo ya estaba al tanto de su relación.

Carles empezó a hablar de María, de cómo el enamoramiento que hubo entre aquellos dos adolescentes se convirtió en un amor sereno cuyo fruto fue Eulàlia. Y cómo la muerte se la arrebató. Quiso dar un tono emotivo a su presentación. De hecho, a aquellas alturas no podía darle ningún otro. El fantasma de María, tan presente y tan ausente todos aquellos años, se había vuelto corpóreo y lo había hecho tomando la forma de su descendencia: su hija, sus nietos y sus bisnietos. De alguna manera, le habían devuelto la vida,

repartida en pedazos de otras personas, las que estaban en aquella reunión.

—Señor Torras, mi hija ya me lo ha contado. Pero ¿de verdad me está diciendo que mi hermana María es la madre de Eulàlia, la abuela del señor Miralles aquí presente y la bisabuela del señor Josep? —preguntó Mario quien, a pesar de haberse enterado por su hija, necesitaba oírselo decir de viva voz.

—En primer lugar, llámame Carles. Aunque no pude casarme con tu hermana, y créeme que lo hubiera hecho si las circunstancias hubieran sido otras muy diferentes, te considero mi cuñado y, por tanto, sí a todo lo que me acabas de decir.

El rostro de Jordina resultaba de lo más elocuente. Era la que menos enterada estaba de todos los acontecimientos y requería una mayor precisión y contextualización del relato. De modo que Carles no encontró mejor manera de concluir su breve exposición que poniendo nombres a todo el mundo.

—Tú, Enric, eres mi nieto. Josep y Jordina, sois mis bisnietos. Vosotros, Mario y Francisca, vendríais a ser mis cuñados; y tú, Carmen, serías mi sobrina. Y Maite es Maite, la mujer fiel que ha preservado el bien de esta familia y nos ha ayudado con su servicio comprometido y desinteresado todos estos años —logró decir a tiempo, al ver cómo salía de la cocina, adonde había ido a inspeccionar si la escudella iba o no por buen camino. Después de la propaganda que le había hecho a Carmen y Francisca, no podía permitirse el lujo de fracasar.

Dio tiempo para que todos cobraran conciencia de sus nuevos papeles en la familia. Pero quedarse solo en eso no habría hecho justicia a sus intenciones, por lo que a continuación les repartió unos sobres.

—¿No hay ninguno para mi padre? —preguntó Jordina, extrañada.

—No te preocupes, Jordina. Con tu padre ya he hablado y me ha hecho saber que no quiere nada del patrimonio de los Torras. Que él ya es mayor y con lo que le queda podrá ir tirando. Lo que sí me ha

dicho expresamente es que tú lo necesitas más y por eso renuncia en tu favor.

Jordina no daba crédito. Conocía demasiado bien la vida suntuosa de su padre, y ese cambio de última hora no le encajaba en absoluto.

—Jordina, insisto, estate tranquila. Luego hablarás con tu padre y verás que todo lo que te estoy diciendo es verdad.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas al ver la cara de incredulidad de Jordina. Había decidido, y esto era parte del trato hecho con Jordi, que si renunciaba al patrimonio de los Torras no saldría a la luz el intento de asesinato con alevosía y nocturnidad. Le había puesto el pie en el cuello, pero no tenía ganas de explicarles a todos los presentes un acto delictivo de esa gravedad, porque le daba vergüenza mostrar tanta bajeza humana.

Procedieron a la apertura de los sobres. Hubo sorpresas para todos, sobre todo para los padres de Carmen, que no contaban con recibir dinero. Se miraron y rompieron a llorar. Nadie les había regalado nunca nada. La atención a la memoria de María durante todos aquellos años, desinteresada y comprometida, había dado unos frutos inesperados. Carles quiso ser especialmente generoso con Mario y Francisca porque saber que habían cuidado de su amada con tanto amor, sin haberla ni siquiera conocido, le había llegado al fondo del alma. Lo interpretó como si hubieran mantenido encendida la antorcha hasta que, en el próximo relevo, pudieran pasársela al legítimo tenedor: él.

Así, pues, los padres de Carmen, que hasta entonces habían llevado una vida en blanco y negro, ahora podrían darle todo el color que quisieran. Les donaba el piso donde vivía Maite, cerca de casa de Josep, donde ya preveía que su hija se quedaría a vivir, con todos los gastos pagados y una asignación mensual. No encontró mejor forma de darles las gracias. Aunque no en términos absolutos, en términos relativos fueron los que más salieron ganando. De esa manera garantizaba también que Carmen no tuviera que hacerse cargo de sus padres, y eso le permitiría acabar cómodamente los

estudios, sin tener que compaginarlos con un trabajo. Solo le pidió que lo visitara de vez en cuando. Se había acostumbrado a su compañía.

A Maite le hizo saber que estaba condenada a vivir con él pasadas las fiestas de Navidad y que buscaría a alguien para que los cuidara a ambos, ya que, aunque no lo aparentaba, ella también tenía una edad. Las reformas que estaban a punto de terminar le garantizarían una habitación para su uso exclusivo. Como no le parecía justo que perdiera un piso a cambio de una habitación, le comentó que era una solución temporal, y que pronto encontrarían un piso solo para ella. Maite le respondió que la habitación era suficiente y añadió algo cuyo significado solo ellos conocían:

—Carles, viviré contigo siempre y cuando cambies la cerradura.

A medida que la lectura llegaba a su fin y volvían a poner el papel dentro del sobre, se fueron levantando y abrazaron a Carles. Solo los atribulados padres de Carmen seguían sentados con el sobre en las manos, sin saber qué decir. No les resultaba fácil asimilar una vida de abundancia y, al mismo tiempo, dejar atrás tanta escasez.

Muchos días después se presentaron en casa de Carles para agradecerle todo lo que tan generosamente había dispuesto para ellos. Entonces, después de haberle dado unas cuantas vueltas, el señor Torras les ofrecería poner a su disposición el mejor abogado penalista que la familia conocía. Pedro, que ahora era sobrino suyo, ya llevaba semanas en prisión, a diferencia de Lluïsa, que había podido hipotecar su piso para pagar la fianza.

Al terminar, Maite les pidió que la ayudaran a poner la mesa y todos echaron una mano, pero ahora como familiares que eran, no como empleados. La velada fue entretenida, emotiva y llena de gratitud. Jordina, que no estaba muy lejos del estado de choque que habían experimentado los padres de Carmen, no logró decir gran cosa, por más que su primo se interesara por la investigación que estaba llevando a cabo en Australia.

En apariencia, eran una familia más, que, aunque tuviera muchas

cicatrices, estaba decidida a conformar un árbol robusto. Pese al tono distendido, Carles conocía muy bien a Josep y sabía que era un muchacho que se preocupaba por los negocios familiares, y por eso quiso calmarlo.

—Josep, no quiero que sufras por la sociedad patrimonial de los Miralles. Te ayudaré en todo. Juntos saldremos adelante. Llegado el caso, si es preciso firmaremos un acta de conformidad con la agencia tributaria. Ya lo verás.

El chico, que estaba sentado a la derecha de Carles por expreso mandato suyo, le cogió la mano y sonrió.

—Gracias, Carles. Gracias por todo.

En realidad, era él quien consideraba que debía darles las gracias. Colocar aquella noche la pieza central de María en aquel dañado puzle familiar le permitió iniciar un linaje del que todos y cada uno de ellos formaban parte. Incluso Pedro encontraría un rincón, gracias a la compasión y, hablemos claro, al sentimiento de culpabilidad del resto de los miembros.

A quien le resultaría imposible hacerse un hueco en la familia sería a Lluïsa. Todo el mundo la consideró la causa, el desencadenante, de todos los infortunios. Pero eso ocurre en muchas familias: a veces no hay nada que las una más que tener un enemigo común. Por supuesto, no les faltaba razón, pero en cierta manera eran algo injustos con ella, porque solo supieron otorgarle el papel de chivo expiatorio. Les faltó tener la debida perspectiva para darse cuenta de que los desafortunados que quisieron tomar parte en esa tragedia participaron libremente y sin coacciones, instigados por su propia codicia.

Y en cuanto a la vida sentimental de Lluïsa, había intentado recuperar a Pedro, pero le había resultado imposible. Manuel, con su truco final, pretendía que Lluïsa no fuera ni para él ni para el joven. Pero no había contado con la verdadera devoción que ella sentía por el chico, ni con que la discapacidad física, en vez de ser un elemento separador, se convertiría en el elemento principal para conseguir el efecto contrario. Lluïsa se obsesionó con Pedro, hizo todo lo que

pudo por recuperarlo, apeló a un destino compartido, a dos vidas asaetadas por la desgracia, y le confesó que estaba locamente enamorada. Pero nada de eso le sirvió, porque Pedro no quiso saber nada de ella. Había perdido gran parte de su movilidad y se estaba dando cuenta de la concatenación de malas decisiones que lo habían llevado hasta allí. El proceso judicial acabó con la imputación a Lluïsa de un delito de homicidio imprudente. A Pedro le imputarían dos: homicidio imprudente y delito contra la salud pública. No obstante, gracias al abogado de Carles, que le aconsejó que colaborara con la Fiscalía Especial Antidroga, logró una reducción de condena.

Con la tarea terminada y la conciencia aligerada, Carles no tardó mucho tiempo en reunirse con sus queridas María y Eulàlia. Pocos meses antes de su muerte, y con el consentimiento de los Trujillo, que ahora también eran de su familia, se ordenó el traslado de los restos sepultados de María al panteón familiar. Finalmente, pudieron permanecer juntos. La muerte de Carles hizo que Maite perdiera el propósito de su vida y lo acompañó poco tiempo después. Pasó a tener un lugar destacado en ese panteón familiar como la persona más importante que se había ocupado de la casa de los Torras a lo largo de los años. Había hecho méritos más que suficientes para ganárselo.

Por su parte, Josep y Carmen consiguieron superar el obstáculo de los vínculos de parentesco y se volvieron inseparables. Josep se convirtió en el nuevo patriarca de la estirpe, con el permiso de su padre. Carmen acabó la carrera de Medicina y entró a formar parte de una asociación de médicos y médicas especializados en obstetricia y ginecología que ayudaban a mujeres víctimas de abusos sexuales. Juntos empezaron un nuevo linaje construido sobre el perdón de la codicia de unos y la compasión por los errores de otros. Y también, claro, sobre la fortaleza de su amor, que era como una continuación del que habían compartido Carles y María.

Eso sí, Josep tuvo que tolerar que una rana inmensa de color verde presidiera el nicho arqueado de la entrada. «Para que no olvides quién eres ni de dónde vienes», le dijo Francisca a su hija

cuando se la regaló. Carmen nunca lo olvidaría.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin la ayuda y la colaboración comprometida y entusiasta de Berta Lluís y Laia Salvat. Su colaboración ha sido enorme y muy valiosa, y sus modificaciones, observaciones y comentarios han contribuido, sin lugar a duda, a mejorar el contenido. Su labor y aportaciones han sido vitales, tanto para dar frescura a los diálogos como para mejorar el estilo.

También quiero dedicar un agradecimiento especial a todo el equipo editorial de RBA por confiar en mí y en esta novela.

Por último, a mi familia por el apoyo recibido durante todo el proceso creativo.



BRUGUÉS MITJANS PRUNERA (Gavá, Barcelona - 1964). Licenciada en Derecho por la Universidad de Barcelona; cursó el máster en Derecho de Catalunya en la Universidad Autónoma de Barcelona. Es abogada de la Generalitat. Ha publicado anteriormente *El ventall finès* y *Quan el destí conspira a favor teu*.